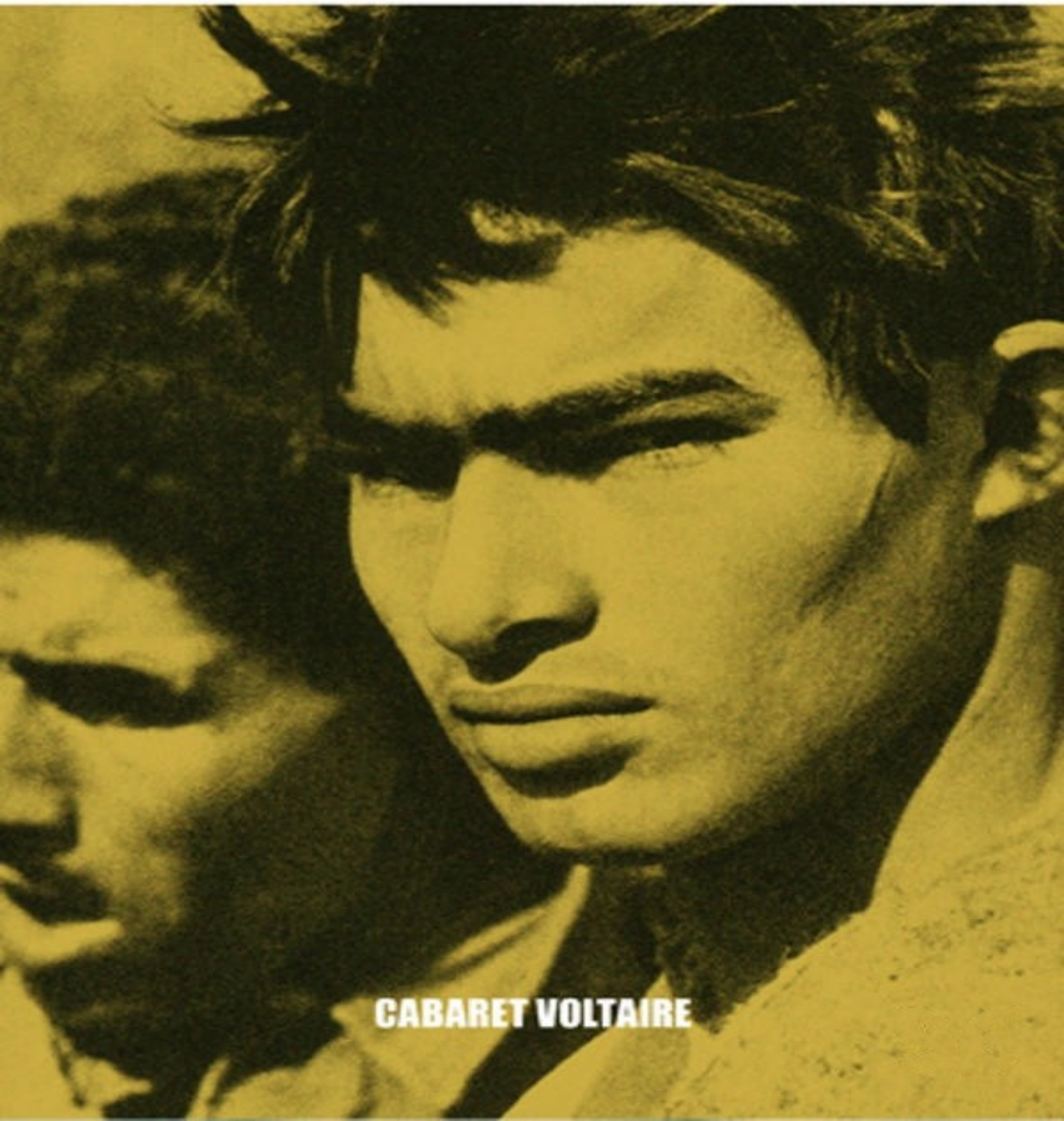
Mohamed Chukri

El pan a secas



CABARET VOLTAIRE

Es época de hambre en el Rif. Una familia deja su casa y emprende el éxodo hacia Tánger en busca de una vida mejor. Pero la crueldad de un padre violento obliga al pequeño Mohamed a huir de casa. Es el camino del aprendizaje. Sufre el hambre, el miedo y la violencia en las duras calles de Tánger y Tetuán. En las noches pasadas bajo las estrellas, probará el sabor del sexo y la amargura de la prisión. Una geografía de miseria en donde crecer es descubrir el dolor, la injusticia y la compasión.

La crudeza y audacia literaria de esta novela autobiográfica consagró a Mohamed Chukri como una de las voces imprescindibles de la literatura magrebí contemporánea. Esta obra de culto, prohibida durante casi dos décadas en los países árabes, se publica ahora por primera vez en la versión revisada por el autor.

Mohamed Chukri

El pan a secas

Título original: *Al-jubz al-hafi*
Mohamed Chukri, 1973
Traducción: Rajae Boumediane El Metni
Corrección: Delfín Gómez Marcos

PRÓLOGO

Buenos días madrugadores.

Buenos días trasnochadores.

Buenos días Tánger atrapada en una época mercurial.

Aquí estoy de vuelta adormecido y recorriendo las callejuelas y los recuerdos. Lo hago a través de mi pasado y mi presente…, ilusiones y cicatrices que las palabras no pueden abarcar o describir.

¿Qué hay de mi vida en medio de este tejer de palabras?

Pero la nostalgia de las veladas y las noches llenas de aprehensión y aventuras se deslizan en mi interior para convertir las cenizas de las ascuas en una túnica transparente y cautivadora.

Hace dos años murió Abdun Furoso, el verdadero protagonista que despertó mi imaginación y me ayudo a aguantar *al qahr* (extrema penuria) y la violenta lucha interior.

Murió antes de que yo publicara mi novela *Al-Jaima*, una historia inspirada por él y su pasión por la vida.

Sigo esperando la liberación de la literatura considerada como indecible, directa, sin rodeos, literatura que no se puede rumiar o tragar. Una literatura como estas páginas de mi autobiografía. La escribí hace más de diez años. Fue traducida al inglés, al francés y al español antes de llegar a los lectores, en su versión original, en árabe.

La vida me enseñó a esperar, a asimilar el juego del tiempo sin renunciar a mi cosecha. Di tu última palabra antes de morir, y llegará a conocerse sin duda. No importa su destino final. Lo más

importante es que tenga esa capacidad de encender la mecha de una pasión, un dolor o una fantasía reprimida… encender un enorme fuego en tierra baldía.

Madrugadores, trasnochadores, pesimistas y optimistas, rebeldes, adolescentes, «cuerdos» no olvidéis que «el juego de la vida» es más fuerte que nosotros. Es un juego mortal. Sólo lo podemos afrontar si vivimos nuestra propia muerte, nuestra aniquilación, sólo si vivimos al límite en agradecimiento a la vida.

Yo digo: Saca al vivo del muerto.[*]

Lo saca del hediondo y descompuesto. Lo saca del empachado y del famélico.

Lo saca de los hambrientos y de los que sobreviven a base de *El pan a secas*.

Mohamed Chukri
Tánger, 17 de mayo de 1982

EL PAN A SECAS

1

Lloro la muerte de mi tío junto con otros niños. Ya no sólo lo hago cuando me pegan, o cuando pierdo algo. Ya había visto llorar a más gente. Es época de hambre en el Rif; de sequía y de guerra.

Una tarde, no pude contener mis lágrimas del hambre que tenía. Chupaba y rechupaba mis dedos. Sólo vomitaba saliva. Mi madre trataba de calmarme:

—Cállate, que nos vamos a Tánger. Allí hay montañas de pan. Ya verás como no llorarás más por el pan cuando lleguemos. En Tánger la gente come hasta hartarse. Aprende de tu hermano Abde-lkader, él no llora —me decía en rifeño.

Bastaba con mirar la cara de mi hermano, pálida y con los ojos hundidos, para dejar de llorar, pero esa calma que me infundía su mirada templada no duraba mucho.

Cuando llegó mi padre yo aún lloraba por el pan. Furioso, empezó a darme patadas y puñetazos.

—¡Cállate, hijo de puta! ¡Cállate! Te comerás antes a tu madre que morirte de hambre,[1] bastardo.

Me agarró y me tiró contra el suelo. Estuvo dándome patadas hasta que le dolieron los pies. Mojé mis pantalones.

Marchamos a pie, rumbo al exilio. En los bordes del camino vimos muchos animales muertos. Los rondaban perros y pájaros negros. Hedor, vientres abiertos, podredumbre.

Al caer la noche, acampábamos allí donde el cansancio y el hambre nos vencían. Algunos incluso enterraban a los suyos en el

mismo lugar en el que caían muertos, víctimas del hambre. Cerca de nuestra tienda se podía escuchar el aullido de los lobos.

Mi hermano no paraba de toser. Aterrado, le pregunté a mi madre:

—¿También él va a morir?

—No. ¿De dónde te has sacado eso?

—Mi tío ha muerto.

—Tu hermano no va a morir. Sólo está enfermo.

En Tánger no vi las montañas de pan que me había prometido mi madre. También había llegado el hambre al paraíso, pero al menos allí no era tan mortífera como en el Rif.

Cuando el hambre apretaba, salía a las calles de nuestro barrio Ain Ktiwet[2] y buscaba restos de comida entre las basuras. Vi que otro chico hacía lo mismo que yo. Iba descalzo, hecho un harapo. Tenía granos en la cabeza y en las manos.

—Prefiero las basuras de la ciudad a las de nuestro barrio. Lo que tiran los cristianos suele ser mucho mejor que lo que tiran los musulmanes —me dijo.

Cada vez me alejaba más del barrio, solo o en compañía de otros chicos. Éramos los niños de las basuras. Un día encontré una gallina muerta; la recogí, la oculté bajo mi camisa y me fui corriendo a casa. Durante el camino la estreché fuerte contra mi pecho por miedo a perderla. Mis padres habían ido a la Medina. Encontré a mi hermano solo, tendido en un rincón, recostado sobre una almohada; respiraba con dificultad. Sus grandes ojos marchitos vigilaban la entrada. Al verme con la gallina se le abrieron de par en par, y en su pálida cara se dibujó una sonrisa. Se movía como si acabara de despertar de un desmayo. Tosía y jadeaba de alegría. Cogí un cuchillo, me volví en dirección a la Meca, y en voz alta exclamé: «En el nombre de Allah, el más grande». Así había visto hacerlo a los mayores. La degollé, separando la cabeza del cuerpo. Esperé a que le brotara sangre, pero nada. Ni masajeándola brotaron más que unas pocas gotas. Recuerdo que vi sacrificar un cordero en el Rif. Le

pusieron un cuenco debajo del cuello para recoger la sangre. Una vez lleno, se lo dieron de beber a mi madre, que estaba enferma. Con el forcejeo, la sangre acabó derramándosele por la cara y el vestido; luego se calmó, aunque seguía mascullando palabras ininteligibles.

«¿Por qué no brota la sangre de la gallina igual que lo hizo de aquel cordero?». Ya había empezado a desplumarla cuando oí la voz de mi madre:

—¿Pero qué haces? ¿De dónde la has robado?

—La encontré. Estaba enferma, la degollé antes de que muriese. Es cierto. Si no pregúntale a Abdelkader.

—¡Estás loco! —me la arrebató furiosa—. El hombre no debe comer carroña.

Nos miramos mi hermano y yo. Compartimos la tristeza y luego aguardamos la comida con los ojos cerrados.

Vivíamos todos en una sola habitación. A veces dormía en el mismo sitio donde me había pasado el día sentado. Mi padre regresaba cada noche malhumorado. Mi padre era una bestia. Cuando entraba en casa, cualquier gesto o palabra tenía que contar con su aprobación. Era como un dios. Pegaba a mi madre sin motivo. Muchas veces oía cómo la amenazaba:

—Te voy a abandonar, hija de puta, y tendrás que arreglártelas sola con estos dos chuchos.

Esnifaba rapé. Hablaba solo y escupía sobre seres imaginarios. Nos insultaba. A mi madre solía decirle:

—Tu madre es puta y tú una hija de puta.

Y no sólo la insultaba a ella, sino que faltaba a todo el mundo, Allah incluido. Aunque luego se arrepentía.

Mi hermano llora y se revuelve, sacudido por el hambre y el dolor. Me da pena, lloro con él. Veo cómo mi padre se le acerca hecho una fiera. Se puede ver la locura en sus ojos. Sus manos son

tentáculos. Nadie puede detenerlo. Me agarro a mi sombra y pido socorro, «¡Un monstruo! ¡Un loco! ¡Que alguien lo pare!», pero el maldito le retuerce el cuello mientras la sangre rebasa su boca. Me escabullo de la habitación. Sólo mi madre se queda con él. La calla a puñetazos y patadas. Me escondo, esperando a que terminen los golpes. No hay ni un alma fuera, las voces de la noche se oyen a lo lejos. El cielo y las estrellas de Allah son testigos del crimen cometido por mi padre. Todo el mundo duerme en la ciudad.

Distingo la silueta de mi madre y su voz que me busca, pero la oscuridad me sirve de guarida.

«¿Por qué ella no es tan fuerte como él? Los hombres pegan a las mujeres y ellas sólo lloran y gritan».

—¡Mohamed!, ¡Mohamed mío! Ven aquí, no tengas miedo —me susurra mi madre en rifeño.

Sentí una gran satisfacción al poder verla sin ser visto.

—Estoy aquí —contesté.

—Ven —insistió.

—No. Me va a matar como acaba de matar a mi hermano.

—No tengas miedo. Ven conmigo. No te matará. Ven, y cállate, que se van a enterar los vecinos.

Mi padre lloraba mientras esnifaba su rapé. «¡Qué raro!, mata a su hijo y luego le llora».

Nos quedamos los tres llorando, en silencio. Mi hermano estaba amortajado con una sábana blanca. Me acosté. Por la mañana, volví a llorar. Era la primera vez que asistía a un entierro. El anciano *cheikh*[3] iba delante y llevaba en sus brazos a mi hermano envuelto en una estera. Mi padre iba detrás y yo, descalzo, los seguía, cojeando. Metieron el cuerpo en un hoyo húmedo. Yo tiritaba y no paraba de llorar. Mi hermano tenía una mancha de sangre coagulada en los labios. Desapareció cuando lo cubrieron con un pequeño montón de tierra. Se convirtió en una pequeña montaña.

Al salir del cementerio, el *cheikh* se fijó en la sangre que tenía en los dedos de los pies:

—¿De qué es esa sangre? —me preguntó en rifeño.

—Habré pisado algún cristal —le contesté.

—Ni siquiera sabe andar. Es un imbécil —añadió mi padre.

—¿Querías a tu hermano? —me preguntó el *cheikh*.

—Sí, mucho —le dije entre sollozos—. Mi madre lo quería más que a mí.

—¿Y quién no quiere a sus hijos?

Recordé entonces a mi padre retorciéndole el cuello a mi hermano. Quise gritar: «Mi padre no lo quería, fue él quien lo mató. Sí, ha sido él, ¡lo mató!, ¡lo mató! Yo lo vi. Fue él, le retorció el cuello. Vi cómo la sangre le salía de la boca. ¡Lo vi, lo vi! ¡Fue él! Sí, fue él. ¡Maldito sea!».

Me eché a llorar para atenuar todo el odio que sentía hacia mi padre. Tenía miedo de que me matara como había hecho con Abdelkader. Me reprendió en voz baja:

—¡Basta ya! Deja de llorar —dijo en tono amenazador.

—Sí —añadió el viejo—. Tu hermano está ahora con los ángeles.

Odio también a aquel hombre que enterró a mi hermano.

Mi padre solía comprar un saco de pan blanco y tabaco barato, y se marchaba lejos de Tánger para trapichear en los cuarteles con los soldados españoles. Por la tarde, cuando regresaba, traía uniformes militares usados que revendía en el Zoco Grande a los obreros marroquíes. Una noche, no regresó a casa. Yo me fui a dormir, dejando a mi madre presa de la angustia. Después de tres días mi padre seguía sin aparecer. Yo intentaba consolar a mi madre cuando lloraba. «¿Le querrá o no?». Llegué a intuir sus verdaderos sentimientos cuando me dijo:

—Ya estamos solos. Abandonados. ¿Quién nos va a ayudar? No conocemos a nadie en esta ciudad. Tu abuela Rquía, tu tía Fátima y tu tío Dris han emigrado a Orán. Deben de haber sido los soldados españoles los que han detenido a tu padre, por desertor.

En efecto, ellos lo habían encarcelado, según supimos después. Lo delató un soldado marroquí que conoció en España. Lo hizo porque mi padre no le rebajaba el precio de una manta militar. Eso fue, al menos, lo que nos dijeron.

Mi madre iba todas las mañanas a buscar trabajo a la Medina, pero volvía tan decepcionada como mi padre en nuestro comienzo en Tánger. Se mordía las uñas y lloraba. Los charlatanes le escribían conjuros para que mi padre saliera de la cárcel y para que ella encontrara trabajo. Rezaba mucho, imploraba la ayuda de Allah y encendía velas en los mausoleos. Acudía también a las adivinas.

—La libertad, el trabajo y la buena suerte; todo lo dispone Allah y su Profeta —se lamentaba mi madre.

—Pero ¿por qué no nos concede Allah la misma suerte que a los demás? —le preguntaba yo.

—Sólo Él lo sabe. Nosotros lo desconocemos todo, y tampoco debemos preguntar. Él está por encima de todas las cosas.

Mi madre tuvo que vender algunos objetos que teníamos en casa. Un día me mandó con otros chicos a recoger hierbas a un huerto cercano. Tenía miedo de que me pegaran. No los conocía, ni tenía entre ellos a ningún amigo que me pudiera defender si surgía algún problema. Ellos solían hacer piña contra los recién llegados. Así que me quedé rezagado, como si buscase un sitio para mear, y me fui a la Medina. Su bullicio me entusiasmaba. En el Zoco Grande comí unas hojas de col, mondas de naranja y restos de fruta podrida.

Un policía perseguía a un chico algo mayor que yo. Había poca distancia entre los dos. Me puse en su piel; su resuello era el mío propio. La gente repetía: «¡Lo va a coger! ¡Lo va a coger!… ¡Lo cogió!».

Empecé a temblar. Tenía miedo. Por un momento, imaginé que era a mí a quien había atrapado. Rogué a Allah para que no lo

alcanzara, pero no sirvió de nada. Maldije a todos aquellos que se habían alegrado, que aplaudían la brutalidad del policía. A lo lejos, vi a una mujer extranjera. Jadeaba y hablaba sola en una lengua que yo desconocía. Un tumulto de personas la rodeaba. Alguien comentó:

—El asa del bolso es lo único que le ha dejado.

Un policía se acercó y me pegó en el culo con su porra. Di un brinco y grité en rifeño: «¡Mamá!». «¡Mamá!». Otros policías llegaron con sus porras. Murmuré un insulto. Pegaban a los menores y empujaban a los mayores. Incluso algunos viejos y desvalidos recibieron golpes de los agentes.

Tenía entendido que la policía sólo usaba la fuerza y encarcelaba a quien mataba o robaba, o cuando había sangre de por medio… Después de lo ocurrido, me fui al cementerio Buarrakía. Recogí las ramas de arrayán que iba encontrando sobre las tumbas más bonitas y las coloqué en la de mi hermano. La suya no era la única sin flores ni lápida. Las había que eran un montón de tierra con dos piedras diferentes, una para indicar dónde estaban los pies y otra para la cabeza. Me dio pena ver tantas tumbas olvidadas, cubiertas de hierbajos. Algunas incluso estaban destruidas. Hasta en el cementerio hay diferencias entre ricos y pobres.

—¿Por qué muere el hombre?

—Porque así lo quiere Allah —me contestó una vez mi madre.

—¿Adonde van los muertos?

—Unos al cielo, otros al infierno.

—¿Y nosotros? ¿Adonde iremos?

—Nosotros iremos al cielo. Allah así lo quiera.

—Y, ¿qué hay allí?

—Haces muchas preguntas. Ya lo entenderás cuando seas mayor.

En el cementerio encontré las hierbas que me había pedido mi madre. En el borde de una tumba, vi a tres hombres sentados que

bebían de una misma botella. Uno de ellos me llamó:

—Oye, pequeño, ven aquí. Tengo algo para ti.

—Dáselo a tu madre, hijo de puta —le contesté y salí corriendo.

Con las hierbas, mi madre hizo un buen guiso. Yo, más que masticar, tragaba.

—Estas hierbas están buenísimas, ¿de dónde las has sacado? —preguntó mi madre.

—Del cementerio Buarrakía.

—¿¡Del cementerio!?

—Sí. ¿Qué hay de malo? Fui a visitar la tumba de Abdelkader y le puse encima unas cuantas ramas de arrayán. Apenas quedaba tierra cubriendo su tumba. Si nos descuidamos, el día menos pensado se confundirá con el terreno y ya no podremos encontrarla.

A mi madre se le humedecieron los ojos.

—Hay mucha hierba de ésta entre las tumbas —añadí.

—No se pueden comer las hierbas del cementerio.

—¿Por qué no?

Me miraba mientras yo comía, asombrada de que aún tuviese apetito. Parecía que mi madre fuese a vomitar de un momento a otro. Enfadada, me retiró el plato.

—¡Basta! —me dijo en rifeño.

—Todavía tengo hambre.

—¿De dónde cogiste las ramas de arrayán?

—De otras tumbas.

Se puso histérica:

—Mañana mismo volverás al cementerio y devolverás el arrayán a sus tumbas, y trata de que nadie te vea. Ya compraremos nuestro propio arrayán para tu hermano y decoraremos su tumba.

Empezó a llorar. Al verla, a mí también se me escaparon algunas lágrimas. Después me cogió entre sus brazos y me quedé dormido.

Solía acompañarla al Zoco Grande, donde comprábamos pan duro a los mendigos debajo de un gran árbol, cerca del mausoleo de

Sidi El Mejfi. Mi madre lo ponía a hervir en agua con un poco de aceite y especias. Otras veces sólo en agua.

Una mañana se levantó muy temprano:

—Voy al Zoco. Buscaré frutas y verduras y las venderé. Tú quédate aquí. No juegues con otros niños y no dejes la casa sola para no tentar a los ladrones.

Entre los chicos del barrio y yo había diferencias. Me sentía más miserable que todos ellos, aunque algunos viviesen en peores condiciones. A uno lo vi cogiendo huesos de pollo de la basura. Mientras los chupaba, decía: «Los vecinos de esta casa tiran siempre buena basura». De mí solían decir:

—Es un rifeño, del país de los asesinos y del hambre.

—No sabe hablar árabe.

—Este año todos los rifeños sufren hambre.

—Hasta sus animales están enfermos.

—Son ellos los que se los comen, nosotros no. Por eso caen enfermos.

—Comen hasta carroña. Si se les muere una vaca, una oveja o una cabra, se la comen.

Cuando llegan a la ciudad, los niños *djebli*[4] sufren la misma humillación que los rifeños, con la única diferencia de que el *djebli* es tomado por ingenuo, y el rifeño por traidor.

Cerca de nuestra casa había un huertecito con un peral tentador. Nuestro vecino no tardó en pillarme dentro, vareándolo. Mientras me arrastraba por el huerto, yo pataleaba y lloriqueaba tratando de escabullirme. Tenía tanto miedo que me oriné en mis bombachos. Me llevó ante su risueña mujer.

—Éste es el bicho que nos está dejando seco el peral. Es como un ratón —le dijo.

La amabilidad de la mujer consiguió tranquilizarme:

—¿Dónde está tu madre?

—Se fue al mercado a vender fruta y verdura.

—Bueno, no llores. ¿Y tu padre?

—En la cárcel.

—¿En la cárcel?

—Sí, en la cárcel.

—¡Pobre hombre! ¿Por qué está allí dentro?

Me quedé mudo, y ella repitió la pregunta con ternura:

—Dime, ¿por qué está tu padre en la cárcel?

Pensé que la sinceridad no dejaría en buen lugar a mis padres.

—No lo sé. Es mi madre quien lo sabe.

Estaba toda la familia reunida frente a mí. Querían encerrarme hasta que volviese mi madre. Su hija apareció descalza. Tenía la cabeza envuelta en un pañuelo blanco; sus manos, niveas y delgadas, estaban mojadas. Ellas se compadecían de mí, pero él insistía, quería castigarme, hacerme lamentar mi culpa. Me metió en un cuarto oscuro que servía de trastero. Al cerrar la puerta, me advirtió:

—No llores. Si no, te daré con este palo.

Era la primera vez que me encarcelaban, aunque fuera en un trastero. Comprendí que, aun sin ser de mi familia, tenían derecho a retenerme. Las peras eran suyas. ¿Por qué algunos nos vemos obligados a emigrar mientras otros se quedan en sus tierras?

¡Qué injusto! A mi padre lo metieron en la cárcel, mi madre está vendiendo verdura en el mercado y yo estoy solo y hambriento, en las manos de este hombre, un extraño, que vive confortablemente con su mujer en su gran casa. ¿Por qué nosotros no tenemos nada? ¿Por qué ellos y no nosotros?

Veía por el ojo de la cerradura a la hija de mis vecinos fregar el suelo con agua y jabón. Iba descalza, tenía el vestido recogido de tal manera que dejaba entrever sus muslos blancos. Sus pequeños e inquietos pechos botaban en el escote de su blusa como dos racimos de uvas pendidos. El pelo, cubierto con un pañuelo blanco, estaba teñido de alheña. Parecía un repollo.

Golpeé atemorizado la puerta para llamar su atención y, mientras observaba sus movimientos, mi corazón palpitaba excitado, mezcla de temor y alegría.

—Ábreme, por favor. Abre la maldita puerta.

Vaciló un momento y yo, sin pronunciar palabra, le rogaba impaciente: «¡Por favor, ven!…».

Dejó de fregar y se incorporó. Se secó las manos y colocó los brazos en jarra. Su cara expresaba cierta tristeza. Según se acercaba a la puerta, mi corazón palpitaba con más fuerza. Me abrió, sonriendo con dulzura:

—Aquí estoy. ¿Qué quieres?

Tartamudeé. Se me humedecieron los ojos.

—Mi madre me pegará si vuelve del mercado y no me encuentra en casa. Me dejó al cuidado.

Agaché la cabeza, avergonzado. Me fijé en sus turgentes muslos. Dejó caer la falda, recogida en el cinturón. Tapó sus pechos erguidos abrochando la blusa. La blancura de su ropa dejaba entrever dos pezones como dos uvas.

—¿Volverás a robar peras en nuestro huerto?

—Nunca. Si vuelvo otra vez, tienes derecho a matarme con tus propias manos.

Sonrió. Yo no pude. Salí corriendo. Ella me llamó con su dulce voz:

—Vuelve aquí. ¿No tienes hambre?

Vacilé por un momento.

—No, no tengo hambre —contesté nervioso.

Insistió en que aguardara un momento. Sus padres habían salido. Volví a mirar el árbol. Odio y deseo. «Nunca volveré a comer de él».

Me trajo un *rarif*[5] rebosante de miel; goteaba.

—Si tienes hambre, vuelve por aquí. ¿Tampoco tienes zapatos?

—Pronto me los comprará mi madre.

Nos despedimos con una sonrisa y con un gesto de la mano. «¿Es acaso el hombre más duro que la mujer? Me gustaría ser su

hermano. Me gustaría vivir en esta casa, con este huerto. Me gustaría tener un padre como el dueño, menos violento que el mío».

Un hombre nos seguía. Se acercó por detrás a mi madre y le susurró cosas al oído. Cruzamos de acera para alejarnos de él. Yo iba de la mano de mi madre, que tiraba de mí con fuerza. El hombre no nos dejaba ni a sol ni a sombra. Él sonreía, ella le fruncía el ceño. Nos deteníamos y él nos adelantaba para después volver a caminar despacio. Enfadado, le pregunté a mi madre:

—¿Qué quiere este hombre?

—Calla. Esto no va contigo.

Lo miro, se sonríe. Nos persigue. «¿Qué querrá de mi madre? ¿La querrá raptar? Es un secuestrador, sin duda. Tiene muy mala pinta». Esta vez era yo quien agarraba bien fuerte la mano de mi madre:

—No aprietes tanto, que no me voy a escapar.

Ya no pude más y, furioso, le dije al hombre:

—¡Piérdete! ¿Qué quieres de nosotros?

Y el malnacido va y nos sonríe.

—¿No te dije que te callaras?

La odiaba; mientras yo trataba de defenderla, ella me mandaba callar.

Nos encontramos con una amiga de mi madre. El pesado que nos seguía acabó alejándose. Ellas se pusieron a hablar de mi padre, todavía en prisión. Aquella mujer no paraba de acariciarme el pelo y la cara. Yo notaba sus manos ásperas, llenas de durezas.

—¿Por qué está triste Mohamed?

Mi madre me miró, agarrándome suavemente del cuello:

—Él es así.

Se despidieron.

—Besa la mano de Lalla[6] Luisa —dijo mi madre.

La besé, obedeciendo sus órdenes.

El vientre de mi madre cada día estaba más hinchado. A veces no iba al mercado, y se pasaba el día vomitando. Estaba pálida. Le dolían las piernas. «¿Y si su barriga explota de tanto hincharse?». Su llanto ya no me sobrecogía como antes. Me hice más duro, sabía contener mejor la tristeza. También dejé de jugar con mis amigos. Una noche me llevaron mientras dormía a una casa del barrio. Me desperté en una habitación desconocida con otros tres chicos. No me había enterado de nada. Era la casa de una vecina.

—Ahora tienes una hermanita. Sé bueno con ella —me dijo al despertarme.

Mi madre iba de visita a la cárcel una vez por semana. A veces volvía llorando. Aprendí que las mujeres lloran más que los hombres. Lloran y cortan el llanto con la misma facilidad que un niño. Están tristes cuando se muestran contentas, y cuando creemos que van a romper a llorar, gastan bromas y se ríen. Una vez vi a mi madre reír mientras lloraba. ¿Se había vuelto loca?

Solía quedarme en casa para cuidar de mi hermana Rhimo. Sabía cómo hacerla reír, pero nunca cómo conseguir que dejara de llorar. Me aburría y salía a dar una vuelta, dejándola con sus lloros, agitando pies y manos, como una tortuga puesta al revés. Cuando regresaba, la encontraba durmiendo o sonriendo. Las moscas revoloteaban alrededor de su cara. ¡Pobrecita! La tenía salpicada de picaduras de mosquitos. ¡Moscas de día y mosquitos de noche!

Mi hermana Rhimo fue creciendo. Mi madre lloraba menos que antes. ¿Y yo? Yo cada vez estaba más agresivo, dentro y fuera de casa. Tenía muy mal perder, y lo demostraba rompiendo lo que pillaba a mano, pataleando, llorando y maldiciendo a los cuatro vientos.

—¿Las mujeres también pueden ir a la cárcel? —le pregunté un día a mi madre.

—¿Por qué?

—Es sólo una pregunta.

—Sí, las mujeres también pueden ir a la cárcel. Si hacen algo malo, claro.

Todas las mañanas acompañábamos a mi madre al mercado. Mi hermana mamaba la leche de su pecho, y yo me las arreglaba, casi siempre, para comer, lejos de ellas, en las callejuelas de la Medina. Mendigaba y robaba. Cuando mi madre me regañaba por haberme perdido, la amenazaba:

—Voy a abandonar toda esta miseria. No volveré nunca más a esta casa.

—Decir eso a tu edad… Eres tremendo.

Una mañana, en el Zoco Grande, nos sorprendió la llegada de un hombre que buscaba a mi madre. Venía acompañado de una vecina que le había ayudado a encontrar nuestro puesto. Mi madre no paraba de llorar. ¿Era por ese hombre rudo?

Al día siguiente, no fue al mercado. Después de ir a los baños se acicaló: kohl en los ojos y *swak*[7] en los labios. Rebosaba alegría aquella mañana. ¡Qué raro!

Cuando mi padre salió de la cárcel, ella lloró. Pensé que no existía en el mundo mujer tan llorona como mi madre. Le pregunté el porqué de tanta lágrima y me explicó que lo primero que haría mi padre al salir era buscar al hombre que lo delató para matarlo. Me alegré. Deseaba que encontrase a aquel soldado que lo delató y acabase con él. Así podría perderlo otra vez de vista por una larga temporada. En el fondo daba igual quién matase a quién. Eso sí, lo quería bien lejos, ausente, no importaba si vivo o muerto.

El día de su regreso, mi padre volvió a casa abatido. Apestaba a alcohol. Oí cómo mi madre le decía:

—Estás borracho. ¿A que sí?

Murmuró algo y se dejó caer sobre una silla, cansado y afligido. Los dos compartíamos tristeza: la suya por no haber encontrado al

delator y la mía por su regreso. Antes de dormir, escuché cómo planeaban nuestro viaje a Tetuán. Hubiera sido difícil no enterarme de todo cuando sólo contábamos con una única habitación en casa.

Por la noche, me levanté para mear. Y escuché ese ruido de besos, aquel jadeo y sus palabras de amor. «¿Y se quieren? ¡Maldito sea su amor! Sólo es carne». Escupí. «¡Será mentirosa! ¡Nunca más la creeré!».

Él: Tu boca.

Ella: Aquí la tienes. No seas bruto. Así no, espera.

«¿Qué estarán haciendo?».

Él: Ya te digo yo que es así.

Ella: Mejor dormiré en el suelo.

«Se escuchan golpes. ¿Qué hacen?».

ÉL Hija de puta.

Ella: Así no, por favor, que me haces daño. Así mejor. ¡No! ¡No! Así está bien, así.

Parecía que tuvieran fiebre. Jadeaban, exhaustos. Besos y gemidos; se mordían, se devoraban. Lamían su sangre. «¿La habrá apuñalado?». Un largo grito interrumpido por el llanto. «¿La ha matado?». Mi vejiga no aguantó más y el líquido, todavía caliente, empezó a correr lentamente entre mis piernas.

En la víspera de nuestro viaje volví a ver a la muchacha que me liberó de la cárcel y me dio un *rarif*. Le conté que nos mudábamos a Tetuán. Me cogió de la mano y me llevó a su casa. Allí me ofreció pan negro con miel y mantequilla, y una manzana muy grande y roja. También me llenó los bolsillos de almendras. Me lavó la cara, las manos y los pies. «¿Soy yo acaso su hermanito? ¿Su hijo?». Me cortó un poco el pelo, me peinó. Sentí sus manos, suaves y cálidas, sobre mi frente y mi cara. Me perfumó y me puso delante de un pequeño espejo plateado. No me fijé en mi cara, sino en la suya. Cogió mi cabeza entre sus manos con delicadeza, como yo solía

hacer con los pajaritos para no hacerles daño. Me besó en la mejilla y en la boca para despedirse. Era para mí como una hermana de distinta madre.

El día de nuestra partida me acordé de la tumba de mi hermano. «Su tumba quedará sin riego,[8] sin arrayán y sin lápida. Se perderá, como se pierden las cosas pequeñas entre las grandes».

2

En Tetuán nos instalamos en una pequeña casa del barrio de Ain Jabbaz,[9] cerca de un huerto. Una única habitación, con el váter fuera.

Mi madre continuó vendiendo fruta y verdura, esta vez en Trankat.[10] Y mi padre, parado, frecuentaba la plaza El Feddan, donde se reunía con los inválidos y veteranos combatientes marroquíes de la guerra civil española. Algunos se vanagloriaban de ello y narraban los recuerdos de los combates como si se tratase de toda una aventura. *Hadj*[11] Franco; así se referían al Caudillo. En cuanto a mí, me convertí en chico de los recados de nuestros vecinos españoles. Mi hermana Rhimo ya se revolvía por el suelo, intentando andar. Jugábamos y nos reíamos juntos, hasta que se cagaba encima. Olía tan mal que la dejaba sola en casa y esperaba a que mi madre regresara del mercado. A veces mi padre desaparecía durante uno o dos días y cuando volvía, se enzarzaba con mi madre, que a menudo acababa sangrando. Sin embargo, de noche les oía reírse a placer. Por fin entendí lo que hacían, y es que dormían abrazados, desnudos. Era así como se reconciliaban, en eso se basaba su vínculo: los placeres de la carne. Yo también tendría una mujer cuando fuese mayor. «De día le pegaré y de noche nos reconciliaremos con besos y abrazos, fundidos en uno. ¡Qué juego tan divertido el que se traen los hombres y las mujeres!».

Mi padre me encontró trabajo en un café de mala muerte del barrio. Y me llevó a conocer al propietario, manco del brazo

izquierdo:

—Es mi hijo. Si algún borracho o drogadicto intenta abusar de él, lo mataré. Ya sabes cómo somos los rifeños, tenemos poca paciencia.

—Estate tranquilo, Si[12] Haddu. Nadie se atreverá a tocarle.

Trabajaba desde las seis de la mañana hasta pasada la medianoche. Cada fin de mes mi padre se presentaba en el café y el patrón le ofrecía un vaso de té y le daba mi salario, treinta pesetas. El patrón me llamaba entonces para que besase la mano de mi padre, que me decía:

—Acabo de recibir tu salario. ¡Qué Allah te bendiga!

Yo no veía ni una peseta. Después de cobrarlo, mi padre desaparecía durante un par de días. Cuando volvía a casa apestaba a alcohol. Mi madre se lo echaba en cara. «Puta» y «borracho» eran las palabras más repetidas en sus peleas.

Nos explotaba tanto a ella como a mí. También mi patrón hacía lo propio conmigo; otros chicos ganaban más que yo trabajando lo mismo. Por eso decidí comenzar a robar a quienes me explotaban, aunque se tratase de mis propios padres. Consideré el robo como algo legítimo entre gente sin moral.

En el café, había dos tipos diferenciados de clientela: la diurna y la nocturna. Sólo se mezclaban los días festivos, para poner en común los sucesos de la semana.

Empecé a fumar cigarrillos a escondidas y a probar el kif. Cuando los clientes me mandaban a hacer algún recado, solían darme a cambio una pipa de kif, o un vaso de vino. Incluso un trozo de hachís, que la mayoría de las veces me hacía vomitar una gelatina de un verde amarillento. Caí enfermo. La vida me pareció extraña en ese estado. La enfermedad ahonda la soledad y hace que la capacidad de querernos a nosotros mismos sea más fuerte. Comprendí que no había nadie más que yo. Solo, frente al espejo de mi alma. El mundo exterior se me aparecía entonces como un gran espejo roto, mugriento, que reflejaba mi cara desfigurada.

Los clientes del café me animaban a fumar kif y a tomar *majoun*,[13] «Sólo se vomita la primera vez», me dijo uno, y tenía razón el *hashas*,[14] porque no sólo no he vuelto a vomitar sino que tampoco he enfermado. Cuando tomé vino por primera vez, también vomité y caí enfermo. Y de nuevo me dijeron lo mismo, que sólo ocurriría la primera vez. Acabé comprobando que aquellos *hashasha* y los borrachos sabían bien lo que decían.

El patrón no me reprochaba nada. Lo único que le preocupaba era el dinero. A fin de cuentas, él también bebía y fumaba. A veces, yo me preguntaba si venimos al mundo sólo para esto. ¡Qué va! Nos queda aún el cielo y el infierno. Al menos, eso es lo que decía mi madre.

Algunas noches me quedaba a dormir en el café, recostado sobre las sillas, y, otras, encontraba refugio en una panadería española cercana. Una noche, Yazidi, uno de los panaderos, fue víctima de una broma de sus compañeros. ¡Y menuda broma! Ellos eran cinco o seis. Lo tiraron al suelo y lo amordazaron con un trozo de tela para evitar que mordiese. Después, uno de ellos se bajó el pantalón y le restregó su culo, su pene y sus testículos por la nariz. «¿Es así cómo los hombres se divierten?». Salí de la panadería aterrorizado por aquella escena, con miedo de que me hicieran algún día lo mismo, o incluso algo peor. Volví a casa de noche, aun sabiendo que me exponía a que alguien me violase, como ya les había ocurrido a otros chicos y chicas del barrio. Se trataba de una aventura, pero prefería correr el peligro de las calles oscuras.

El patrón vivía muy cerca del café. Según contaban los clientes, empezaba a beber en el café y acababa pasando la noche en un burdel de la Medina. Podía pasarse más de un día entero en aquel burdel, o en el de alguna ciudad cercana. Durante esas ausencias, le robaba el doble. Al camarero que dejaba al cargo, sin importar que fuese de día o de noche, siempre le vencía el sueño. Era cuando yo aprovechaba para sisar del dinero que cobraba a los clientes y que debía guardar en una caja de madera colocada encima de la barra.

Cuando se despertaba, él cogía aquel dinero de la caja sin que yo tuviera que rendirle cuentas.

Empecé a entrar en casa del patrón. Yo era como uno más de la familia. Comía con sus hijos y, si la borrachera no me obligaba a pasar la noche en el café, dormía en la misma habitación que ellos. Su mujer se acicalaba más de una vez por semana. Se ponía el caftán y las joyas, y salía. Volvía tarde, e incluso alguna que otra noche la pasaba fuera. Era gorda y de piel morena. Tenía la cara redonda y grandes pechos. Las nalgas le sobresalían. Sudaba mucho, incluso cuando llevaba una prenda ligera. Al levantarse de la cama parecía que acabase de salir del *hammam*, lo que me permitía contemplar su cuerpo mientras ella me sonreía satisfecha. Nunca me regañaba. A veces, el marido les pegaba, a ella y a sus hijos, pero su brutalidad no era la de mi padre. Él también era capaz de abrazarlos, de jugar con ellos, y hasta hablaba a su mujer con dulzura. Mi padre se limitaba a pegar y a gritar como una bestia.

Había semanas en las que no veía ni un solo día a mis padres. Era una manera de descansar de sus disputas. Dormía muy poco. Adelgacé y caí enfermo. El vientre de mi madre comenzó a hincharse de nuevo, pero aquella vez no me quedaría en casa para cuidar de ningún recién nacido. Ya era mayor, y trabajaba. Imaginé al feto llorando dentro de su vientre. Pronto oiría aquel llanto. Mi enfermedad me obligó a dejar por un tiempo el trabajo en el café. Durante mi convalecencia aprendí a cazar gorriones. También improvisé un columpio en el huerto con una tabla y una cuerda atada a una higuera. Me gustaba columpiarme. Mi pequeño pene se erguía con el balanceo. Aprendí también a nadar en la alberca, donde se embalsaba el agua para el riego. Solía levantarme muy temprano para robar fruta, gallinas, huevos y polluelos. Conocía a la perfección el escondite de todos los nidos del huerto. Luego vendía el botín a las tiendas del barrio. Mi deseo sexual aumentaba día a día: la gallina, la cabra, la perra o la ternera eran mis hembras. A la

perra le tapaba la cabeza con un tamiz roto, a la ternera la ataba, y en cuanto a la cabra y a la gallina, ¿quién puede tenerles miedo?

Comenzaron a dolerme las tetillas. Los mayores a los que preguntaba siempre respondían lo mismo: «No es nada. Eso es la pubertad». También me dolían los testículos cuando tenía una erección. Descubrir la masturbación fue la solución. Ya no tuve que preocuparme más, sólo pensar a un tiempo en todas aquellas fantasías de cuerpos prohibidos. Al eyacular sentía como si tuviera una herida dentro de mi polla.

Una mañana subí a la higuera y vi a Assía a través de las ramas. Se dirigía lozana hacia la alberca. Tuve miedo de que me descubriera y me delatara a su padre, tan bruto como el mío. ¡Malditos sean todos los padres si se parecen a él! Assía se detuvo un instante para girarse. Aguzó el oído. Tenía unos ojos negros y enormes, muy vivos; infundían temor. Si no la conociera, la habría tomado por una hechicera. Se acercaba sigilosa a la alberca. ¿Acaso tenía miedo? ¡Parecía vacilar en cada uno de sus pasos! Se movía tan despacio que daba la impresión de andar sobre huevos a punto de quebrarse. Llegó a la escalera. Se detuvo para contemplarse como si no hubiese nadie más en el mundo. Se quitó el cinturón. Yo no podía ver más allá de su cuerpo. El camisón rosa se abrió como las alas de un pájaro que en vano intenta volar. Gocé como nunca viendo aquella blancura inmaculada. Temblaba. Un higo se me cayó de la mano. Tragué el que tenía en la boca, la cesta volcó y se desparramó la mitad de su contenido. El sol empezaba a despuntar, como un huevo servido en un plato azul. Todos saludaban el nuevo día: los pájaros con su canto, las palomas con su zureo, el gallo con su quiquiriquí, y por encima de todas las voces, el rebuzno del burro. Pero yo sólo tenía ojos para la que se desnudaba. ¡Assía desnuda! Imaginaba que todos los seres la imitaban: los árboles perdiendo las hojas, los hombres deshaciéndose de la vestimenta, los animales mudando el

pelaje. El camisón se deslizó por su cuerpo. Por fin lo hizo. ¡La hija del propietario del jardín desnuda! ¡Qué blancura tan resplandeciente! ¡Qué cabellera tan negra! ¡Y qué pecho tan turgente! Tenía el pubis tupido y hermoso. Me dolía la erección. Mis deseos se avivaron. Su pelo largo le cubría toda la espalda. Cuando se agachaba, sus cabellos se escurrían por los hombros, dejando al descubierto sus nalgas y la sombra del pubis. La boca se me hacía agua, o más bien miel. Mi dolor aumentaba, un dulce estremecimiento me corrió por todo el cuerpo. Apoyé la espalda contra el tronco del árbol. Estuve a punto de caer. Assía bajaba lentamente las escaleras para no resbalar, contemplaba el agua y el jardín. Se mojaba las axilas, sus blancos pechos, sus muslos. Bajé del árbol en silencio y gateé hasta alcanzar el camisón. Conseguí esconderlo en la hierba, cerca de la alberca, sin que se percatara. Satisfecho, regresé al árbol a esperar. Comí higos con alegría; me olvidé de todo. Assía nadaba como un pez. Era una sirena, apareciendo en la superficie y sumergiéndose de nuevo. Los animales del jardín cantaban a coro; algunas voces eran bonitas, otras no tanto. Todo era sublime. Ella nadaba sobre su vientre, de lado, sumergiendo la cabeza… parecía flotar como una botella en el agua. ¡Qué maravilla! ¡Qué belleza! Y sólo estaba yo para contemplarla.

Salió tiritando del agua. Sorprendida por no encontrar su camisón, se tapó el pecho con la mano izquierda y puso la otra sobre el pubis. Temerosa y perpleja, lo buscó durante un buen rato. Finalmente lo encontró, se vistió tan deprisa como pudo y desapareció corriendo, privando así al jardín de su blancura. Una risa nerviosa me dominó. De nuevo el rebuzno del burro. Por la noche soñé con Assía quitándose el cinturón. Nadaba desnuda, deslizándose como una langosta por el fondo de la alberca. Soñaba que nadábamos juntos, que buceaba por debajo de mí, que me rodeaba. Después nos quedábamos en la superficie abrazados, para luego sumergirnos juntos.

Un día, vi a la niña Munat arremangarse el vestido y ponerse en cuclillas debajo de un árbol. Ella no podía verme. ¿Por qué no tenía pelo en su pubis sonrosado? La abertura de su pequeño sexo se abría de par en par cuando ella inclinaba su cuerpo: era como una boca desdentada. ¡Qué horror!

Otro día sorprendí a mi vecina medio desnuda en su casa. Mi madre me había mandado a pedirle algo. Se estaba cambiando de ropa interior: tenía una barriga grande y arrugada, las tetas caídas, toda esa carne fláccida. Los cuerpos que no se parecen al de Assía son desagradables, ¡y mucho!

Poco a poco, mi pene llegó a convertirse en un quebradero de cabeza. Lo acariciaba con mis manos como si fuera una úlcera a punto de supurar. Lo tenía empinado y rojo, jadeante. Llegué a obsesionarme, y es que sentía un dolor terrible en los testículos si no descargaba. Para conseguirlo, solía imaginar el cuerpo de Assía. Lo besaba, le lamía los pechos y ella se dejaba, acariciándome la nuca.

Fui a verla y se lo conté todo, lo del baño en el jardín y lo del sueño. Salió corriendo detrás de mí sin poder alcanzarme, pero tropecé y me cayó encima. Me dio una bofetada. Luego me perdonó. Reconciliados, la invité a comer: cavé un agujero, metí unos huevos envueltos en un paño mojado y encendí un fuego. Comimos huevos duros y también algo de fruta. Después reposó la comida a la sombra de un manzano. Yo protegía su descanso. Debía estar soñando con un hombre, no cabía duda. Al menos eso escuché que soñaban las mujeres.

Ella tenía un hermano más pequeño que yo, con el que me encontraba también muy a gusto. Sentir su cuerpo junto al mío y compartir con él mi comida tenía algo de sensual.

Un nuevo juego con el que entretenerme: desperdiciar cajas de cerillas. Solía sentarme al borde de la alberca a esperar la salida de las anguilas. Juntaba un puñado de cerillas y se las tiraba encendidas. Así era cómo jugaba a perseguirlas, hasta que volvían a meterse en su escondite. Este juego me tranquilizaba, pero, una vez,

una cerilla se me cayó de las manos, sin darme cuenta. Volví a encender otra, y no me percaté del fuego. De repente, oí el chasquido de la caña. «¡Fuego!». Intenté apagarlo con piedras y todo lo que tenía a mi alcance. Como no pude, huí y me escondí en el establo. Surgieron voces pidiendo socorro. Aterrorizado, me hundí en un montón de paja y pensé en mi mala suerte. La noche me sorprendió en el establo. Allí había una vaca holandesa que me tenía fascinado. Me puse a acariciar sus ubres hinchadas de leche, y como si de un bebe se tratara, me dejó mamar. Así es cómo descubrí mi nuevo refugio. De día vagabundeaba por el barrio y de noche dormía en el establo. Aquello no duraría mucho, ya que la tercera noche caí en la trampa que me tendió mi padre. Había sobornado a unos niños del barrio para que lo ayudasen, prometiéndoles una recompensa. Me llevó a casa y me encerró. Nos pegó a mi madre y a mí con un cinturón militar. Para socorrernos, los vecinos tuvieron que derribar la puerta. Mi madre acabó con un ojo hinchado y yo con todo mi cuerpo magullado. Durante varias noches, cualquier postura me incomodaba y no conseguía conciliar el sueño. Hubiese querido dormir suspendido, entre cielo y tierra.

Algunos días más tarde volví a trabajar en el café. De nuevo el *majoun*, el kif y la bebida. Un día, en casa del patrón, vi a su hija Fátima agachada mientras lavaba la ropa. Llevaba el vestido recogido por delante. Me pareció mayor que yo. La observaba. El maltrato de mi padre hacía que mi deseo sexual despertase con todo lo físico. La chica se volvió hacia mí y me dedicó una sonrisa. La miraba y, en mi imaginación, una ráfaga de viento levantaba su vaporoso vestido. Aunque Assía era más guapa, era Fátima a quien tenía delante en aquel momento. Assía ya no era más que un recuerdo lejano. Fátima levantó la cabeza, puso las manos en las caderas y se estiró mara mitigar su fatiga. Al verme, cubrió sus apretados y robustos muslos en un gesto de decencia. Decepcionado, imaginé que me acercaba a ella para levantarle el vestido, que forcejeábamos hasta que Fátima conseguía

rechazarme; como venganza le prendía fuego a su ropa y veía cómo las llamas la desnudaban poco a poco. ¡Qué maravilla!

—¿Qué quieres? ¿Estás soñando? —me dijo, algo furiosa.

—No queda azúcar en el café —le contesté, desilusionado.

—¿No sabes dónde está el azúcar, o qué? —me dijo gritando y, luego, comentó para sí—: ¡Lo que faltaba!

La miré con odio.

—Pero ¿qué te pasa? Estás muy raro. Se lo diré a mi padre —añadió.

Con la cabeza gacha me fui a por el azúcar. Ella me echó una última mirada, intentando comprender qué me ocurría. Siempre me inventaba algún pretexto cuando sabía que ella se quedaba sola. Así la desnudaba cuando me apetecía, con ayuda del fuego. Se había acostumbrado a mis visitas sin motivo, y yo llegué a entender que fingía su mal humor. Nos mirábamos sin cruzar palabra. Una noche fría, frotamos nuestros cuerpos para darnos calor. Era un juego: ella me cubría con su cuerpo y yo la acariciaba. Mientras, me imaginaba abofeteándola con rabia.

Mi madre dio a luz a un niño. Mi hermana Rhimo ya tenía edad para cuidar de su hermano Achor.

Yo seguía con la misma rutina del café. Una tarde bebí y fumé kif. Salí afuera a sentarme al fresco. Contemplaba las estrellas del cielo, y cuando cerraba los ojos las retenía cautivas bajo mis párpados.

—Levántate y ponle un vaso de agua a aquel señor —me increpó el patrón.

Lo miré, medio adormilado. «¡El malnacido ha hecho que se esfumasen mis estrellas!».

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí entonces? ¿Por qué no se lo sirves tú?

Me dio un par de bofetadas y me escupió. A mí me entró la risa nerviosa. Entonces uno de los clientes, borracho, intervino:

—Pero no ves que está borracho y drogado.

Lo insulté y salí corriendo. Aquélla fue mi última noche en el café. Caminaba en la oscuridad, pensando en las musarañas. No tenía miedo de los fantasmas, ya fuesen hombres o diablos. En la calle oscura corrí detrás de un animal. Debía ser un gato, o quizás un conejo.

Después de la fiesta de Aid el Kebir,[15] acompañé a mi madre al río que pasaba cerca del huerto para lavar la piel del cordero. En medio de la noche, ya de vuelta, la oí lamentarse: «¡Por Allah! He olvidado el cuchillo con el que he limpiado la lana. Lo he dejado sobre una roca». Salí disparado hacia el río sin mediar palabra. Encontré el cuchillo sobre la roca y lo empuñé con un gesto de esgrima, como si luchase contra un enemigo invisible. Al mirar hacia la otra orilla vi una silueta que se aproximaba. Era un fantasma. Había oído decir que si te topabas con un *yinn*[16] debías hincar un cuchillo en el suelo para que él quedase, a su vez, clavado en el sitio. Así lo hice, con todas mis fuerzas. Quise correr, pero mis piernas no me respondían. Caí al suelo y me levanté enseguida. No quería gritar, ni mirar atrás, por miedo a que el *yinn* aprovechara para pillarme. Creía que con sólo girarme me atraparía. Tropezaba y me volvía a levantar. Finalmente, conseguí llegar a casa con la lengua fuera. Pasé varios días enfermo; creyeron que no saldría con vida. Vino a casa un *cheikh* que exorcizaba los cuerpos humanos y los liberaba de los *jinni*. Le ordenó a mi madre que matase un gallo negro y después, llevándome a cuestas sobre su espalda, diera siete vueltas alrededor del pozo de la casa.

Una vez recuperado, les conté a mis amigos lo ocurrido. Todos me creyeron. En cambio, algunos adultos me dijeron que aquel supuesto fantasma bien podía haber sido un campesino que regresaba tarde a casa. Pero me daba igual, la mayoría de la gente

creía en la existencia de los *yinni*. Son soldados del Mal, enviados por Allah para castigar a los hombres.

Mi padre me consiguió otro trabajo, esta vez en una fábrica de ladrillos. Cobraba veinticinco pesetas mensuales. Me dedicaba a tirar de un carro lleno de tierra o de tejas durante unas ocho o nueve horas diarias. Mis manos sangraron y se endurecieron. Mi cara se tostó al sol y mi cuerpo se robusteció. Esta vez, era yo quien cobraba mi salario. Le daba la mitad a mi padre a cambio de comida, cama y ropa limpia. Un día, aprovechando la ausencia de mi padre, me rebelé y le dije a mi madre:

—No soy ningún burro como para andar cargando y tirando de un carro.

—¿Y qué vas a hacer, entonces?

—Tengo algo pensado, pero no es asunto tuyo.

A la hora de la comida, mi padre me advirtió:

—Comer y dormir en esta casa cuesta dinero. Si no trabajas, no habrá nada para ti, ¿entendido?

—Entendido —le contesté, cabizbajo.

«¿Y tú qué haces, eh? ¿No es mi madre la que nos mantiene a todos vendiendo verdura en Trankat?».

Dejé el trabajo en la fábrica de ladrillos y compré una caja de limpiabotas. Recorría cafés y bares. Recogía colillas, bebía los restos de vino y de refresco de los vasos y comía las sobras de los platos. Arramplaba con lo que podía antes de que los camareros dejasen limpias las mesas de las terrazas. Mis clientes no quedaban del todo satisfechos con mi trabajo. Nunca llegué a dominar aquel oficio. El cepillo se me escapaba de las manos cuando intentaba imitar los gestos habilidosos de los profesionales. Ellos se burlaban de mí hasta hacerme enrabietar. La mayoría de las veces acabábamos llegando a las manos. Al final, terminé siendo amigo de un vendedor

de periódicos, un joven que rondaba mi edad. Dejé entonces de limpiar zapatos para vender el *Diario de África*.

3

Nos mudamos al barrio de Trankat. Yo comencé a ayudar a mi madre en el mercado. Llamaba a gritos a los clientes españoles: «¡Vamos a tirar la casa por la ventana!». «¡Quien llega tarde no come carne!». «¡De balde! ¡De balde vendo hoy!».[17]

Cada tarde, sisaba dinero a mi madre para comprar *majoun* o kif, también para tomar un café o ir al cine. Un día, me encontré con un amigo. Se llamaba Tafersiti. Parecía algo deprimido:

—Mi tío ha muerto —me dijo.

—No sabes cómo lo siento.

—Mató a su mujer, a sus tres hijos y después se suicidó.

—Pero ¿qué ocurrió? ¿Por qué lo hizo, Tafersiti?

—Llevaban demasiados días sin comer. Ni él ni su mujer quisieron pedir nada a los vecinos. Tapiaron por dentro la puerta con piedras y arcilla, y allí murieron todos.

—¡Qué descansen en paz!

Compramos medio litro de *mahia*[18] y nos lo bebimos a tragos en el acantilado del monte Djbel Dersa. Después nos decidimos a pasarnos por el burdel.

Lalla Harruda, conocida por los adolescentes como una verdadera experta en el sexo, nos dijo:

—Habéis bebido, ¿verdad?

—Sí, pero no nos prives de tu belleza.

Sonrió mientras nos examinaba de arriba abajo. Su cara brillaba con tanto maquillaje. Llevaba kohl en los ojos. Tafersiti me miró. Le

aseguré a la mujer que no habíamos bebido mucho, que tan sólo estábamos alegres y queríamos hacer el amor con ella, como nuestros amigos del barrio. Teníamos miedo a que nos rechazara.

—Bueno, ¿quién pasa primero? —dijo, finalmente.

Miré a Tafersiti.

—Por favor, pasa tú —me dijo.

Me pidió que le pagara por adelantado. No vacilé. Ella vendía su cuerpo y nosotros lo comprábamos. Empezó a desnudarse, de pie, con el cigarrillo en la boca. El humo del tabaco daba a sus ojos un aire somnoliento. Tenía los labios gruesos y rojos.

—¡Abre la boca! —me ordenó.

Le tenía miedo, pero hice lo que me pedía sin rechistar. Sonriendo, me colocó el cigarrillo en los labios. Me dio la espalda. Le desabroché el sostén excitado, contemplando el suave vello de sus nalgas. Sujetándose los pechos con las manos, se volvió hacia mí. Recuperó su cigarrillo. Sonreí, tratando de disipar el miedo que me daba su cuerpo. Pensé: «Ha hecho de mi boca un cenicero».

—¿No fumas?

Nervioso, saqué un cigarrillo.

—Desnúdate. ¿Por qué tienes miedo?

Mi pene ya estaba duro. Me costaba desabrocharme el pantalón. El corazón me latía con fuerza. Assía y Fátima no me infundían tanto miedo, pero es que con ellas no había más que flirteo, nada serio. En cambio, esta mujer me iba a dejar penetrarla como el puñal se clava en la carne. Estaba a punto de hender su sexo. Se metió en la cama, y abrió las piernas como si fueran tijeras. Lo llevaba afeitado. Me acordé de la niña Munat haciendo pis. Cogió mi pene erecto con sus manos. «¿Y si la boca de abajo también tiene dientes?», pensé. Con temor, me deslicé entre sus muslos. Me envolvió con sus piernas, apoyando sobre mis pequeñas nalgas sus talones, y me estrechó con fuerza contra su pecho.

—¡Vaya! Todavía no sabes cómo se penetra a una mujer —me dijo, algo sorprendida.

No supe qué contestar. Sólo pensaba en los perros, en cómo se quedan pegados cuando lo hacen. Tenía aquello demasiado seco. Me apartó, humedeció los dedos con saliva y se los pasó por su otra boca.

—¡Métemela! ¿Qué te pasa? O me la metes o te vas. Vamos, te digo que me la metas.

«¿Y si tiene dientes en su otra boca?», pensé de nuevo.

—No temas, no te voy a comer. Eres guapo. Métemela.

La penetré con miedo. Me hundí dentro de su otra boca, viscosa, llena de saliva y espuma. Era huidiza, como si estuviese untada en mantequilla.

—¡Ay! ¡Ay! Así no. Me acabas de recordar por qué detesto acostarme con crios. ¡No me toques ahí! Seguro que es la primera vez que te acuestas con una mujer.

Estuve a punto de contarle que tonteaba con las chicas del barrio. La penetre otra vez. Quería besarla, pero ella apretaba los labios y me ponía la mejilla. Yo intentaba atrapar sus pechos, pero, como peces, se me escurrían de las manos. Odiaba a aquella mujer.

—¡Con cuidado, que mi carne no es de plastilina! Eres demasiado joven para hacer según qué cosas con una mujer, muchacho.

Lalla Harruda no me resultaba tan atractiva como Fátima, que sí me dejaba acariciar sus tetas, y me entregaba su boca. Su cuerpo no duró mucho entre mis manos.

—Bueno, tú ya has terminado. Ahora le toca a tu amigo.

De un empujón me echó de la cama, con mi pene aún goteando.

—¡Oh! Así no, que me estás poniendo la cama perdida. Espera, yo te enseñaré cómo hay que hacerlo.

Pensé que aquella mujer estaba loca. ¿No fue ella quien me empujó para que me levantase? Se colocó un pañuelo en su llaga para secarse. De espaldas, su culo me excitaba. «¡Es buena!, toda una experta, pero se queja demasiado».

—Bueno, ¿satisfecho? Ya te has estrenado. ¿A que soy la primera mujer?

Sonreí y asentí con la cabeza.

—Lo recordarás siempre.

Mi pene todavía estaba duro.

—Anda, ¿a qué esperas? Lávate y ponte la ropa, que tu amigo está esperando su turno.

Me lavé y me puse el pantalón, aún estaba empalmado. Pero no tardó en desinflarse.

Al verme, Tafersiti me preguntó:

—Bueno, ¿qué? Dime algo.

—Es fenomenal. No tiene dientes.

—¿Cómo? ¿No tiene ninguno?

—No me refiero a la boca de arriba. Quiero decir que su coño no muerde. Sólo te aprieta. Ya verás, está tibio y suave. Como si te la chupase, pero sin dientes.

Harruda gritó desde la habitación:

—Venga, el siguiente, que no tengo todo el día.

Me quedé ensimismado. Su coño no era bonito, pero su calor se esparció por todo mi cuerpo. Incluso consiguió que se me pasara la borrachera. Pero era preferible penetrar aquel cuerpo con los ojos cerrados.

Tafersiti y yo nos hicimos asiduos del burdel de Harruda; nos pasábamos tres o cuatro veces por semana en busca de alguna mujer que quisiera acostarse con nosotros. Algunas nos rechazaban y, de las que aceptaban, casi todas tenían prisa: «¡Vamos! ¡Venga, deprisa! ¡Es para hoy!». Por eso, sólo repetíamos con las que, además de ofrecer sus labios y sus pechos, nos dejaban hacer el amor sin atosigarnos con el tiempo.

Un día comenté con Tafersiti que para hacer el amor de verdad con una mujer había que besarla y acariciarle las tetas.

—Sólo se entregan por completo a los adultos. Dicen que a veces incluso hay que pegarles para que lo hagan.

—Vale, pero ¿tú crees que somos niños? Todo el que consigue empalmarse es ya un hombre.

—Tienes razón.

—Esta noche iremos al burdel de las españolas.

—Sí, esta noche veremos cómo hacen ellas el amor.

En el burdel de las españolas, la primera chica nos rechazó:

—Uno solamente, nada de dos.[19]

—Dice que primero uno y luego otro —le expliqué a Tafersiti.

—Entra tú, si quieres.

—No, no. O los dos o ninguno.

—¡Pues que se vaya a la mierda! —dijo nervioso.

—Bueno, pero es joven y guapa.

—¿Y qué más da? ¡Que se vayan a la mierda ella y su juventud! Las habrá más guapas. Ya verás.

Fuimos a hablar con otra. Era algo mayor que la anterior. Parecía más tranquila, pero era fea. «¡Maldita sea la belleza de las engreídas!».

—¿Qué te parece, Tafersiti?

—No está mal. Lo importante es que quiera acostarse con nosotros y que nos trate bien. ¡A la mierda con la de antes!

—Bueno, por muy generosa que sea ésta, la veo un poco gorda.

—No importa. Primero hacemos el amor con ella y luego ya buscaremos a otras mejores.

Pensé que la belleza era un método eficaz de tortura. Esta vez nos lo jugamos a cara o cruz para ver quién entraba primero. Le tocó a Tafersiti, pero vaciló:

—No, Mohamed, entra tú mejor. Es la costumbre, ya sabes.

Entré. Ella le pidió a un tal Antonio que le trajese agua y una toalla. Antonio era guapo; llevaba kohl en las pestañas y la cara empolvada, de color rosa, el pecho incipiente como el de una niña y el pantalón muy ajustado al culo. Ella me preguntó si no pensaba darle nada a aquel hombre. Le di dos pesetas y desapareció. Después, intenté pagarle a ella las quince pesetas por adelantado.

—No, no. Eso después. Porque no vas a salir corriendo, ¿verdad que no?

Me lavó el pene con agua tibia y jabón. Después lo apretó con suavidad entre sus manos, a lo largo, desde la base y hasta la punta, y lo examinó con la precaución de una experta. Las marroquíes no solían ser tan cuidadosas y precavidas. Empezamos a reírnos: no pude evitar la erección.

—Eres fuerte, ¿eh?[20]

Se desnudó por completo. No lo tenía afeitado como las marroquíes. «¿Por qué se lo dejan tapado?». El pelo del pubis tenía forma de lengua y le llegaba hasta el ombligo. Imaginé que ella también se lavaría, pero no lo hizo. «¿Significaba eso que ya lo tenía limpio?». Se tendió bocarriba en la cama y levantó ligeramente las piernas, juntando los muslos. Su coño desapareció. «¿Por qué lo esconde?». Sus senos eran como dos panecillos redondos. Esta vez fue diferente, no caí prisionero entre sus piernas. Permanecía tendida como una sirena. «Al profeta Jonás se lo tragó un gran pez», pensé. Cruzó las piernas. Era una postura que yo no conocía. Me dejó besar suavemente sus labios. Una boca carnosa. Un perfume dulce detrás de las orejas.

—¡Ah! —gritó, dolorida—. Sácala. Mejor cambiamos de postura.

Pensé que no me dejaría penetrarla de nuevo, pero la nueva postura me gustó tanto como la primera. Me dejó que besase sus pechos, y tuve que contenerme para no morderle los pezones. Ella parecía no tener prisa. Una sola pega: a mi glande no le gustaron sus pelos.

Tafersiti estaba ansioso:

—Dime. ¿Qué tal se porta?

—La mejor de todas. Ella sí que se entrega. Está limpia y perfumada, y no tiene tanta prisa como las demás.

—¿En serio?

—Ya verás. Ojalá me llegue la muerte penetrando un cuerpo como el suyo.

Aquella noche soñé que mamaba del pecho de una mujer. Era tanta la leche que brotaba que estuve a punto de ahogarme.

Mi hermano Achor también murió. No me entristeció su muerte. Lo veía gatear por la casa y, aunque recuerdo cómo berreaba, nunca llegué a preocuparme por él. Mi apetito sexual no me dejaba pensar en otra cosa. Mi hermana Rhimo había crecido y empezaba a hablar, pero tampoco me interesaba. Mis penas y los placeres de la vida me tenían ocupado. Dormía más en las calles que en mi propia casa.

Mi madre me prestaba algo de dinero. Además, Tafersiti y yo comprábamos fruta y verdura en los almacenes y la revendíamos en Trankat. En la época de la vendimia, comerciábamos con cajas de uvas por los mercadillos de los pueblos. Pero el dinero no duraba mucho tiempo en nuestros bolsillos. Nos habíamos acostumbrado a gastarlo todo en vino y en las putas del barrio de Sania. Cuando llegaba el invierno lamentábamos nuestro despilfarro y nos dedicábamos a robar, o a llevarles las maletas a los turistas.

Mi padre estaba preparando un viaje a Orán. Visitaríamos a sus hermanos, que también huyeron del Rif por culpa del hambre. Mi hermana Rhimo ya podía acompañar a mi madre al mercado y vigilar el puesto para que los rateros no robasen. Una tarde, el muchacho más temido del barrio insultó y pegó a mi hermana. Se llamaba Comero. Yo andaba fumando kif en el café Muhanned cuando un amigo rifeño vino para contarme lo sucedido. Al parecer, mi madre se ausentó del puesto y Comero intentó robar un repollo aprovechando que mi hermana estaba sola. Cuando llegué, Rhimo aún lloraba.

—Ahora está en el café Bab Tut —me dijeron unos chicos—. ¿Por qué no le partes la boca a ese cabrón? Seguro que le ganas. Eres bueno peleando. A Buras[21] le bastó un solo cabezazo para vencerlo.

—Eso, a por él. Estamos contigo. Además, eres el más rápido del barrio con la cuchilla.

Me compré tres cuchillas de afeitar y las repartí por diferentes bolsillos. Uno de mis amigos fue a avisar a Comero. Quedamos en el Zoco Grande. Cuando llegó, yo ya le estaba esperando. Cuatro amigos me acompañaban. Él vino con dos.

—¿Quieres que también te meta a ti pimienta en el culo? ¿Verdad que no? —me desafió Comero.

Le escupí y empezamos la pelea. Era más fuerte que yo. Lo esquivaba para que no pudiera cogerme. Ésa era mi táctica en todas las peleas. Nuestros amigos nos jaleaban sin llegar a intervenir. Consiguió darme algunos golpes. Me alejé de él, perdiendo un poco el equilibrio. Entonces saqué una cuchilla. Comero jadeaba. Con movimientos rápidos, le rajé la cara, los brazos y el pecho. Lo dejé ensangrentado, retorciéndose de dolor. Mis amigos y yo salimos corriendo.

Esa misma noche, mi padre me encontró, con la ayuda de unos chicos que estaban en mi contra. A la una de la madrugada tomamos el autobús para Nador. Hicimos una breve parada en Ketama para tomar un café en un kiosco. Era una mañana fría. Nunca antes había pisado la nieve. La copa de los pinos estaba blanca; nuestro semblante, triste. Fue un viaje agotador. La pobreza se percibía en las caras, en la ropa y en las casas de tierra y adobe. Me daba cuenta de que las únicas cosas bonitas que veía eran propiedad de los cristianos. Comíamos pan seco y unos huevos duros que echaban para atrás de la peste.

El autobús nos dejó cerca de la frontera. Mi padre tenía carné de identidad, pero yo no, así que tuvimos que cruzar el río Mulaya. Allí había hombres-barco que cargaban a las mujeres y a los niños a sus espaldas hasta la otra orilla. El autobús nos recogió al otro lado. En Oujda, pasamos la noche en casa de unos conocidos de mi padre. Amanecí con la ropa llena de pulgas. No paraba de rascarme y de toser. Aquella gente vivía en peores condiciones que nosotros. ¡Mierda! ¡Maldito sea aquel viaje! ¡El viaje del hambre!

4

Llegamos a Orán de noche. Un hombre que hablaba rifeño nos condujo al barrio de Tahtaha, donde nos alojarían unos amigos de mi padre. Al pasar cerca de unas cuevas en las que vivía gente, unos perros rabiosos salieron a nuestro encuentro. Uno estuvo a punto de morderme en la pierna. Yo iba delante y mi padre me seguía, ahuyentándolos con piedras y azotando con su bastón a los que se acercaban. Insultaba a los perros y, de paso, me insultaba a mí.

—Tira, cobarde. Tira para adelante, a ver si devoran la carne de tu puta madre.

Tropecé y caí al suelo. Empezó a golpearme con el bastón. Grité; lo insulté entre dientes. Él no paraba de azuzarme con la punta del bastón para obligarme a avanzar. Atosigado, cogí un palo para poder ahuyentar yo también a los perros. Las piedras puntiagudas y las ortigas me tenían los pies destrozados. Mi padre me seguía golpeando e insultando a gritos. Yo le respondía con el silencio. Por suerte podía desfogarme para mis adentros.

Un hombre salió de una cueva. Mi padre y él se reconocieron y se abrazaron. Si Mustafa vivía en una especie de madriguera alumbrada por un par candiles en la que apenas podían entrar dos personas. Su mujer, vestida de blanco, rezaba. Iba muy limpia. En cambio, Si Mustafa llevaba un traje hecho jirones y con los colores ajados por el uso. Tenía barba de dos días.

La mujer me preguntó por mi madre y por mis hermanos nacidos en el exilio. No le dije toda la verdad. ¿Quién podía ser sincero en

presencia de Si Haddu, mi padre? Si Mustafa, en cambio, se interesaba por los rifeños que emigraron al norte y al sur de Marruecos.

—En el Norte llevamos una vida miserable —dijo mi padre—. Los sueldos son ridículos por mucho que te deslomes trabajando. Y encima te encuentras a rifeños que no permiten que sus hijas trabajen en los burdeles.

«¿Crees que éste ha querido trabajar alguna vez? ¡Si es mi madre la que trae dinero a casa!», pensé.

—Aquí, en Orán, la vida tampoco es fácil, pero mientras podamos conseguir pan y cebolla, nuestra dignidad está a salvo.

La mujer se mostró apenada por la muerte de mi hermano Abdelkader. Lo conoció cuando vivíamos en el Rif. Quise contarle la verdad, que fue mi padre quien lo había matado.

—Debías de tener unos cinco o seis años cuando me fui del Rif. Ya han pasado por lo menos ocho —me dijo.

Al día siguiente nos reunimos con mi tío Dris y mi abuela Rquía en el barrio Duar El Jdid. Y también, con mi tía casada con un marrakechí, en el barrio de Serimin. Mi abuela me dijo al verme:

—¡Lo que has crecido! Eres todo un hombrecito, y ya pronto te casarás, como tu tío Dris. Conseguirás un trabajo y me ayudarás, ¿verdad que sí? La pobre estaba muy delgada y enferma.

Mi padre me dejó con mi tía y prosiguió el viaje en busca de sus hermanos, lejos de Orán. Tres meses más tarde, recibimos una carta que nos ponía al corriente: mi padre, ya de regreso en Tetuán, aseguraba que era preferible que me quedara en Orán. Comencé a trabajar con mi tío en las viñas de una finca francesa. La peonada transcurría desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde. A veces, incluso hacíamos horas extras. Cuando no venía el capataz, alargábamos la siesta más de dos horas. Yo me encargaba de conducir las muías por el surco labrado. Mi tez se puso negra del sol y mi cuerpo adelgazó y se fortaleció; me salieron callos en las palmas de las manos. Estaba bajo las órdenes de un viejo que me

trataba según su estado de ánimo: entre lo rudo y lo afectuoso. Llegué a pensar que sus insultos le hacían más llevadero aquel penoso trabajo. Lo que más me dolía era que me tratase de *djebli*: «Tu tierra sólo dio un hombre: Abdelkrim El Khattabi», solía decirme. Yo no sabía todavía quién era Abdelkrim El Khattabi.

El trabajo en las viñas me duró unos seis meses. Los domingos por la mañana los dedicaba a cazar pájaros, y por la tarde me iba a deambular por la ciudad. Me gustaba subirme a los árboles, aunque no siempre lo lograba. En una ocasión, intenté trepar a uno muy alto, pero su tronco liso me impedía alcanzar la copa. No había manera. Una y otra vez. «¿Qué se habrá creído este árbol?», grité enfadado. Robé un bidón de gasolina del garaje de la granja, vacié todo el contenido sobre el tronco y le prendí fuego. Nunca he gozado tanto como observando aquellas llamas. Por un momento, temí que se propagasen al resto de los árboles, como ocurrió el día del fuego en la tapia del huerto de Ain Jabbaz; aunque entonces no pude contemplar la belleza de las llamas. El árbol continuaba ardiendo, pero nadie acudía. Las casas quedaban lejos. «Ahora que ya no estás tan liso podré treparte».

«¿Y si el árbol fuese una mujer?». Recordé el día en el hice desaparecer la ropa de Fátima con mi fuego imaginario. Busqué otro árbol más pequeño, liso y hermoso. Uno que tuviera la copa a mi alcance y cuyo tronco pudiera abrazar. Dibujé en la corteza el cuerpo de una mujer. Lo esculpí. «Tendrá todo lo que tiene una mujer». Dos agujeros para el pecho, otro para la boca y otro para aquello de entre los muslos: «Aquí está. Es mi árbol-mujer».

En una semana, mi escultura estaba finalizada. En el hueco de los pechos solía colocar dos naranjas agujereadas de las que chupaba el jugo, o dos manzanas que mordía. En la boca iba otra manzana, y entre los muslos un trapo con mantequilla o aceite. Podía proyectar sobre el árbol-mujer las imágenes de las mujeres más hermosas.

Un día, mi tío me dijo que no fuese a la viña:

—No vayas mañana. La mujer del capataz quiere verte. Si le gustas, quizás empieces a servir en su casa.

Me alegré de la noticia, salvo por eso de «si le gustas».

Madame Segondi me recibió con amabilidad. Era joven, guapa, no demasiado alta, con el pelo castaño, tirando a moreno. Su cuerpo me recordó la gracia y elegancia de Assía. Estaba impresionado: otra mujer para alimentar mis sueños. Se dirigió a mí en español. Yo me esforcé en contestarle con las pocas palabras que sabía en ese idioma. Me dio algo de dinero y tres días libres antes de que empezara a trabajar. Los pasé callejeando por la ciudad, yendo al cine, al circo y tomando café. Dormía en la choza de la viña, contigua a la casa de mi tía. Estaba solo. Cada noche volvía con una botella de vino en el bolsillo. Tigre, el enorme perro de mi tía, me hacía compañía.

Aprendí a lavar platos, freír huevos y cocinar pescado con Madame Segondi. Nada demasiado complicado. Un día, le preparé tajín marroquí. Le gustó tanto que cada semana me pedía que le hiciera uno. Me sentía bien cuando estaba con ella. Conseguía que mi soledad fuera menos pesada. Ya no pensaba en el árbol-mujer, aunque me invadía la nostalgia cuando recordaba a las putas del burdel de Tetuán: besar unos labios, acariciar unos pechos o meterla en la boca de abajo, con o sin prisas. Sabía de la existencia de burdeles en Orán, pero nunca me animaba a entrar. Con un compañero de aventuras todo hubiera sido más sencillo, pero ¿cómo conocer en Orán a alguien así si allí la gente no sonríe nunca? Monsieur Segondi no mostraba reparo en abrazar y acariciar a su hermosa mujer conmigo delante. A menudo, les llevé el desayuno a la cama. Él mostraba su torso desnudo, mientras ella, en camisón transparente, dejaba entrever sus pezones oscuros. Un día, la patrona me pidió que lavara los calzoncillos de su marido. Al

principio asentí a regañadientes, pero cuando los puse en remojo tuve claro que no podía hacerlo: «un hombre no debe lavar la ropa interior de otro hombre».

—No voy a lavar los calzoncillos de Monsieur Segondi —le dije a Madame Monique.

—¿Y por qué no?

—Porque son los calzoncillos de Monsieur Segondi.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Perdóneme, pero es que un hombre no debe lavar la ropa interior de otro hombre —añadí, cabizbajo.

Ella sonrió, y me preguntó si un hombre podía lavar la ropa interior femenina. Al principio, no supe qué decir:

—¿La ropa de la mujer? Bueno, es… Quiero decir… No es lo mismo. El hombre puede lavarla, siempre que ella no pueda.

—¡Maravilloso! Eres increíble, pero dime una cosa, ¿es una costumbre marroquí?

A decir verdad no sabía si era realmente una de nuestras costumbres o si tan sólo era fruto de mi imaginación. Nunca me lo había planteado. ¡Menudo aprieto!

—Sí, en Marruecos está mal visto que un hombre lave la ropa de otro hombre —le contesté.

—¡Qué curioso! —exclamó, y nos echamos a reír.

Unos días más tarde, Monsieur Segondi me pidió que le lavase los calzoncillos. Yo me negué en rotundo, pero él insistía, quería obligarme a ello. Le dije que los lavase la mujer oranesa que limpiaba la casa. Madame Monique le rogaba con la boca pequeña que lo dejase pasar. Se pusieron a discutir en francés, lengua de la que yo apenas conocía unas pocas palabras. Luego, Monsieur Segondi me preguntó enfadado:

—Pero ¿por qué no quieres lavar mis calzoncillos?

—Porque no.

—¿Crees que los tuyos son más limpios?

No contesté.

—Lárgate —gritó—, y no vuelvas más por aquí.

«¡A la mierda con las órdenes de los patrones! Sólo faltaba eso, lavarle la mierda a Monsieur Segondi». En un primer momento decidí regresar a Tetuán, rehacer mi vida allí, pero a los tres días me llamaron para que volviese a trabajar con ellos.

Los padres de mi bella patrona, de origen español, llegaron de Sidi Bel Abbes. Enseguida me cogieron cariño. Les dio pena que yo no supiera ni leer ni escribir.

—¿Es que no os enseñan el árabe y el español en Tetuán? —me preguntó.

—Creo que sí. En las escuelas.

—¿Y por qué no has ido?

—Porque a mi padre nunca se le pasó por la cabeza meterme en la escuela.

—¿Era él quien no quería, o eras tú?

—No sé. Yo nunca me negué a ir, pero somos muy pobres y hace falta dinero para poder estudiar.

Se fijó en mi frente y me preguntó:

—¿De qué es esa cicatriz?

—Me atropelló una bicicleta cuando trataba de cruzar la calle.

Las tardes de verano en Orán eran largas y agradables. Los viejos jugaban a las damas, y los jóvenes se divertían practicando la esgrima con *metraka*.[22] Las mujeres charlaban en el umbral de las casas mientras los niños correteaban de aquí para allá y fabricaban figuras imposibles con barro, madera y caña.

Los Segondi me llevaron con ellos a Sidi Bel Abbes. Allí, los padres de Monique me recibieron muy amablemente, sobre todo su padre, que me tenía un especial cariño. Paseé por aquella extraña ciudad. Lo que más me gustó fue la avenida principal y la catedral. Por las calles, escuché a los españoles hablar en su lengua. Más tarde me enteré de que estaban en contra del régimen de Franco. Tanta gente a mi alrededor y yo tan solo. Quise ir al circo, pero el espectáculo empezaba a las cinco y nosotros debíamos regresar a

Orán a las seis. Me sentía triste, fumé y me tomé un par de vinos en un bar español. Luego, decidí ir a ver los animales del circo. Me detuve ante la jaula de un mono. Unos niños intentaban hacerle rabiar, pero lo único que consiguieron es que se ensañara conmigo. No recuerdo bien cómo ocurrió, pero el mono me arañó la cara. Los niños se reían de mí al tiempo que me compadecían. Llegó el vigilante y nos apartó de la jaula. El mono aún seguía enseñando los dientes. Me olvidé del dolor cuando descubrí a una pareja joven del circo besándose detrás de la gran jaima. «¡La vida en el circo debe de ser estupenda!», pensé. Y volví a acordarme del huerto de Ain Jabbaz, de Assía desnudándose; me imaginé deslizándome sobre la desnudez de Fátima, sobre el cuerpo de las putas de Sania. Nada me provocaba más nostalgia que el calor de unos muslos femeninos.

La tía de mi patrona me pintó la cara con yodo y me dejó deambular por el jardín, descuidado y salvaje. Bajo una cúpula de caña, dos bancos de madera abandonados y cubiertos de polvo. Me invadió una gran tristeza. Lo que no estaba roto se hallaba desgarrado. Unos pájaros dejaron caer sus excrementos sobre mi cabeza. Al llegar la noche, regresamos a Orán.

Mis heridas de la cara comenzaron a cicatrizar. El domingo, mis patrones no me llevaron en coche con ellos. Me quedé solo en la casa. Puse la radio. La apagué. Encendí el tocadiscos. Aunque no entendía la letra, aquella canción me transportaba hacia mundos de horizontes verdes y azules. Madame Monique sabía que me gustaba mucho *El Danubio A%ul*. Cuando se levantaba de buen humor, solía decirme: «Te voy a poner tu disco preferido. ¡Strauss es un gran músico!».

Cogí el álbum de fotos. No me entretuve demasiado con las de su familia. «Crece, crece, y no para de crecer», dije mirando sus fotos de niña. Se hacía mayor a medida que iba pasando las páginas. Me llamaron la atención unas tomadas en la playa; se la veía salir del agua o tendida en la arena, sola o con su marido. Aparecía completamente desnuda en tres fotos: una de ellas de pie,

un poco inclinada, con las manos cruzadas tapándose el pubis; la segunda en cuclillas, sobre un sofá, con el pecho prominente, ligeramente recostada. La imaginé preguntándome:

—¿Te gusta esta postura?

—Es magnífica —contestaba yo.

En la tercera estaba tendida en el sofá, con las manos debajo de la cabeza y las piernas ligeramente separadas. Era excitante aquella postura; ella me susurraba «¡Ven!», y mi cuerpo contestaba rebosante de deseo «Eres mía».

¿Quién le tomaría aquella foto? ¿Su marido? De haber tenido yo también una cámara, habría fotografiado a Assía mientras se acercaba al estanque, nadando desnuda, o temerosa y huidiza, buscando apresuradamente su ropa.

Bajé al sótano para celebrar mi boda imaginaria. Abrí el grifo de un barril y llené una jarra de buen vino. Me serví un plato con aceitunas negras y queso danés. La foto de Monique presidía la mesa. Disfruté de cada bocado, de cada sorbo. De repente, ella me guiñó un ojo. Había cobrado vida. Monique se desperezó, mostrándome su pecho desnudo. Cogí el jabón perfumado y un vaso de agua caliente. La foto me provocó un deseo violento, tan fuerte como para caer en un sueño dulce. «¿Era la foto fruto de mi imaginación o bien existía y su imagen me tenía atrapado?». Cada vez más excitado, saqué mi serpiente y la empecé a acariciar; se estiraba y enrojecía, jadeante. Mi boca salivaba miel mientras un cielo de colores imprecisos caía sobre mí.

Escuché los pasos de alguien que se acercaba. Enseguida me abroché la bragueta. Se trataba de Monique:

—¿Qué haces aquí abajo?

No contesté.

—¿Y qué haces con mi álbum?

De nuevo el silencio. Lo agarró y se lo llevó. La seguí.

—¿Quién te ha dado permiso para ver mis fotos?

Me dio una bofetada. Fue la culminación del placer.

—¿Has bebido, no es así? Nunca vuelvas a beber en esta casa.

Enfadado conmigo mismo, vagué por los campos en compañía de Tigre. Me acordé del jabón perfumado y del vaso de agua que había dejado en el sótano. «Y encima la bella Monique también descubrirá que uso su jabón». Sentí mucha vergüenza. «Ahora se sabe la protagonista de mis fantasías».

A la vuelta, me topé con un grupo de pastores y sus familias. Rodeaban un gran rebaño de ovejas que el tren había arrollado. Se disponían a sacrificar a las pocas que quedaban con vida. Durante toda la noche se escuchó el aullido de los chacales. Venían por la carroña de las ovejas. «Si fuese cordero, en este momento me estarían desgarrando las tripas con sus afilados colmillos». Los chacales atacaron a Tigre. Sangraba, se revolvía, intentaba lamerse las heridas del cuello. Desperté a mi tía. Ella le puso ceniza en los desgarrones:

—Sus heridas son profundas. Debe haber sido atacado por cinco o seis chacales.

Lo até dentro de mi cabaña para que no volviera a salir. Agonizaba; su vida se apagaba poco a poco. Murió antes de que me fuera a dormir.

Por la mañana, transporté su cadáver en una carreta y lo enterré bajo un olivo. Fue la primera vez que enterré un cadáver. Me invadió una extraña sensación: «¿Por qué el destino ha querido que este perro muera de una forma tan cruel?». ¿Qué más da? El rebaño había sido atropellado porque el pastor no tenía dos dedos de frente. Tigre tampoco. Aquel perro no sabía qué era la muerte. El mundo está lleno de idiotas. ¿Seré uno de ellos?

No quería volver a casa de mi patrona. Todavía sentía vergüenza.

—Tú sabrás lo que te haces —me dijo mi tía—, pero si no quieres volver allí búscate otro trabajo.

Recordé lo que siempre decía mi padre en Tetuán: «Comer y dormir en casa cuesta dinero».

Un día Monique vino a ver a mi tía. Hice de intérprete, y es que mi tía no hablaba otra cosa que no fuese rifeño o el dialecto de Orán. Monique me hablaba en español. La vi más guapa y amable. Sin embargo, una sola vida no basta para entender el universo femenino. Cambiante en función de su estado de ánimo.

Monique no llegó a odiarme por lo que hice, pero sí se sentía con derecho a regañarme:

—Creí que estabas enfermo. ¿Por qué no has venido a trabajar hoy?

—Anoche los chacales mataron a Tigre.

—Sí, ya me lo ha contado tu tío. ¡Pobre! Era un buen perro, fuerte y precioso. ¿Dónde lo has enterrado?

—Debajo de un olivo.

—Hiciste bien. Ya encontrará otro tu tío.

«¡Es terrible: un perro se va y otro viene a sustituirlo! ¡Oh, Allah, sé misericordioso con los perros!».

Me levanté, y ella me retuvo. Sus cálidas manos sobre mi piel desataron un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

—Anda, ven conmigo a casa.

¿Significaba eso que no se lo había contado a su marido? Detestaba a ese hombre tanto como a mi padre. Pero a ella la adoraba. Me pasaba los días soñando. Soñaba que volaba como un pájaro, y que mi nido era una cabaña tapizada con seda, iluminada de colores brillantes, con perfumes e incienso. Con un simple gesto de la mano tenía a mi disposición todo tipo de manjares, y con el más leve chasquido de los dedos aparecía una maravillosa mujer jamás tocada por la mano de ningún hombre. Ella bailaba desnuda para mí, iluminada por las velas, en medio de una nube de incienso.

Una mañana en la que el patrón había salido, observé que Monique se dirigía al cuarto de baño. Llevaba en sus manos unas bragas y un poco de algodón. Había visto muchas veces trozos de

algodón manchados de sangre en el cubo de la basura. ¿A qué venía esa sangre? Decidí espiarla por el agujero de la cerradura. Se quitó las bragas. Se sentó en el bidé y abrió el grifo. Su culo era precioso. «¿Qué estará haciendo? Está meando. ¿¡Pero qué hace!? ¡Si está cagando también! Preferiría que no lo hubiera hecho». Después, se lavó frotando su pubis con los dedos y se colocó una toallita blanca en su «llaga». Me vino a la cabeza la imagen de la mujer del burdel de Tetuán; así se limpiaba cuando terminaba de hacer el amor. Monique se puso también algodón en el sexo, y luego las bragas limpias. «¿Tendrán todas esa hemorragia? ¡La bella Monique sangrando! Es repugnante si se pasan el día perdiendo sangre».

Llevé al campo al hijo de los vecinos. Era más pequeño que yo. Le había prometido que cazaríamos pájaros. Era un chico delgado, guapo, con las mejillas sonrosadas. Sus labios eran finos y de un rojo vivo. Llevaba un short[23]. Me excitaba desde hacía algún tiempo. Colocamos las trampas y nos sentamos debajo de un olivo a esperar. Comimos carne; fumamos y bebimos juntos.

—Es la primera vez que fumo y que bebo vino —reconoció.

—La próxima vez no toserás y no te sentirás mareado. A mí me pasó la primera vez. ¿Te has mareado? —le pregunté.

—Un poco.

Le propuse que nos adentrásemos en el trigal para buscar nidos de pájaros. Sus labios brillaban al sol. El deseo me quemaba. Nos sentamos. Luego me tumbé boca arriba y él se tumbó a mi lado. ¡Tetuán! ¡Qué recuerdos! Una canción me vino a la memoria: *Me enamoré de una muchacha andaluza, joven, guapa y morena*… Pero él era un crío. Mi pene ya estaba duro. «Pronto será mío este chico». Se me humedecieron los ojos de placer. Le acaricié las manos, pero él las apartó. Me miró perplejo. Tenía miedo.

—¿Qué me quieres hacer?

—No temas. Eres guapo, túmbate a mi lado.

Lo acaricié, a punto de llorar de placer.

—A mí no me gustan estas cosas —dijo.

Yo le suplicaba con los ojos. Quiso levantarse pero le cogí violentamente de la mano. Mi cuerpo temblaba como si estuviera poseído. Se zafó de mí y quiso huir, pero le agarré de las piernas y, movido por una locura salvaje, conseguí arrastrarlo hasta tenerlo debajo de mi cuerpo. Ya era mío.

—Que sepas que les contaré todo a mis padres. Y también… Y… ¡Lo sabrán todos los padres que conozco!

Unas veces mordía mi mano y otras la hierba. Fuimos dos cuerpos fundidos en uno. Si él me arañaba, yo le mordía en la nuca. Dejó de gritar y de forcejear. El calor de nuestros cuerpos nos unía. Le acaricié su pene, que se empalmó en mi mano. El también estaba excitado. Su nuca, su pelo, su cara, su boca… No dejé nada sin besar.

Aquella misma noche, el cabrón acabó contándoselo a sus padres. Mi tía, fuera de sí, me regañó. Sentí una vergüenza terrible. Lo negué todo, juré que era inocente. Renegué de mis deseos, entre lágrimas. Al día siguiente, mi tía fue a ver a la madre del chico y le pidió perdón besándola en la cabeza. ¡Asco de mí y de mi cuerpo!

—Puedo imaginar la de disgustos que se ha llevado tu madre contigo. Compórtate de una vez.

Sin responder me imaginaba la conversación:

«—¿Y cómo quieres que lo evite? —diría yo.

—No hagas nada malo —me contestaría.

—Pero lo malo me produce más placer —replicaría yo.

—No te comprendo —añadiría ella.

—En Tetuán tenía los muslos de las putas del burdel, pero ¿a quién tengo aquí? Los muslos de Monique pertenecen a su marido, tus muslos al tuyo. ¿A mí qué me queda?».

La patrona era tolerante conmigo. Algunas veces me veía cabizbajo, otras perezoso, pero no me lo recriminaba. Un día, me dijo:

—Te apetecería volver a ver a tus padres en Tetuán, ¿no es cierto?

—No se trata de eso.

—Yo creo que sí.

«Cambiaría tus muslos por mi familia», pensé.

Nostalgia. Tetuán. Vino, mujeres y kif. ¡Qué veneno tan dulce! Locura. Tetuán está loca. Soy el loco de Tetuán. Ésa es mi nostalgia. Buscaré por todo el mundo un lugar para mi locura.

—Escucha —me dijo—. Te vamos a dar un mes de vacaciones para que vayas a visitar a tus padres, pero luego debes regresar.

Acepté. Me llevé conmigo una de sus fotos y un pequeño pañuelo, que rocié con los mejores perfumes que tenía.

Pocas veces vi a mi abuela y a mi tío. Sólo nos visitaban durante las vacaciones. A veces venían por separado. No guardaba ningún sentimiento hacia ellos. No los amo, y tampoco los odio. Son dos personas más, simplemente eso.

La primera vez que sentí apego por Orán fue el día que emprendí mi viaje de regreso. ¿Será que me aburro de lo que me gusta? Un proverbio dice: «Orán se visita con prisa y se deja huyendo». En el camino de vuelta a Tetuán, pensé con qué ciudad me quedaría: Orán, un bonito exilio, o Tetuán, una bonita cárcel. Finalmente preferí esa cárcel, que es mi tierra, a la libertad del exilio.

Pasé un par de días en Melilla y otro en Nador. Hablé sobre Orán con gente a la que no conocía. Alguien me dijo: «¡Los hay que emigran a Orán, y tú la abandonas!».

5

Cuando llegué a Tetuán supe que nunca regresaría a Orán. Mi tía ya había informado a mi madre de los muchos problemas que les causaba, de que no podía conmigo y de que era preferible para todos que me quedara en Tetuán.

—¿Y quién ha hablado de volver a Orán? —dije.

Durante mi ausencia, mi madre había dado a luz a una niña que murió al poco de nacer. Pero ahora ya estaba embarazada de nuevo. Mi padre seguía felizmente en paro. Pasaba la mayor parte del tiempo en la plaza El Feddan. Dormía mucho y comía como un cerdo. Esnifaba rapé y a veces regresaba a casa borracho. No había cambiado en nada desde la última vez que lo vi; seguía maldiciendo por todo y a todos, incluso al mismo Allah. No sentía apego por nadie en este mundo. Si un gato osaba caminar a su lado, cogía al pobre animal del rabo y lo estrellaba contra la pared. Curiosamente, respetaba a los animales comestibles, como gallinas, conejos o ganado, al menos antes de sacrificarlos. El simple hecho de ver cómo agarraba con brutalidad una gallina o un conejo con sus manos me hacía creer que el animal ya estaba muerto antes de ser degollado.

Rhimo, mi hermana, estaba hecha toda una mujercita. Mi madre empezó a confiarle el puesto de frutas y verduras. Los amigos que me quedaban en Trankat propiciaron que me viera con Comero para reconciliarnos, pero yo aún temía su venganza. Una gran cicatriz le atravesaba la mejilla derecha.

A muchos les imponía respeto. Les impresionaba el hecho de que consiguiese meterme una o dos cuchillas en la boca y pudiese hablar sin cortarme. Aquello confirmaba mi maestría con las cuchillas, ya fuera para jugar o pelear.

El burdel de Sania no había cambiado en nada. Sólo eché en falta a algunas chicas, pero otras ocupaban su lugar con nuevos proxenetas. Algunas procedían de Beni Aros,[24] donde las mujeres eran famosas por su belleza. En los cafés populares también vi a chicos que bailaban danzas femeninas vestidos con caftán, *zegdún*, [25] y el cinturón *jebli*, que parecía una rueda de coche. Retomé el placer de pasar la noche en la calle, en compañía de otros vagabundos. Una mañana, me despertó una chica muy guapa y cariñosa que cojeaba:

—¿Tú no eres el hijo de Maimuna? —me preguntó.

—Sí.

—Conozco a tu madre. ¿Por qué no duermes en casa?

—Mi padre me ha echado.

Me trajo pan con mantequilla y un café con leche. No pude rechazar su hospitalidad en aquellas condiciones, pero desde entonces procuraba despertarme temprano y abandonar aquel aislado callejón. Ya no me gustaba que se compadecieran de mí, ni hombres ni mujeres. En invierno solía dormir cerca de una panadería que hacía esquina. Me encogía como un erizo. Pegaba mi cuerpo contra la pared del horno, la más caliente. Cuando me despertaba en plena noche para cambiar de postura o para mear, descubría que toda una banda de gatos dormía sobre mí. Me gustaba su ronroneo, lento y regular, parecido al ruido de una fábrica lejana. También me tranquilizaba el sonido de una voz lastimosa, como el de aquellas que me llegaban de los cafés más apartados; ecos tristes y hermosas canciones de Ismahan, Umm Kalzum, Abdelwahhab y Farid Al Atrach, mis cantantes árabes favoritos.

Una mañana, me despertaron las preguntas de un hombre:

—¿No eres tú el hijo de Si Haddu?

—No, te estás confundiendo.

—Pero ¿de verdad que no eres su hijo Mohamed, el que ha vuelto de Orán? —insistió, con cara de asombro.

—Ya te he dicho que no. No conozco a nadie que se llame Si Haddu.

—Entonces, ¿cómo te llamas?

—Mohamed.

—Entonces tu padre es Si Haddu Ben Allal y tu madre Lalla Maimuna.

—Ya te he dicho que sólo me conozco a mí mismo.

—Y, ¿quién es tu padre?

—Mi padre murió.

—¿Murió?

—Sí, hace mucho tiempo.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. No sé cómo se llamaba. Se me olvidó su nombre. Yo todavía estaba en el vientre de mi madre cuando murió.

Me miró fijamente y suspiró:

—¡Así lo quiso Allah!

Puso dos pesetas en mi mano:

—Toma, compra algo para desayunar. Seguro que tienes hambre.

—No quiero nada. Tengo dinero —le contesté, tajante.

—¿Cómo? Tienes dinero y duermes aquí como un gato. ¿Estás loco, o qué?

—Aquí el único loco y el único gato que hay eres tú —le grité irritado.

Furioso, le miré a los ojos y, mientras me incorporaba, comencé a aullar: «¡Auuu!, ¡Auuu!, ¡Auuu!». Me marché, dejándole murmurar: «Allah, tú que eres compasivo y misericordioso, líbranos de los jóvenes de ahora».

Mi madre dio a luz a una niña. Le pusieron Zohra, el mismo nombre de la que había muerto. Ella tampoco viviría mucho tiempo. Una rata le mordió por la noche en la mano. A menudo, mi padre me sorprendía en la calle. Me cogía del cuello de la camisa, o me retorcía el brazo por la espalda con una mano y con la otra me daba golpes hasta hacerme sangrar. Si no, su cinturón militar me esperaba en casa. Cuando le dolían las manos y los pies de tanto darme puñetazos y patadas, me mordía en el hombro o en los brazos, me tiraba de las orejas y me abofeteaba. Yo me defendía tirándome al suelo y gritando como un energúmeno. Pero a él le daba igual. Se limitaba a barrer el suelo con mi cuerpo, mientras me daba patadas, hasta que yo conseguía zafarme. Si me pegaba en la calle, la gente, a menudo, intervenía y me liberaba de él. Yo salía corriendo, insultándolo, odiando a la raza humana.

Un día, quedé en el café con dos rateros amigos míos para beber té verde y fumar kif. Decidimos robar para poder pasar una noche en el burdel. Fuimos al Zoco Grande. Estaba abarrotado. De pronto una mano se abatió sobre mí y me agarró del cuello de la camisa. Era mi padre. Antes de que consiguiese librarme de él, mis dos amigos le atacaron. La emprendieron a puñetazos y cabezazos. Escuché cómo gemía de dolor al tiempo que pedía auxilio. Vi cómo se protegía la cara, de la que le salía sangre a borbotones. Esperé inmóvil a que todo acabase. Me hubiera gustado participar, pero ya era suficiente ver cómo le pegaban hasta sangrar, igual que hacía él conmigo. Abdeslam me alcanzó:

—¡Vaya hijo de puta! ¿Qué te ha pasado con esa escoria? —me dijo.

—Nada. Es mi padre.

—¿Tu padre?

—Sí, pero os habéis quedado cortos con los golpes.

Sebtawi[26] nos alcanzó:

—¡Hijo de la grandísima puta! ¿Qué quería de ti? —exclamó.

—¡Ey! Que es su padre —dijo Abdeslam.

—¿Su padre? —repitió y se volvió hacia mí—. ¿Tu padre?

—Sí, mi padre —dije. Y aún añadí—: y más se merecía esa escoria.

Al llegar al barrio de Derb Talaa, vimos a un borracho salir de una de las casas. Era una noche fría y lluviosa.

—La lluvia suavizará este frío —dijo Abdeslam.

El borracho nos adelantó tambaleándose y acabó por el suelo. A duras penas intentaba levantarse.

—Está completamente borracho. Ha debido de estar todo el día bebiendo. Detesto beber de día —comentó Sebtawi.

Entramos en la casa de la que había salido. Nos recibió una mujer que apestaba a alcohol. Era esbelta, con la cara demacrada, y vestía un caftán negro de terciopelo. Cogió la cabeza de Abdeslam entre las manos y le dio un beso en la boca:

—¿Qué me traes hoy? ¿Qué le traes a tu madre?

«¡Es su madre! Pero ¿qué es eso de darle besos en la boca como si fuera su pequeño amante?».

—Todo. No te faltará de nada mientras yo viva —le contestó Abdeslam. Y le tendió una cadena de oro con una cruz.

—Voy a quitarle esta cruz. O la tiro o se la llevaré al joyero para fundirla y hacerme una *jmisa*[27] —dijo ella.

Sebtawi se dirigió a una habitación iluminada de donde salían voces, risas de hombres y mujeres. Abdeslam me presentó a la borracha de su madre:

—Mamá, éste es Mohamed, un nuevo amigo —ella me examinó con los ojos entornados—. Pasará la velada con nosotros, ¿vale?

Ella me cogió la cara entre sus manos y me dio un beso en la boca. Fue un beso sonoro. Me gustó su olor, mezcla de alcohol y perfume.

—Bienvenido a nuestra casa.

Retrocedió unos pasos para verme mejor. Yo me miraba en sus ojos somnolientos; los tenía brillantes y húmedos. Echó la cabeza un poco hacia atrás. «¿Qué querrá de mí esta mujer? ¿Me estará hechizando?». Me sentía inquieto. Abdeslam la miraba sonriente. ¿Era realmente su madre, o tan sólo era un juego? Quizás él fuese su hijo adoptivo.

—Subid todos a la habitación. Todos vuestros deseos serán cumplidos —nos dijo.

Subimos Sebtawi y yo al primer piso, mientras Abdeslam se quedó ultimando con ella los detalles de nuestra velada.

Hacia las diez, una chica nos trajo una bandeja con unas copas y una botella de coñac Terry.

—En días fríos como éste no hay nada mejor que un buen coñac —comentó Sebtawi.

—Además, es digestivo. Sobre todo después del festín que nos hemos pegado —le dije.

En la cartera que Sebtawi había robado había tres mil pesetas.

—Abdeslam estará pidiendo a su madre que traiga tres chicas de fuera. Hay tantas que se dedican a la prostitución sin que nadie lo sepa. Se quedan en casa a la espera de ser llamadas por las alcahuetas. Algunas están casadas. Con suerte, puede incluso que te toque una que todavía sea virgen.

—Pero ¿tú crees que podemos acostarnos con una mujer virgen?

—Pues claro. Suelen volver a su casa después de pasar la velada con el grupo, o bien se quedan a dormir en casa de la alcahueta.

—¿Y si quiere uno desvirgarla?

—En ese caso hay que pagar más caro.

—¿Como cuánto? No es que me interese, es sólo una pregunta.

—¿Quieres desvirgar a alguna? —dijo asombrado.

—Hombre, si fuera posible, ¿por qué no?

—Eso te valdría unas mil o mil quinientas pesetas.

—¿Y no hay chicas aquí? Me pareció escuchar voces en la habitación de abajo.

—Aquí lo que hay son dos profesionales. Son guapas, pero Abdeslam y yo las hemos aborrecido. Esta noche sólo hay una chica nueva, que no para de beber coñac para calmar el dolor de muelas.

En ese momento, nos llegaron unas voces delicadas acompañadas de risas.

—Ya vienen —dijo Sebtawi.

Apareció la madre de Abdeslam, seguida de tres chicas vestidas con caftán. Era una boda, una verdadera boda. La madre de Abdeslam se sirvió una copa de coñac y se marchó. Abdeslam llegó más tarde con un cartón de tabaco Virginia. Las tres chicas se sentaron a nuestro lado, sin importarles quién iba con quién.

Pasé tres días sin salir de aquella habitación. Las chicas se iban por la mañana al *hammam* y por la tarde volvían limpias, perfumadas, con kohl en los ojos y *swak* en los labios. Abdeslam y Sebtawi las acompañaban, pero yo prefería quedarme dormido o reviviendo, como quien sueña con los ojos abiertos, los episodios que viví en Tánger, en Tetuán o en Orán. Por la noche, la vida sabe a eternidad. No gasté más que trescientas pesetas. A veces, Aziza, la madre de Abdeslam, me hacía compañía y me contaba su vida, mientras bebía y fumaba tabaco rubio o kif. Al cuarto día, Abdeslam y Sebtawi no regresaron. La madre de Abdeslam me pidió que fuera a buscarlos. Cuando salí de la casa noté un ligero vértigo. Regresé al cabo de dos horas.

—Dime que no les ha detenido la policía —me preguntó Aziza, entre lágrimas:

No sabía cómo tranquilizarla.

—Esperemos que no —le dije.

Iba y venía con la copa de coñac en la mano, y así estuvo hasta la una de la madrugada; unas veces reía, otras lloraba.

—Abajo hay una chica que va a pasar la noche sola —me dijo—. ¿Quieres que se acueste contigo? No le pagues nada. Ya lo arreglaré

con ella.

Asentí con una sonrisa. Ella se terminó su copa de un trago, se levantó y se inclinó hacia mí para darme un largo beso en los labios.

—Me recuerdas mucho a mi hermano Sallam.

Era la primera vez que veía tan borracha a una mujer. Salió de la habitación y llamó a la chica:

—Yasmina, sube.

Oí cómo susurraban en la puerta. Pensé que estaría arreglándolo con ella. Por fin entró; parecía tímida. Llevaba un caftán y usaba un perfume muy intenso.

—Sigue haciendo frío, ¿no te parece? Y mira que ha llovido —dijo.

Le serví un coñac con limonada, que bebía a pequeños sorbos. No hablamos mucho; su presencia alimentó mi aburrimiento. La cogí de las manos y le hablé con mis ojos, con mi sonrisa:

«—No comprendo muchas de las cosas que ocurren. ¿Y tú, Yasmina?

—Yo tampoco —me contestaron sus ojos y su sonrisa».

Tuve que apagar la luz para no pasar la noche así, mirándonos como dos hermanos.

6

Los vecinos consiguieron que me reconciliase con mi padre. Me volví más disciplinado y empecé a ayudar con regularidad a mi madre en el puesto del mercado. Mi padre me prohibió las veladas nocturnas en el café. Un verdadero sacrificio para mí, y es que la noche era mi único momento de libertad. Era mi universo.

Una mañana, dos policías de paisano —uno español y el otro marroquí—, se detuvieron delante del puesto. El marroquí me ordenó que los siguiera. Pensé en Abdeslam y Sebtawi. Como mi madre había ido al almacén de verduras, le pedí al hijo de la mujer que vendía hierbabuena que echara un vistazo a nuestro puesto.

Los dos policías me llevaron a la comisaría. El que era marroquí me preguntó:

—¿Dónde están Abdeslam y Sebtawi?

—No los conozco.

—¿¡Cómo que no los conoces!?

—No, no los conozco.

Me dio un par de bofetadas.

—Mira —me dijo, agarrándome de la camisa—, si no nos dices la verdad te vamos a dejar la cara como un mapa, ¿lo pillas?

El policía español le pidió a su compañero que me llevara al despacho del oficial.

—Pero bueno, mira a quién tenemos aquí —me dijo, nada más verme entrar.

El oficial me reconoció porque solía darle a su hijo Julio alguno de los pájaros que cazaba con las trampas. Lo que él no sabía era que le daba los que recogía ya muertos y, naturalmente, yo no podía comerlos; eran carroña. También conocía a su mujer. Le hacía recados y, a veces, la acompañaba al mercado para ayudarla a llevar la compra.

—¿Dónde vive tu familia ahora?

—En el barrio de Trankat.

—¿Sigue tu madre vendiendo verduras?

—Sí.

—¿Y tú? ¿Qué andas haciendo?

—Ayudar a mi madre en el puesto.

—Pero también te ves con rateros y robas con ellos.

—Eso nunca.

—¿No conoces a Abdeslam y a Sebtawi?

—Los veía por el café de Trankat, pero nunca los he acompañado.

—¿Tienes idea de dónde se han metido?

—No lo sé.

—¿Desde cuándo no los ves?

—Hace más de una semana.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó—. Bueno, está bien, puedes irte. Pero ten cuidado, no te vayan a pillar algún día con esos ladrones.

Le di las gracias y me marché. Fuera me puse a escupir estrellitas de sangre que había tragado durante el interrogatorio en la comisaría del señor Alva. Así se le llamaba en Ain Jabbaz.

Esa misma tarde me encontré a mi amigo Tafersiti en el café de Trankat. Yo fumaba kif, él apestaba a alcohol; yo estaba decaído, él todo lo contrario. Insistió en que lo acompañara a una fiesta que organizaba su hermano mayor en casa de un amigo, en los jardines Ketán. Tafersiti compró dos botellas de Málaga. Me explicó que cada sábado se reunían en los jardines.

—Y cuando están borrachos llaman a alguna chica para que baile desnuda —añadió.

Se me abrieron los ojos como platos.

—¿Pero bailan completamente desnudas? —le pregunté.

—Incluso hacen otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Ya lo verás tú mismo.

Cogimos un taxi. Tafersiti contaba con algunos ahorros. Vendía frutas y verduras por su cuenta. Me contó orgulloso que ya no vivía con sus padres y que tenía una amante, divorciada de un matrimonio que duró tan sólo tres meses.

Bajamos del taxi. Impaciente, le pregunté dónde estaba el jardín.

—A pocos minutos de aquí.

Hacía una noche maravillosa. La luna llena. Las estrellas. Un viento suave.

—Me quiere, ¿sabes? Sería capaz de suicidarse si se lo pido. A veces le pego hasta hacerla sangrar. Se marcha muy enfadada y siempre pienso que no volverá, pero al final siempre regresa.

—¿Y tú la quieres?

—¡Bueno! ¡Yo qué sé! Me he acostumbrado a ella. Si el amor es acostumbrarse a alguien, sí, la quiero.

—Y si la quieres, ¿por qué le pegas?

Nos detuvimos. Descorchó una de las botellas y nos la fuimos pasando.

—Yo creo que ella tiene algo de masoquista. Me lleva la contraria en todo.

«Tafersiti ya empieza a comportarse como un hombre con una mujer».

—Tienes suerte —le dije.

—¿Por qué?

—Porque tienes a una mujer a tu entera disposición y le pegas cuando quieras.

Halagado, sonrió:

—Tú también tendrás una mujer.

—Puede ser.

—Si quieres, te puedo proporcionar alguna.

«Tafersiti ya puede comprarse cosas y hacer regalos a los demás». Y recordé lo que dijo un *hashash* en el café de Trankat: «Con dinero te puedes follar al mundo».

El sonido de un *mawwál*[28] y el eco de la bandolina[29] nos previnieron de que el jardín se hallaba cerca.

—Ya han empezado —dijo.

Una puerta de madera, y a cada lado un candil. Una voz preguntó:

—¿Quién es?

—Tu hermano, Tafersiti.

Un joven cantaba el *mawwál*, con voz preciosa:

Oh, noche, te prolongues o no
yo tengo que velarte.
Si yo tuviera mi propia luna,
no estaría aquí, velando por la tuya.

Hombres y mujeres estaban sentados bajo un árbol. El jardín olía a rosas y a almizcle. «Esto es el paraíso». El suelo estaba cubierto de alfombras y cojines. El hermano de Tafersiti nos dio la bienvenida. Al darle las dos botellas de vino, exclamó:

—¡Moscatel! ¡Genial!

Nos sentamos junto al resto. Tafersiti y yo éramos los más jóvenes. Ya habían comenzado a beber. Un hombre le susurró algo a una chica. Ella se levantó y desapareció. La escanciadora tenía unos treinta años. Los músicos empezaron a tocar melodías, con bandolina, darbuka[30] y bendir.[31] El hombre llamó a la chica:

—¡Anisa! ¡Anisa! ¡Anisa! —gritaba.

Otros corearon el nombre, hasta que apareció Anisa bailando, sonriendo a diestro y siniestro. Tan sólo llevaba una túnica, totalmente transparente. Parecía que Satanás la hubiese poseído, y bailase dentro de ella. Un Satanás borracho. Tafersiti me susurró:

—¿Alguna vez has visto algo parecido?

—Nunca. Ni en el cine he visto a una chica bailando así, con las tetas al aire.

—Pues ahí la tienes. Espero que hagan lo mismo que otras noches. Una vez la sentaron desnuda en una enorme *jafna*.[32] Le echaron por encima dos garrafas de vino español y se lo bebieron.

La letra de la canción andalusí decía:

¡Oh noche!, síntesis de belleza,
en ti, mi buena estrella
gloria y perfección.
En ti, noche de luna llena
mis esperanzas y propósitos conseguí.
¡Qué noche más feliz!
hoy no sufro la lejanía
porque vino la alegría
y mi amada junto a mí.

7

Si a alguien le deseo la muerte, es a mi padre. Lo odio, a él y a los que se le parecen, y no recuerdo cuántas veces lo habré matado en mi imaginación. Tan sólo me queda matarlo de verdad.

Rechacé la cena. «Ya disfrutaré mentalmente del pollo con guisantes». Prefería ir al cine. Allí al menos me olvidaba de mis problemas. Las manos me temblaban al cortar frente a mi padre un trozo de carne. ¿Por qué me miraba de esa manera, como si estuviera furioso? Conseguía meterme el miedo en el cuerpo, y acababa comiendo sin bajar la guardia, como los gatos. Su egoísmo nos dominaba incluso cuando él no estaba. Yo prefería comer aparte. «No debes comer solo. Es una mala costumbre», solía decirme mi madre. «Peor es comer con mi padre delante», contestaba para mis adentros.

Un día, me dijo mi madre:

—Tu padre no come hoy con nosotros. Siéntate a la mesa.

—No quiero.

—Siéntate y come, te he dicho.

—¡Que no! ¿Es que no lo entiendes? —grité.

—¿Qué debo entender?

—Que ya me he comido el pollo con cebolla, pasas y almendras.

—Pero ¿dónde? Si no te he visto.

—Me lo he comido aquí —le dije, mientras señalaba mi frente con el dedo índice.

—Estás loco. Ten cuidado, por si viene y te encuentra comiendo solo.

El amor que sentía por ella era tan intenso como el odio que le tenía a mi padre.

Finalmente él llegó. Traía un paquete con tripas. Las detesto, me provocan náuseas desde que vi a la gente comerlas después del entierro de mi tío.

—¿Por qué no comes? —me dijo.

—No tengo hambre.

—No mientas.

—Te juro que estoy lleno.

—Te conozco muy bien, hijo de la grandísima puta —dijo señalando a mi madre.

—Si yo fuese puta, todo el mundo lo sabría —intervino ella.

Le dio una bofetada, y les ordenó a ella y a mi hermana que dejaran de comer.

—Si no paráis, os haré comer trapos.

Después se dirigió a mí:

—Vas a comerte tú solo toda esta comida. ¿Lo has entendido? Toda para ti. Venga, traga. Tú solo.

—Vale, vale. Me lo comeré todo —dije antes de que empezara a pegarme.

—Empieza ya.

Mi madre intervino de nuevo:

—Pero ¿estás loco? Lo vas a matar.

—Que reviente; tú irás después.

Mi madre le suplicaba. Él estaba de pie, nosotros sentados; era un gigante rodeado de enanos. Éramos su rebaño, y podía acabar con nosotros cuando le viniese en gana. Mi hermana temblaba. Mi madre no paraba de llorar.

—A partir de hoy, comerás todo lo que se te eche en el plato.

Me golpeó en la cabeza. Me mordí la parte inferior de la lengua. El escozor era horrible. Mi boca se llenó de sangre tibia; un gusto

agridulce. Empecé a comer: nuestro odio se hacía más y más profundo. De haber sido más fuerte que él, le habría hecho comer una bayeta untada en mierda.

Cuando me desperté, estaba en el hospital civil. Me costaba respirar y un dolor agudo me partía el vientre en dos. Me habían hecho un lavado de estómago. No recuerdo el tiempo que había estado inconsciente.

De vuelta en casa, le oí decir:

—¿Dónde está?

—Durmiendo.

—Que venga a cenar con nosotros.

—Está cansado. Me estuvo ayudando todo el día en el mercado.

Consiguió convencerlo. Ella me protegía. Era la razón por la cual no podía odiarla ni desearle la muerte como se la deseaba a él. Sentado a la mesa, mi padre estaba solo, hablaba solo. «Sin concesiones. No hay vuelta atrás. Esta vez no me pisoteará». Al verme, su cara cobró la expresión de una fiera. Delante de él, incluso los ausentes se vuelven presentes. Nos maldice a todos por igual. Era como un dios. Pero ¿quién le había dado ese poder?

—¿Dónde se ha metido tu madre?

—Ha ido a comprar género al almacén.

—¿Y quién está en el puesto?

—Rhimo.

—¿Y tú?

—No quiso que la acompañara.

—Y ahora vienes a casa para comer, ¿no?

—No.

—¿Y a qué vienes? Creías que me había ido a la plaza El Feddan. Serás hijo de puta. ¿No es verdad lo que digo? Mírame a la cara cuando te hablo. ¡Como si no fuera yo tu padre! Aunque puede que tu madre se acostara con otro. Uno se fía antes del diablo que de una mujer. No te me pareces en nada. Será que has salido a ella. Los hijos de puta salen a sus madres. Ella siempre te mima. Sois

cómplices. Os defendéis mutuamente y no os importa lo que yo digo. ¿No es cierto? ¡Habla, miserable! Sé que me odias, sé que deseas mi muerte. («Por fin está diciendo algo con sentido.»). La quieres a ella y no quieres a nadie más («En eso también llevas razón. ¿Hay alguien acaso en este mundo que sea capaz de quererte?»). Os noto el amor en los ojos. Te mima como si fueras todavía un bebé. Sí, ella será tu madre, pero yo soy tu padre. Si hay alguien a quien debes obedecer, es a mí. A mí y a nadie más. Me debes obediencia mientras viva, ¿entendido? («Sí, enviado de Allah en la Tierra, donde gobiernan padres como tú.»). Pero lo que digo no te importa, te entra por un oído y te sale por otro. ¿Me oyes, maldito? («Te oigo, representante divino.»). No haces más que roer el pecho de tu madre.

Me quedé clavado frente a él. No me atrevía a moverme.

—Entonces, ¿para qué has venido aquí?

—Me mandó mi madre.

—¿Para qué?

—Para limpiar la habitación.

—Eres como todos los embusteros. No te quiere dejar a cargo del puesto porque le robas y nunca obedeces. No te lleva a los almacenes porque robas fruta y te la comes. Los vendedores y los mozos me lo cuentan todo. Te llenas los bolsillos de fruta. Todavía estoy pensando cómo podría deshacerme de ti. («Y yo de ti, loco.»). Te odio. («Yo también, asesino.»). Ahora vete al puesto y quédate con tu hermana para que los niños no le roben el género. Vamos, desaparece de mi vista.

Mientras bajaba los escalones, las piernas me temblaban. Por nada dejaría esa noche de ir al cine. «Está cansado. Estuvo todo el día ayudándome en el puesto», diría mi madre para protegerme. Por eso no podía odiarla. Subí sigilosamente a la azotea. Él estaba ahora en silencio. Seguro que masticaba algo que le impedía hablar. Comía como una bestia. Y justo cuando estaba atando la cuerda que utilizaría luego para escaparme al cine apareció mi padre:

—¿Qué es lo que haces, bastardo? Ven aquí. Me lancé al vacío sin vacilar, y me agarré a los gruesos cables eléctricos. Seguía insultándome, y, haciendo gestos en el aire, me amenazaba con estrangularme.

—Me lo figuraba. Mi intuición no falla. ¡Espera, hijo de puta!

Quedé suspendido en el vacío, dominado por el vértigo y el temor a que saliese de casa para atraparme. Me molería a palos; mi padre era un caso psiquiátrico. Respiré profundamente, cerré los ojos y me solté. Caí al suelo, entre piedras y basura. Alguien gritó:

—¿Quién es? ¿Un ladrón? Deténganle. ¡Quieto ahí!

Salí corriendo. Iba descalzo. Todo cuanto pisaba me hacía resbalar; restos de melones, sandías, frutas. Un sereno,[33] español, trató de cogerme. Yo le hice correr.

—¡Eh! ¡Quieto ahí! Ven aquí. ¡Ven, maldito! —gritaba, mientras me amenazaba con un palo.

Hizo sonar su silbato y pronto fueron cinco o seis hombres los que me perseguían. No podía dejar que me atrapasen, sobre todo porque mi padre debía de estar entre ellos. Me propuse correr lo más rápido que pudiese, aunque reventara como una pelota de plástico cuando la pinchan. Me precipité por fin dentro del cine y encendí un cigarrillo. Mientras, intentaba aliviar con mis manos el dolor de mis pies ensangrentados. Me imaginé cayendo en las zarpas de mi padre. Él era para mí como el malo de la película, y yo era el protagonista. Apreté el gatillo de la metralleta, y la ráfaga lo alcanzó. Muerto. Sangraba como lo hacen los malos. Se estremecía por última vez en el suelo. Mi padre muerto en mi imaginación, tal y como había sucedido con el villano de la pantalla. Siempre había deseado para él una muerte violenta como aquélla.

Al salir del cine me dirigí hacia la plaza El Feddan y me senté en un banco de mármol. Recreé la escena de la muerte: mi padre retorciéndose en su propio charco de sangre. Yo era el vencedor.

Niños, jóvenes y viejos dormían en el suelo y en los bancos, yaciendo como peces muertos en la playa. Allí se podía dormir sin

problemas. En mi bolsillo, setenta y cinco pesetas. Las envolví y las enterré junto a un macizo de flores, justo detrás de mi banco. Soñé que mi padre me perseguía. Todavía mi padre. Me despertó una mano que me registraba los bolsillos; entreabrí los ojos y le dejé hacer. Aquel individuo era mayor que yo. «Si intentas otra cosa, buena la vas a tener», pensé. Cambié de postura despacio, con disimulo, y le di la espalda para que pudiera hurgar con facilidad el resto de mis bolsillos. Se fue, y siguió su tarea entre los otros cuerpos.

Un sueño termina en Tetuán; otro comienza en Tánger. Aunque mi cuerpo seguía en Tetuán, mi mente ya erraba por las calles de Tánger.

8

Me desperté sobresaltado. Un muchacho me zarandeaba: «¡Despierta! ¡La policía! ¡La policía!». Me habían robado las sesenta pesetas que me quedaban mientras dormía. También me faltaban los zapatos.

—Me han robado —le dije.

—¿Cuánto?

—Sesenta pesetas.

—¡Que Allah se apiade de ti y te las devuelva! Has tenido suerte —me dijo jadeando.

—¿Qué quieres decir?

—Te habrían violado si no hubiesen encontrado nada que robarte.

Al llegar al cementerio Buarrakía, le pregunté:

—Pero ¿adonde vamos?

—Tú sígueme. No tengas miedo.

Entramos en el mundo del silencio eterno. Allí era donde estaba enterrado mi hermano Abdelkader. Cuando mi padre muera, visitaré su tumba y mearé encima. Sólo servirá para eso.

Anduvimos sobre las tumbas hasta detenernos frente a un panteón familiar; estaba cercado. El chico trepó por el muro.

—Sube. ¿A qué esperas? —me gritó, desde lo alto.

Trepé yo también. Sobre el suelo extendió unos cartones que tenía amontonados en un rincón.

—Este es tu lado —dijo. Y continuó con su tarea.

Me senté y apoyé los codos en las rodillas.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—Soy rifeño.

—¿Y tu familia dónde está?

—En Tetuán.

—¿Vivís allí?

—Antes vivíamos aquí, en Tánger. Luego fuimos a Tetuán.

—¿Te has ido de casa?

—Sí.

—Yo también.

—¿Y tú? ¿De dónde eres?

—De Jbel Lahbib.

«Es un *djebli*».

—¿Y por qué huiste? —pregunté.

—Me echó la mujer de mi padre.

—¿Y tu madre?

—Murió.

Sacó dos cigarrillos y me preguntó si fumaba. Cogí uno, lo olí. Era tabaco rubio. Me lo encendió y le di una profunda calada. Tosí; tenía la garganta seca.

—¿Conoces Tetuán? —pregunté.

—No mucho. Sólo pasé dos meses allí. Luego me escapé y vine a Tánger.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Es mozo de cuerda. ¿Y el tuyo?

—No hace nada. Desertó del ejército español, lo cogieron y lo encarcelaron durante dos años. Desde que salió de la cárcel se pasa el día cazando moscas en la plaza El Feddan.

—¿Y quién os mantiene?

—Mi madre. Vende fruta y verdura en Trankat.

—¿Y tú? ¿Qué hacías?

—Algunos días ayudaba a mi madre en el puesto. El resto, me buscaba la vida como podía.

—¿Y por qué te fuiste de casa?

—Mi padre no paraba de pegarme. Cuando vivíamos en Ain Jabbaz, me llegó a colgar de un árbol para azotarme con su cinturón militar.

—A mí también me pegaba mi padre, sobre todo cuando su mujer se quejaba de mí.

—¿Y tú? ¿Qué andas haciendo aquí?

—Unas veces cargo maletas. Otras robo. Bueno, estoy muy cansado. Me voy a dormir.

Era aproximadamente la una del mediodía cuando llegué al puerto. Pies descalzos, cansancio. Pedí un vaso de agua en uno de los cafés. En un kiosco vendían *baisara*.[34] Por una peseta me habrían servido una taza. Sentí una punzada en el estómago. El sol pegaba fuerte. El hambre y el calor me impedían ver las cosas claras. Cogí del suelo un pescado seco, pisoteado. Apestaba. Le quité la piel y lo mastiqué. Asqueroso. No podía tragarlo. Las piedras puntiagudas me lastimaban los pies. Masticaba el pescado podrido como si fuera chicle; acabé por escupirlo. Su olor permanecía en mi boca tan denso que podía mascarlo. Las tripas me sonaban, notaba cómo se retorcían; tenía náuseas. Vomité un líquido amarillento por la boca y la nariz. Respiré hondo, mi corazón palpitaba violentamente. Con una cebolla podría haber evitado el mareo. Sudaba. Pensé en el muchacho que me había salvado de la redada policial. ¿Por qué no me despertó por la mañana antes de irse? A lo mejor lo intentó, pero sin éxito. Ninguno de los dos sabíamos el nombre del otro.

Me fijé en uno de los pescadores. Acodado en el borde de su barca, se comía un bocadillo; yo seguía con atención cada mordisco. Llegué a pensar que era yo quien se lo estaba comiendo. Esperé a ver si tiraba alguna migaja. Un mono atado a la barca intentaba romper algo con los dientes. Deseé por un momento que aquel

pescador perdiese el apetito, como me ocurrió a mí con el pescado podrido. Él miraba hacia la Kasbah, pensativo. «Pero tíralo, tira ya tu bocadillo como yo tiré el pescado podrido». Otro pescador lo llamó. Echó el bocadillo al agua y se fue. Empecé a salivar, un intenso placer invadió mi cuerpo exhausto. «Aunque salado, aún debe estar sabroso». Me quité la camisa y el pantalón y me tiré al agua; me olvidé del cansancio. Llegué hasta donde flotaba el trozo de pan y lo cogí, pero se hizo pedazos entre mis dedos. El pescador se burlaba de mí. Flotando en la superficie, a mi alrededor, un trozo de mierda mezclado con una mancha de petróleo. Nadé hacia la escalera de piedra del muelle. Ya no diferenciaba lo que era mierda y lo que era pan. Trepé, hincando las uñas en la resbaladiza piedra hasta sangrar. En el último escalón, pensé que me caería otra vez al agua. Mi cuerpo estaba pegajoso por los restos de petróleo. Totalmente aturdido, recogí mi pantalón y mi camisa y me fui. El pescador me llamó. Cuando me di la vuelta, me hizo un gesto con la mano para que volviese. Sus carcajadas parecían menos escandalosas.

—¡Eh, chico! Ven aquí. Sólo es una broma, ven. Toma más pan.

—¡Pobre chico! ¡Pobrecillo! —añadió su compañero.

Seguí mi camino sin volver la mirada. Había algunos pescaditos aplastados contra el asfalto. Aún me dolía la humillación. Tenía las uñas ensangrentadas. Tiritaba. Miré al cielo y estaba aún más desnudo que la tierra. El sol me abofeteaba con sus rayos. Estaba agotado. Ya no podía más. Un gato se desperezaba tranquilamente a la sombra. Me miraba, indiferente. Henchía lentamente su pecho blanco y negro. Recogí del suelo otro pescadito seco. Apestaba más que el primero. Comencé a vomitar agua salada. Vomité hasta que ya sólo salió ruido. Tan sólo ruido. Fui hacia la playa. Andaba perdido. Mareado. Tuve miedo de desfallecer y no tener fuerzas para levantarme. Me distraje observando las huellas que iba dejando en la arena, pasos borrados por el oleaje. Tiré la camisa y el pantalón al suelo. Extendí por mi cuerpo algas y arena. Frotaba una y otra vez. Mi pelo estaba pegajoso. En el agua, froté hasta que mi piel se puso

roja. Sólo conseguí quitar una parte de la suciedad que impregnaba mi cuerpo.

Por la tarde, cansado de deambular, me recosté sobre la escalinata de la estación de tren. No me quedaban fuerzas para llevar maletas. Además, bastaba con que me acercase a un viajero para que los mozos de cuerda me increpasen:

—¡Fuera! ¡Vete de aquí! ¡Me cago en la madre que te parió!

—Esta ciudad era mucho mejor sin vosotros. ¡Sois como una plaga de langostas!

Me insultaron, me escupieron, me humillaron. Aun así, preferí quedarme allí, empecinado. La única vez que conseguí llevar una maleta, apareció un joven más fuerte que yo, me dio una patada, y de un empujón me la quitó.

¡Y todo por un poco de pan! ¡Maldito sea el pan! Hasta el gato del muelle era más feliz que yo. Él puede comer pescado podrido sin vomitar. Me dedicaré a robar. Nada de mendigar, que tengo dieciséis años. Mi amigo Sebtawi tenía razón: «Mendigar es para niños y viejos. Es vergonzoso que un joven sin trabajo mendigue pudiendo robar».

Un muchacho se sentó a mi lado. Sacó un paquete de tabaco negro y me dio un cigarrillo. Lo cogí con la intención de acabar de una vez por todas con mi cuerpo. Cualquier cosa podía servir. Tenía la boca seca e incluso mi corazón latía más lento.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—No.

Me quiso encender el cigarrillo.

—No, gracias. Ahora no —le dije.

Se levantó:

—Espérame aquí hasta que vuelva.

No me lo fumé por no vomitar otra vez más. Aunque ya no me quedaba nada en el estómago. Escuché el ruido lejano de un avión. Alcé la vista al cielo. El muchacho no tardó en volver.

—Toma. Se te ve con hambre.

De lo débil que estaba, el cigarrillo se me escurrió de entre los dedos. Con una mano, me tendió un bocadillo de sardinas en lata; con la otra sujetaba una botella de vino. Llenó un vaso que sacó de su bolsillo y se lo bebió; lo volvió a llenar hasta arriba. Mientras se llevaba el vaso a la boca, me preguntó:

—¿De dónde eres?

—Del Rif.

Terminó de beber y se relamió los labios.

—¿Cuándo llegaste a Tánger?

—Ayer.

—¿Y dónde duermes?

—En la calle, o donde sea.

Devoré el bocadillo. Algunos bocados los tragaba sin masticar. Llenó un vaso para mí y lo tomé de un trago. Volví a ver las cosas claras. Entonces, encendí mi cigarrillo mientras me bebía un segundo vaso de vino. Al servirme el tercer vaso, el muchacho me dijo:

—¿Quieres venir a dormir a mi casa?

Lo miré con asombro. Su mirada no era precisamente inocente. No me podía fiar ni un pelo de su generosidad.

—No, gracias. Mi tío vive en Ain Ktiwet. Buscaré su casa y me quedaré allí a dormir.

—Como quieras.

Vertió lo que quedaba de la botella en el vaso y se lo bebió. Luego, lo guardó en el bolsillo. Se levantó y se despidió:

—Adiós. Cuídate.

No le guardaba rencor. Al fin y al cabo, había silenciado las culebras de mi estómago. Me levanté y me alejé por la avenida de España. Los restaurantes estaban repletos de gente; en el aire, aquel olor a pinchitos. La brisa de la tarde me reanimó. Veía cada vez más claras las cosas. Los hombres se daban la vuelta para mirarles el culo a las mujeres. Un coche se detuvo a mi altura, cerca de la acera por la que caminaba. Un viejo me llamó desde dentro.

Me acerqué, me abrió la puerta y me invitó a subir. Hablaba en español. «¿Qué querrá de mí?». Era la primera vez que me subía a un coche tan lujoso como aquél. Conducía despacio.

—¿Adonde vamos? —le pregunté en español.

—A dar una vuelta —e hizo el gesto con la mano.

«A saber lo que quiere éste de mí». Pero no le tenía miedo; me veía capaz de defenderme si me proponía algo que yo no quisiera hacer. Me preguntó si era de Tánger; le contesté que de Tetuán.

Nos dirigimos a las afueras de la ciudad. No tenía duda: era un marica. Detuvo el coche en un lugar oscuro, lleno de árboles. La ciudad iluminada quedaba detrás. Encendió la luz interior del coche y me acarició suavemente la bragueta. «¿Era éste el pequeño paseo que íbamos a dar?». Me la desabrochó lentamente. «Ahora sí que empezaba el auténtico paseo». Entonces apagó la luz, se inclinó sobre mí y empezó a chupármela. Yo estaba empalmado, y no me atrevía a mirarle a la cara. Él decía:

—¡Bravo! ¡Bravo, macho![35]

La lamía, la chupaba, me acariciaba los testículos. Sentí sus dientes. «¿Y si me muerde?». Para correrme rápido, imaginé que estaba violando a Assía en Tetuán. Eyaculé en su boca y él soltó un gruñido de placer, como un animal. Sacó un pañuelo y se limpió los labios; aún le colgaba una gota de esperma. Tenía la cara colorada, los ojos saltones y los labios lánguidos.

Me abroché la bragueta y crucé los brazos a la altura del pecho, como si no hubiera pasado nada. «Con la cantidad de mujeres que hay, ¿por qué preferirá a los chicos?».

Sacó un paquete de tabaco y me ofreció un cigarrillo. Me lo encendió. Puso música relajante y se recostó en el asiento. Me gustaba cómo sonaba aquella música. Yo también me relajé; pensaba en Orán y en mi trabajo en casa de Monique. Su belleza ya no era más que un recuerdo. Sentimientos encontrados luchaban en mi interior. Me entraron ganas de llorar. ¿Qué hago aquí, con este

viejo que me la acaba de chupar? Acabaré odiando a todo el mundo si sigo así. Incluso a mí mismo.

Regresamos a la ciudad sin cruzar palabra. Me dejó cerca de donde me había recogido y me dio cincuenta pesetas. Me tendió la mano:

—Hasta luego.

Su mano era suave y lisa.

—Adiós.

Respiré el humo del tubo de escape. En cinco minutos me la habían chupado y me habían dado cincuenta pesetas. «¿Serán todos los viejos iguales? Ya tengo otro oficio, además de mendigar y robar».

Saqué el billete de cincuenta pesetas y lo examiné. Me lo volví a meter en el bolsillo. Mi pene también podía ayudarme a sobrevivir. ¿Sentiría aquel viejo el mismo placer chupándomela que yo cuando lamo los senos de una mujer? Mi pene todavía me goteaba entre las piernas. Estaba caliente, húmedo, pegajoso. «Con que esto es prostituirse, ¿no?».

Entré en un restaurante pequeño y sucio del Zoco Grande. Pedí un plato de pescado frito y un trozo de pan. Enfrente tenía a dos muchachos; parecían albañiles. Bebíamos el agua de una antigua lata de aceite para coches. Olía y sabía mal, además estaba caliente. En el resto de las mesas sólo había gente tan miserable como nosotros. Todos comíamos en silencio. Sólo se oía el ruido de los cubiertos en los platos y la voz del jefe gritando al camarero. Otras veces, el silencio lo interrumpían aquellos que habían terminado de comer; primero estallaban en eructos y después exclamaban: «¡*Al hamdulillah*!»[36]

Pagué cuatro pesetas por la comida y me fui. Una mujer preciosa pasó por delante de mí. Me empalmé. De los cafés y restaurantes me llegaba el eco de canciones egipcias y marroquíes. Cerca de allí, un joven borracho con el pecho desnudo señalaba al cielo maldiciendo a Allah. Dos jóvenes salieron tambaleándose de un café,

y le echaron una jarra de agua por la cabeza. Después lo metieron dentro.

«¿Estará en el cementerio el muchacho que me ayudó ayer? ¿Me podré quedar allí a dormir si no está él?». De camino me compré tres cigarrillos Philip Morris. El cementerio es el único lugar donde uno puede entrar a la hora que sea, de día o de noche, sin pedir permiso a nadie. ¿Para qué un vigilante? No hay nada de valor allí dentro. Los muertos ni comercian ni pelean; no sienten miedo ni tristeza. Cada uno en su tumba. A fin de cuentas, unos muertos reemplazan a otros: a la que una tumba queda vacía, llega otro muerto para ocuparla.

El montón de cartones seguía en su sitio, pero él no estaba. Tal vez lo habían detenido. Mientras preparaba mi cama, me encendí un cigarrillo. «A lo mejor viene». Con tres cerillas conseguí alumbrar la inscripción de una de las tumbas sobre las que había extendido los cartones. Calculé por las fechas que el muerto había vivido cincuenta y un años, pero no sabía si era hombre o mujer. Pude ver una estrella de David. ¡Una estrella judía en un cementerio musulmán! ¡Qué raro! ¿Para qué vivir si luego tenemos que morir? Las familias cuidan las tumbas y yo las utilizo como cama. ¿Qué querrá decir todo esto? ¿Y que mi pene valga cincuenta pesetas? Eran demasiadas preguntas, y me veía incapaz de hallar las respuestas. Pero supe que tenía que vivir mi vida, así que disfruté del cigarrillo, apagué la colilla y me acosté.

Me desperté temprano. Un chico que no conocía ocupaba el lugar del que me ayudó. Comprobé si aún conservaba lo que me quedaba de las cincuenta pesetas. No faltaba nada. Es cierto, no hay sitio más seguro que un cementerio. Los muertos son más respetuosos que los vivos.

En Bab El Fahs compré unas alpargatas por quince pesetas. Tenía los pies cansados y sucios. Desayuné en un café del barrio que apestaba a kif y a comida. El primer cigarrillo de la mañana siempre me hace recordar la primera vez que fumé.

Por delante me quedaba un nuevo día, con menos miseria y cargado de ilusiones. Robaría en el mercado, como había hecho con Abdeslam y Sebtawi. Tenía que intentarlo antes de que se me acabara el dinero.

En el mercado vi como una mujer extranjera pagaba la compra y se guardaba una cartera repleta de billetes. Ella me sorprendió mirando su bolso, y lo agarró con fuerza bajo su brazo. Su mirada comprensiva me decía: «¿No te da vergüenza?». Me acobardé y salí del mercado. «La culpa es de la miseria, señora. Los ricos tampoco tienen vergüenza: nos compran a precios irrisorios. Tú no necesitas venderte».

Me pasé el día deambulando por las calles, que sucesivamente me iban tragando y vomitando. Todas las mujeres que veía me excitaban violentamente. Entré en un váter público y me masturbé pensando en los culos de mujer que más me habían impresionado. Por la noche, averigüé que se podía dormir en el mercado de Fendaq Chejra; sólo cobraban una peseta y podías tumbarte donde quisieras. Había un gran establo cubierto por un tejado de cemento; arriba dormían los hombres y abajo los animales. Allí podías encontrar de todo: cafés, restaurantes, tiendas, pequeñas habitaciones, putas, fruterías. Parecía una pequeña ciudad.

Al subir la escalera, me crucé con un borracho que me tendió la mano, como queriéndome acariciar la cara, y me dijo:

—¿Adonde vas, guapo?

Aparté con violencia su mano. Subí los escalones de dos en dos, con miedo. El hombre soltó una carcajada:

—Con que me pegas, ¿eh? ¡Qué arisco!

Llevaba en la mano una botella vacía.

—Espérame, que voy a por vino y vuelvo enseguida. No te vayas.

Me entró miedo.

—Esta noche serás mío. ¡Enseguida vuelvo! No te dejaré escapar. Serás mío —añadió, alejándose.

Sobre el techo había decenas de personas. Muchos dormían, y el resto bebía y fumaba kif. Charlaban y cantaban. Un borracho estrechaba entre sus brazos a un chico, al tiempo que le besaba en la mejilla. Alguien le dijo:

—Ahora no. Deja tranquilo al chaval. Después harás con él lo que quieras. ¡Mira que eres pesado! Parece que nunca has visto a un chico.

Tuve claro que no dormiría en semejante burdel. Prefería dormir en el cementerio. Cuando di media vuelta para largarme, alguien me llamó:

—¡Eh, guapo! Bienvenido. Ven a tomar un trago con nosotros. Ven. ¿Qué te pasa? No te vamos a comer.

Mi corazón latía con fuerza. «Tengo que comprarme una navaja, o un puñado de cuchillas». Bajé corriendo las escaleras, me detuve delante del establo y me escondí en una esquina, encogido. Me fumé un cigarrillo. «¿Acaso Allah creó adrede el mundo así de disparatado?». A mi lado dormía de pie una yegua. El establo apestaba. Abracé mis piernas y me dormí sentado por miedo a que me violasen. De madrugada, sentí que un líquido caliente se derramaba sobre mí. Maldije a todo el mundo, sobresaltado. Mientras, la yegua abría y cerraba su vagina. Salí de allí tan rápido como pude. En la puerta, el guardián me preguntó:

—¿Vas a volver?

—No. No volveré nunca a esta pocilga —contesté furioso.

—¿Qué te ocurre? ¿Te hicieron algo?

—Una yegua me ha meado encima.

—Pero ¿por qué dormiste entre sus patas? ¿Por qué no dormiste arriba? Vete al *hammam* y no te vayas a dormir sin lavarte, que puedes caer enfermo.

—Guárdate tus consejos.

Cerró de un portazo. Hacía calor y las calles estaban desiertas. «¿Y ahora tengo que ir al *hammam*? ¿Qué hago con la ropa?». La

orina me había calado por completo. Empecé a rascarme. Cerca del cementerio judío vi a tres tipos bebiendo. Uno de ellos me llamó:

—Ven aquí. ¿Adonde vas? Ven, guapo. Ven aquí con nosotros. No temas.

Se levantó y se dirigió hacia mí, tambaleándose.

—Déjalo, ahora no necesitamos chicos —le gritó uno de ellos.

Salí corriendo hacia el Zoco Grande. Miré hacia atrás para comprobar que el borracho no me seguía. Me compré una pastilla de jabón en el Zoco Chico. Estaba abarrotado de borrachos, putas, maricas y mendigos. En la calle La Marina, cerca de Jama' Kbira,[37] dos policías marroquíes me pararon.

—A ver, los papeles.

—No tengo.

—¿De dónde eres?

—De Tetuán.

—¿Dónde vives en Tetuán?

—En el barrio de Trankat.

—¿En Trankat o cerca?

—Allí mismo, detrás del *hammam* judío.

—¿Conoces a Muley Alí?

—Sí, es nuestro vecino. Vende verdura cerca de nuestro puesto.

—¿Y qué haces aquí?

—Vine a buscar trabajo.

—¿Y adonde vas ahora?

—Una yegua me ha meado encima mientras dormía en Fendaq Chejra.

—¿Una yegua?

—Sí, sí, eso es, una yegua. Estaba durmiendo en el establo y me meó de arriba a abajo.

Se intercambiaron algunas miradas.

—¿Conoces Dar Dbagh? —dijo uno de ellos.

—No, no lo conozco.

—Pues ven con nosotros.

Desde la esquina me señalaron Dar Dbagh:

—Allí hay una fuente con agua caliente. Lávate bien, y por la mañana limpia tu ropa.

Primero me lavé y luego enjaboné el pantalón y la camisa frotando con los pies. Se escuchaban voces que venían de un café. Unos jugadores de cartas amenazaban a un tramposo.

Un hombre se acercó y me dijo:

—¿Qué haces? ¿Estás loco? Trae mala suerte lavar la ropa por la noche.

Apestaba a alcohol. Dejé un momento de lavar y le dije:

—Una yegua me ha meado encima en Fendaq Chejra.

—¿Una yegua?

—Sí.

—¡Joder! Lávate bien, y limpia la ropa o te pondrás enfermo. El agua quita hasta la lepra.

Cuando terminé de lavar la ropa, la escurrí a conciencia y me la puse. Caminé a lo largo y ancho de la estación de tren para que se me secara. Dudaba entre intentar dormir en uno de los vagones abandonados o en la playa. «En la playa nadie me dirá nada, pero si duermo en el vagón, el vigilante podría pillarme». Me acordé de lo que me dijo aquel muchacho: «Violan a quien no le encuentran nada que robarle». Tenía algo más de veinte pesetas, pero era tan probable que me robasen y violasen sobre la arena como en el vagón. Incluso podían matarme. «¿En el vagón, entonces?». Salté la valla y me clavé las aristas de los guijarros en las plantas de los pies. Tenía miedo de romper mis alpargatas. Caminaba con cuidado para no hacer ruido. Subí al vagón de mercancías y encendí una cerilla. «¿Y si me agrediera alguien?». Bajé y cogí dos piedras puntiagudas. Cuando volví a subir, se me rompió el pantalón. Cabreado; escupí y maldije a todo el mundo. Me tumbé, con las piedras en la mano. «Tengo que comprarme una navaja o un puñado de cuchillas», me repetía. «Debo encontrar a alguien de mi calaña en algún lugar de esta ciudad».

«¿Qué habrá sido del chico que me salvó de la redada policial?».

9

Jugábamos a cartas en el café del Chato. Yo acababa de perder al *aita*[38] las últimas pesetas con las que contaba. Mi amigo Kebdani, que no paraba de ganar, ya me lo había advertido cuando aún me quedaban veinticinco pesetas:

—Hoy no es tu día. Será mejor que abandones.

—Ahórrate tus consejos. Sé arreglármelas yo solito.

Serían las doce y media de la mañana cuando pedí prestadas a Kebdani cinco pesetas. Pagué tres por algo de kif y con las otras dos me tomé un té verde.

Era domingo. Desde la ventana se veía el Zoco Grande. La plaza estaba abarrotada, pero ni vagabundos ni transeúntes compraban nada a los vendedores ambulantes. Hacía viento y el cielo estaba nublado. Los restaurantes, los cafés y los comercios marroquíes estaban cerrados; de algunas puertas colgaba la bandera marroquí junto con un crespón negro. Los cafés populares aprovecharon el día para hacer negocio. Le pregunté al Chato qué se celebraba.

—Es un día nefasto —me dijo, con su voz ronca.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No lo sabes?

—No.

—Hoy, 30 de marzo de 1952, se cumplen cuarenta años de protectorado francés sobre Marruecos. Se firmó en el año 1912, bajo el reinado de Muley Abdel Hafid. De ahí que el 30 de marzo sea un día siniestro.

—¿Y qué se les pide hoy a los franceses?

—Que se larguen de Marruecos. Hoy termina el contrato del protectorado.

—¿Y los españoles? ¿También queremos que se vayan?

Me miró, a punto de perder la paciencia.

—Oye, no tengo tiempo para explicártelo. Sube al altillo del café, que allí te informarán unos cama-radas.

Kebdani decidió abandonar cuando había ganado unas trescientas pesetas.

—Tienes que acabar la partida —le ordenó uno.

—¿Y si no quiero? ¿Vais a obligarme?

—Sí, tienes que seguir.

—Tengo hambre. Me voy a comer.

Los tres jugadores protestaron al unísono.

—Nosotros también tenemos hambre. Tienes que seguir jugando.

—Eso es, y si no quieres seguir, no tienes más que repartir lo que has ganado.

—No seas tonto. Es la mejor solución que te queda.

Kebdani esbozó una sonrisa socarrona y cogió el *sebsi*[39] que le había preparado.

—Vamos a acabar mal si no sigues —lo amenazaron de nuevo.

El Chato intervino desde la calle:

—No quiero líos en mi café. Podéis mataros si queréis, pero afuera.

Al Chato ya no le importaban las partidas; había dejado de cobrar un porcentaje de las ganancias a los jugadores.

De repente, oímos una voz grave y fuerte:

—¡Compatriotas marroquíes! Todos sabéis que hoy es un día funesto. Un día como hoy, en 1912, se estableció el protectorado francés sobre Marruecos. Han pasado cuarenta años, y desde entonces no somos libres.

Todos nos precipitamos hacia la ventana del altillo.

—Es Marwani, el loco que vende tortas paquistaníes —dijo Kebdani.

—¿Qué estará diciendo de él la gente?

—¿Qué va a decir? «Mira, un loco que se altera».

—El loco eres tú. Él sabe lo que dice.

—Dicen que es un soplón que trabaja de espía para los españoles.

—Puede ser, pero ahora está defendiendo a los marroquíes.

—No tenemos derecho a acusarle.

—Os aseguro que trabaja para un organismo secreto español que trata de abolir el Estatuto de Ciudad Internacional de Tánger, para así poder gobernarla ellos solos.

—¡Basta ya de especulaciones! No quiero discusiones políticas en mi café. Largaos al zoco y gritad lo que queráis —interrumpió el Chato.

Marwani gritó aún más fuerte, alzando los puños al cielo, en un gesto heroico:

—¡Fuera el colonialismo!

—¡Fuera! ¡Fuera! —coreó la multitud.

—¡Viva Marruecos libre e independiente! —gritó Marwani.

—¡Viva! ¡Viva! —coreó la multitud.

—¡Abajo los traidores! —gritó Marwani.

—¡Abajo! ¡Abajo! —coreó la multitud.

—¡*Aljihad*[40] en el nombre de Allah! —gritó Marwani.

—¡*Aljihad! ¡Aljihad*, siervos de Allah! —coreó la multitud.

Una mujer *djbliya*[41] se subió encima de una caja de madera y lanzó unos profundos *zaghareet*.[42] Otras mujeres la imitaron. Nosotros bajamos del altillo y nos asomamos a través de la barrera que formaban las sillas y mesas apiladas.

—¡Volved al altillo o largaos fuera! —dijo el Chato.

Salté por encima de la barrera de sillas y salí fuera.

—¿Vienes o no? —le pregunté a Kebdani.

Dudó un momento, pero finalmente saltó.

—¡Vuelve a tu sitio! No le hagas caso a ese cara de polla —le dijo uno de los que perdían la partida.

—Cara de polla la de tu madre —le contesté yo.

Me escupió encima; yo hice lo mismo. Me lanzó una silla, pero la esquivé.

—¡Me cago en tu puta madre! —le dije.

Quiso saltar también la barrera, pero sus amigos lo sujetaron.

—Ya nos veremos las caras y sabrás quién soy. Te meteré esta silla por el culo cuando te coja —me dijo.

—Anda, esto es lo único que cogerás —le contesté, mientras me agarraba el paquete con las dos manos.

El Chato, encolerizado, nos gritó:

—¡Vamos, fuera de mi vista! ¡Mataos en otro lugar!

Kebdani y yo nos fuimos. Yo tenía una navaja y dos cuchillas que estaba dispuesto a utilizar. Eso significaba, ganar o perder. Ese era mi plan en este infierno de ciudad.

—Querían retenerte para poder recuperar lo que han perdido.

—Lo sé, no soy un crío. Conozco muy bien a esos hijos de puta.

—Te intentaban engañar en el juego. ¿Te diste cuenta?

—Sí, pero les dejé hacer trampas mientras fuera yo quien ganara.

La multitud era cada vez más numerosa. Marwani daba las consignas. Cuando llegamos cerca del gentío, Kebdani me dijo:

—La mayoría de la gente que ves aquí no es de Tánger.

—¿Y de dónde son?

—Fíjate en su aspecto. Son del Rif.

—Entonces, ¿son los españoles quienes están detrás de todo?

—Eso es lo que dije en el café, pero nadie me creyó.

Todos se dirigían hacia la estación de autobuses. En una calle en obras la gente empezó a hacer acopio de piedras; se las guardaban en los bolsillos y las capuchas de sus chilabas. La multitud se dispersó en cuatro direcciones: la calle Estatuto, la Cuesta de la Playa, la calle de Bab El Fahs y la calle Semmarin. Un grupo comenzó a apedrear el cuartel de la policía. La destrucción y el

pillaje se apoderaron del zoco. Kebdani y yo seguimos al grupo de la calle Semmarin. Algunas piedras alcanzaron a un policía. Su gorra blanca acabó en el suelo. Le sangraba la cara. Con una mano se cubrió y con la otra sujetó la funda de su pistola. Huyó hacia el cuartel. La gente le perseguía con piedras en las manos. Un reloj enorme, colgado a la entrada de un bazar indio, terminó hecho añicos. Marcaba la una y cuarto. Las piedras también alcanzaron los escaparates de una zapatería y una tienda de decomisos.

—A por los relojes y las cámaras. ¡Vamos! —le dije a Kebdani.

—No.

—¿Por qué no?

—No sabemos todavía cómo va a terminar esto. A lo mejor nos pilla la policía y nos registra.

—Mira, todos se están llevando cosas.

—Que hagan lo que quieran. ¿Acaso si alguien se tira por un puente, tenemos que tirarnos nosotros también?

Se rompieron más lunas de escaparates.

—No me vengas con refranes. Eres un gallina.

—Roba tú solo si quieres. Yo me voy.

Se oyeron tiros en el cuartel de la policía.

—Ya ha empezado a disparar la policía —dijo Kebdani.

Gritos, pánico. Los escaparates de la zapatería Rex quedaron destrozados. Un grupo grande de manifestantes con piedras corría en nuestra dirección. Las mujeres y los niños gritaban y lloraban. Los comerciantes abandonaban sus tiendas. Kebdani me agarró del brazo y tiró de mí:

—Date prisa, no sea que nos disparen.

Nos escondimos detrás del mostrador de un cambista judío. Continuaba el pillaje en los comercios de la plaza Pérez Galdós. Gritos, carreras. Ruido de cristales rotos. Siento los disparos muy cerca de mí. Levanto la cabeza para mirar. Un hombre se retuerce en el suelo; la sangre le brota de la cabeza. Un policía marroquí corre despavorido, blandiendo su pistola.

—Agáchate, que no nos vean —dijo Kebdani.

—¿Ves algo por esa ranura?

—Sí, pero cállate ya.

La multitud corría entre chillidos. Dispararon de nuevo muy cerca. Un joven marroquí quiso esconderse con nosotros, pero no le dejamos:

—Vete ahora mismo, que aquí no hay sitio.

Tres jóvenes se detuvieron. Dos de ellos ayudaron al que echamos, más bajito, a subir al tejado de una tienda. Ya teníamos encima los disparos de la policía. Gritos, el ruido sordo de un cuerpo que cae desplomado.

—Han matado a otro —le dije a Kebdani.

—Ya lo sé. Yo también tengo ojos y oídos.

Apareció un policía que empuñaba una metralleta. Asomamos la cabeza para mirar: el tipo bajito del tejado saltó gritando sobre él. Golpeaba la cabeza del policía, como si quisiera hundírsela en el suelo.

—¿Conoces a ese policía? —me preguntó Kebdani.

—No. ¿Quién es?

—Es el inspector Barcia, de padre marroquí y madre española.

El tipo bajito cogió la metralleta, que había caído a sólo unos pasos de distancia. Quiso utilizarla, pero le fallaron los nervios. El inspector aún estaba inconsciente. El joven tiró al suelo con rabia el arma, renegando de ella. De pronto, apareció otro policía disparando. Una bala alcanzó al joven por la espalda. Y, al darse la vuelta, recibió otro tiro en el vientre. Un grito seco. El joven se desploma.

—Las balas le han atravesado la espalda y el vientre —le dije a Kebdani.

—Ya lo he visto.

—Nunca he visto morir a un hombre de esta forma, sólo en el cine.

—Pues ya lo estás viendo. En vivo y en directo.

—¿Matarán de la misma manera en otros sitios?

—Pues claro, ¿qué te crees? Si te parece reparten caramelos.

Kebdani empezó a sudar.

—Tranquilízate un poco —le aconsejé.

—¿De qué hablas? Trágate la lengua.

—Estás temblando.

—¿Temblar yo? ¿Te vas a callar de una vez, o es que quieres que nos saquen las tripas de un tiro como a aquel chico?

—Eres un cobarde.

—De acuerdo, pero cállate.

Llegó un tercer policía. Lanzó un disparo al aire para intimidar. Entre él y su compañero levantaron al inspector. El segundo policía recogió la metralleta y le colocó al inspector la gorra en la cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No es nada, no es nada —contestó el inspector, todavía conmocionado—. ¿Dónde está ese hijo de puta?

—Ya me he encargado de esa escoria —dijo el segundo policía.

Se acercaron al joven, uno de ellos movió el cuerpo con la punta del pie. Luego se alejaron rápidamente hacia el Zoco Chico.

—Vámonos de aquí, antes de que nos descubran —dijo Kebdani.

—¿Adonde?

—Adonde sea.

Podíamos oír las ráfagas de las metralletas. Estábamos en el centro de la revuelta.

—Venga, vuela.

Salí primero. Vi que aquel joven aún se movía en el suelo. Kebdani tiró de mí, angustiado:

—¡Corre! ¿Es que quieres que nos vuelen los sesos?

A lo lejos, pudimos ver todavía a los tres policías corriendo hacia el Zoco Chico. Todo estaba desierto. Kebdani se detuvo a mear a la altura de la Cuesta de los Franceses. A mí también me entraron ganas. La gente corría despavorida y nosotros meando en la puerta

de una tienda. En la plaza de Seqqaya Jdida vimos a un hombre tambaleándose con una pesada cesta a cuestas.

—Estamos de suerte —dijo Kebdani.

—¿Y eso?

—Es Kabil. Lo acompañaremos a su chabola en el barrio de Sidi Buknadel.

Recordé que me había hablado de él. Kebdani lo ayudaba a transportar mercancía de contrabando.

—¿Este es el contrabandista que me dijiste, el que tiene mucho dinero?

—Sí, es él. Tiene tanto dinero como para cubrirnos de la cabeza a los pies.

Tenía el aspecto de alguien a quien no le alumbran más de cien pesetas. No había un alma en la plaza. Sólo de vez en cuando la cruzaban algunas personas huyendo.

—¡Kabil! —gritó Kebdani.

Se detuvo y dejó la cesta en el suelo.

—¿Adonde vas? —le preguntó Kebdani.

—A la chabola. Venid conmigo. Allí están Sallafa y Buchra. Le he afeitado la cabeza y las cejas a esa puta asquerosa.

Kebdani y yo cargamos con la cesta. Avanzábamos por la calle Amrah.

—¿Te has enterado de lo que pasa en la ciudad? —preguntó Kebdani a Kabil.

—No muy bien. ¿Qué ocurre? Cuando salía de la bodega española he visto que la gente corría como loca, pero no me he enterado de nada.

—¿Y no has oído tiros?

—Sí, pero de lejos. ¿Qué ha pasado?

—La policía está disparando contra ciudadanos marroquíes.

—¿Por qué?

—Por el aniversario del 30 de marzo.

—¿Y los marroquíes con qué se defienden?

—Pues con piedras.

—¿Hay muchos muertos?

—Disparaban a cualquier marroquí que tuvieran a tiro.

De repente, alguien gritó a nuestras espaldas:

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso!

Un hombre transportaba a un herido al hombro y otro los seguía de cerca.

—¿A qué se dedica tu amigo? —preguntó Kabil a Kebdani, refiriéndose a mí.

—Era vendedor ambulante, vendía *harira*[43] y pescado frito. Lo dejó porque el dueño del restaurante sólo le pagaba cinco pesetas diarias por trabajar de sol a sol.

La chabola daba al barranco de la playa en el barrio de Sidi Buknadel. Tenía dos entradas: una por la plaza Amrah y la otra por la playa. Era la típica chabola de un contrabandista.

Sallafa entonaba con voz afligida una canción de Farid el Atrach: «Olvida a quien te borre de su recuerdo; no abraces su ausencia, no lamentes su desprecio». Tenía el pelo y las cejas afeitados a navaja; su cara parecía la de un chico imberbe. Llevaba un *zegdún* transparente con rayas blancas, negras y doradas. Buchra estaba echada en una *mtarba*[44] con el *sebsí* en la mano. Llevaba un caftán rojo adornado con hilo dorado, encima tenía un *dfin*[45] transparente. Aquella escena me trajo a la memoria los tres días que pasé en casa de Aziza, en Tetuán. Entonces tenía mil pesetas; hoy día, con telarañas en los bolsillos y sin trabajo. De un *tagra*[46] dispuesto en el *taifor*[47] se desprendía un fuerte olor a orégano. Sallafa trajo un *tas*[48], una *cafatira*[49] y una pastilla de jabón para que nos lavásemos las manos. Tambaleándose, vertía el agua sobre las manos de Kebdani. Al llegar mi turno me sonrió y, mientras me lavaba, estalló en una gran carcajada. Estuvo a punto de dejar caer la *cafatira*. Estaba borracha. Cuando le tocó a Kabil, ella no paraba

ya de reírse. Él acabó por perder la paciencia y furioso le arrebató la *cafatira* de la mano:

—Suelta, puta asquerosa. ¿Nos estás tomando el pelo, o qué? —le gritó.

—Puta asquerosa lo será tu madre, ¿entendido?

Kabil le levantó la mano. Kebdani intervino; cogió él la *cafatira* y vertió el agua sobre las manos de Kabil.

—La próxima vez, además de afeitarte el pelo y las cejas te tiraré por el barranco.

—Si eres lo suficientemente hombre, inténtalo. Ya veremos quién tira a quién.

—¿Queréis dejar de discutir? Si continuáis, me largo —amenazó Buchra.

El tajín estaba riquísimo, especiado y picante. Al terminar de comer, discutimos sobre los trágicos sucesos del día. Bebimos vino, fumamos kif y escuchamos antiguas canciones de Um Kulzum hasta las cinco de la tarde. Me quedé medio dormido en la *mtarba*. Kebdani me despertó:

—Mohamed, nosotros vamos a salir. Puedes quedarte aquí con ellas. Vuélvete a dormir, no te preocupes.

—Sí, intentaré dormir un poco.

Cerraron la puerta con llave. Soñé con una plaza en la que unos hombres desnudos formaban una fila larguísima. Iban pasando uno a uno por delante de una mesa con material quirúrgico. Al otro lado de la mesa había tres o cuatro personas, desnudas también, que les iban arrancando los penes uno a uno para luego tirarlos a un barril. Detrás de las vallas que rodeaban la plaza, mujeres desnudas lloraban por aquellos hombres.

Las dos chicas se habían quedado dormidas:

Buchra sobre su costado derecho, mirando hacia la pared, y Sallafa descansaba boca abajo, como si fuese un cuerpo sin vida. Su culo respingón me encendió. Cerré los ojos y antes de poder conciliar de nuevo el sueño, la oí que murmuraba:

—Ya se fue ese hijo de puta.

Entreabrí los ojos. Ella se levantó y encendió la luz. Se desperezó de tal forma que se aseguró de poner en valor sus pechos y su culo, erigidos a la medida de mi deseo. Me miró con la languidez de unos ojos adormecidos:

—¿Tú también duermes? —me susurró.

—No, sólo descansaba un poco —le contesté, y rápidamente me incorporé.

Cogió una botella de vino que estaba por la mitad y dos vasos.

—Vamos a la otra habitación para no despertar a Buchra.

«¿La sigo o no? Ella es la que manda aquí». Al ponerme de pie sentí un ligero mareo. Me dolía el lado derecho de la cabeza. Miré a Buchra; parecía dormida, pero me preocupaba su silencio. En estos casos, las mujeres suelen entenderse.

Entré en la otra habitación, que resultó ser el dormitorio. Estaba bien amueblado, nunca había visto un dormitorio tan lujoso en semejante chabola. Había una pila de cajas de cartón en uno de los rincones; tal vez contenían mercancía. Nos sentamos, ella en la cama y yo en la *mtarba*.

—Ven, siéntate a mi lado —dijo ella.

Al verme dudar, añadió:

—¿Le tienes miedo a Kabil? ¿Es eso?

—Nos hemos conocido hoy mismo. Kebdani me lo ha presentado cuando huíamos de la revuelta.

—Él es incapaz de hacerte nada, incluso si te encuentra acostado conmigo. Lo conozco bien. Es como esos perros que se pasan el día ladrando pero nunca muerden.

«Puede que tengas razón —pensé—, pero me echará de aquí. Estáis juntos, seguramente te quiere. Aunque, por lo que he podido ver y oír, eres tú la que lleva las riendas».

Me senté finalmente a su lado. Llenó los dos vasos. Estiró el brazo para alcanzar un paquete de tabaco rubio de la mesita de noche y se encendió un cigarrillo. Tenía negras las pestañas y los

ojos grandes, algo enrojecidos por el cansancio. Me puso el cigarrillo encendido en la boca y se encendió otro para ella. Recordé cuando, en Tetuán, Lalla Harruda me puso su cigarrillo en la boca.

—¿Y si Buchra se despierta?

—Es mi hermana.

—¿Tu hermana?

—Como si lo fuera.

—Entiendo.

Me sonrió mientras me miraba. Tenía los labios pequeños como una sortija, rojos como una fresa. Las mujeres de boca pequeña tienen también pequeña la vagina. Eso me dijeron. Le devolví la sonrisa. Se tomó el vaso de vino. Fumaba mientras miraba al techo, tendida boca arriba. Me cogía la mano, me la soltaba; así una y otra vez. Se divertía jugando.

Cuando parecía que se espabilaba, se incorporaba y al rato se volvía a echar. Me entraban ganas de mordisquear sus manos tibias de uñas largas. El deseo que despertaba la temperatura de su cuerpo me estremecía. Me recosté a su lado, fumaba y contemplaba una pequeña muñeca que colgaba de la pared. Yo también le apretaba las manos. Ya no estaban tibias. Me acordé del chico al que no dejamos que se escondiera con nosotros, detrás del mostrador del cambista. Me arrepentí. Aquellos golpes en la cabeza como si la quisiera hundir en el suelo, cómo se desplomó, cómo se revolcaba en su propia sangre.

Continuamos en silencio. Sus manos recorrían las mías. «¿Harán lo mismo Kabil y ella?». Cambiamos de postura los dos, al mismo tiempo. Sonreímos. Nuestros ojos bailaban.

—Espera, voy a desnudarme.

Apagó la colilla en el cenicero. Me puso caliente contemplarla mientras se sacaba el vestido por encima de la cabeza. Bragas rosas, sin sostén; tenía las tetas más bien pequeñas, como dos limones. No como las dos naranjas que le colocaba al árbol-mujer de Orán. Pero aquello era una mujer de madera; las prefiero de carne y hueso.

—Desnúdate.

—Será mejor que no. No me dará tiempo a vestirme si vuelven Kabil y Kebdani.

—No volverán hasta dentro de tres o cuatro horas, te lo aseguro.

—¿Dónde crees que estarán ahora?

—No lo sé. Nunca me dice adonde va, pero suele tardar cuando sale con algún amigo. Su locura aumenta cuando va acompañado. Quizás han ido juntos al burdel.

—El caso es que hoy no es un día cualquiera en esta ciudad.

—Ya, pero tú sabes, además del burdel, están las casas particulares.

Su rostro, masculino, blanco y de mejillas sonrosadas, tenía forma de corazón. Cerré los ojos, posando la cabeza sobre su pecho desnudo y caliente. «Un cojín de carne que palpita, ansioso. Ya no me duele tanto la cabeza». Ella me acariciaba suavemente el pelo; a ciegas, tendí la mano hacia su cabeza. Me olvidé de que la tenía rapada. El pelo se le erizaba bajo mi mano al acariciarla desde la frente hasta la nuca. Kabil debió de sentirse celoso de ella, por eso le afeitó la cabeza y las cejas. Pasé mi lengua por sus duros pezones. Me llené la boca con su pecho derecho, mamándoselo con fuerza, mientras mi mano le agarraba el izquierdo. Me divertía yendo de un pecho a otro. Ella escondía ahora su pecho derecho con la mano. Yo lo buscaba. No era más que un juego para excitarnos. Estuvimos así un rato. Nos sentíamos como dos niños. Luego se recreó desabrochándome la bragueta. Mi pene empalmado asomó por entre sus dedos. Comenzó a acariciarlo desde el glande hasta los testículos, restregándoselo por los labios de la vagina. El pelo de su pubis era negro, y tan duro como el de su cabeza. Yo insistía en penetrarla, pero ella se limitaba a frotárselo por los labios. Mi pene le pertenecía. Lo agarraba, lo apretaba, lo medía con la palma de la mano. Yo contaba las vértebras de su columna. Ella lo soltó. Y la penetré; la metía y la sacaba. Me estrechó con los brazos y las

piernas. «*Sé* fuerte, pórtate bien, ciego mío, y hazte buen amigo de esta vagina».

La voz de Buchra me despertó. Buscaba a Sallafa. Me senté rápidamente en el borde de la cama y le pregunté si había vuelto ya Kebdani.

—Aún no —me contestó, arrastrando las palabras.

Me fui al salón, y oí lo que Sallafa le decía a Buchra:

—¿Todavía anda por ahí el capullo ese?

Sallafa estaba sentada, fumándose un cigarrillo.

—Temo que los hayan detenido, después de todo lo que ha pasado hoy —contestó Buchra.

—¡Ojalá! ¡A ver si se pudre!

Cuando acabé de lavarme, Sallafa ya estaba de muy buen humor. Parecía satisfecha. Vino a sentarse a mi lado y tomó mi cara entre sus manos; me acarició. Mi corazón palpitaba con violencia. Me besó en la boca como a un niño. Me sonrió y se fue al lavabo. Ella me hizo recordar a la chica de Ain Ktiwet. ¿Dónde estará?

Buchra parecía triste, sentada con los codos en las rodillas y la cara entre sus manos. Se levantó y puso el disco de Um Kultum «Me desmiento a mí misma». Me trajo a la memoria Tetuán, el barrio Ain Jabbaz, los *hashasha* y los borrachos del café donde trabajaba. Estuve a punto de echarme a llorar. Por un instante creí descubrir que a pesar de todo tuve una infancia feliz en aquel barrio.

Se abrió la puerta y entraron Kebdani y Kabil; cansados, taciturnos.

—¿Alguna novedad? —le pregunté a Kebdani.

Bajó el volumen del tocadiscos justo cuando Um Kultum cantaba «No quiero creer nada de lo que veo».

—Todo ha terminado. Cientos de marroquíes han muerto.

Kabil entró en el dormitorio y Kebdani se sentó frente a mí. Sallafa salió del lavabo:

—¿Dónde habéis estado? —preguntó.

—Hemos estado ocupados.

—¿Por qué no me dices que habéis estado en el burdel, y que luego fuisteis a casa de Soudía la Negra, o a la de Zohra la Loca, o a la de la Pulga? —dijo con sorna.

—¿No vas a cerrar tu sucia boca? —dijo Kabil.

—La tuya es la que apesta —gritó, entrando en el dormitorio.

Kebdani me pidió que fuéramos un momento a dar una vuelta. Salimos por la puerta que da al barranco de Sidi Buknadel. Soplaba un viento frío. Encendimos dos cigarrillos. Que hermosas las luces de los barcos amarrados en el puerto.

—Te voy a decir algo que te interesa saber.

—¿De qué se trata?

—Kabil ha aceptado que trabajes con nosotros mañana. Sólo hay una condición.

—¿Cuál?

—Que te quedes en la chabola esta noche y no salgas hasta mañana por la tarde, que es cuando empezamos a trabajar.

«Justo lo que quiero», pensé.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Kabil no te conoce todavía. Tiene miedo de que des un chivatazo.

—Ya, entiendo.

—Yo te conozco. Le he hablado muy bien de ti y lo he convencido. Le dije que eras formal, fiel y valiente.

—Gracias.

—No son pocos los porteadores que lo han denunciado. Está convencido de que si vuelve a caer en manos de los aduaneros, será porque alguien nuevo lo denuncie. A veces los porteadores son topos de la policía o de los aduaneros. Así es como se enteran del lugar, de la hora y a veces hasta de qué mercancía se trata. Los topos pueden llegar a cobrar tres veces más de lo que les pagan los contrabandistas.

—¡Vaya!

—Además, se sienten protegidos.

Hizo una pausa y añadió:

—Kabil es buena persona. Su único defecto es la avaricia. Eso explica que a veces los porteadores se vean tentados a robarle para alcanzar el sueldo que se merecen. Es generoso con las mujeres, eso sí, como lo es con Sallafa.

—¿Es celoso con ella? —le pregunté.

—Él sabe que Sallafa se abriría de piernas delante de un mono.

—¿Entonces?

—La quiere, a pesar de todo.

—Pero ¿por qué le afeitó la cabeza y las cejas?

—Para que no pueda desaparecer. Antes solía esfumarse durante una semana, o incluso más.

—Vamos, que la quiere.

—Con locura.

—¿Y adonde va cuando no está con él?

—Se emborracha y se prostituye en fiestas de amigos o de desconocidos.

—¿Y ella le quiere?

—¿Acaso este tipo de mujeres pueden querer a alguien? Está con él por su dinero, ya se lo ha dicho en más de una ocasión. Una vez se lo confesó abiertamente: «Estás perdiendo el tiempo conmigo. Búscate a otra. Entérate: yo no te quiero».

—¿Y qué respondió él?

—No llega a creérselo. Piensa que ella lo quiere a su manera. Nunca le ha pegado.

—¡Me extraña!

—El cree que lo han hechizado.

—¿Piensas que es verdad?

—No. ¡Tonterías! La quiere, ésa es la única verdad.

—¿Pero cómo consiguió afeitarla?

—La emborrachó y le puso hachís en el té. Cuando dormía le cortó el pelo con una navaja.

—¿Y qué hizo ella cuando se despertó?

—Rompió algunas cosas de la chabola. Lo insultó; juró vengarse algún día.

—¿Y Buchra?

—Es su amiga. Sallafa se vuelve loca si ella no está a su lado.

—¿Buchra no tiene amante?

—No sé. Creo que sólo se quiere a sí misma. Tiene mucho genio, aunque es buena. No siente envidia por nadie. Sólo habla cuando es necesario, y siempre tiene razón.

—Sí, ya lo he notado.

Nos encendimos otro par de cigarrillos. Pensé en contarle a Kebdani lo que ocurrió con Sallafa, pero temía que sintiera envidia. Era capaz de delatarme para mostrarle a Kabil su fidelidad. De nuevo en la chabola, Um Kultum cantaba con voz potente: «Tengo celos del vaso de vino que te roza. Apártalo, quiero ser el único que te bese en los labios».

10

Por la mañana, Sallafa y yo nos quedamos solos en la chabola. Kabil y Kebdani habían salido, supuse que para ultimar todos los preparativos de la operación. Buchra estaba visitando a su madre. Mientras Sallafa limpiaba el dormitorio, yo fumaba tendido en la *mtarba* un cigarrillo rubio; estaba inquieto ante lo que consideraba mi nueva situación.

—Sallafa, ¿me puedes servir un vaso de vino?

—Si esperas un rato, prometo abrir una botella para los dos —me contestó, asomando la cabeza por la puerta.

Me lanzó una sonrisa antes de desaparecer. ¡De nuevo con carantoñas! Ni los jueguecitos que nos traíamos conseguían calmarme los nervios. La tentación empezaba a convertirse en una tortura.

Las circunstancias que me rodeaban en la chabola me hicieron recordar aquella mañana en la que el dueño del peral de Ain Ktiwet me encerró para castigarme. Sin embargo, en este caso, quedarme o largarme sí que estaba en mi mano. Me puse de pie en la *mtarba* y me asomé por un ventanuco que daba al mar. El cielo estaba nublado. Barcos grandes y pequeños surcaban un mar agitado. Sallafa se acercó a mí y apoyó sus manos en mis hombros. Noté el calor de su respiración en la oreja derecha. Todo mi cuerpo se estremeció.

—¿Qué miras? —me susurró.

«¿Entonces soy su amante? Miseria y amor: ¿no es una combinación maravillosa?».

—El mar. Nunca he viajado en barco. Quisiera montarme en uno y llegar al punto más alejado del planeta. ¿Has navegado alguna vez?

—¿Yo? —se rió—. Deberías preguntarme si alguna vez he salido de Tánger. No, nunca he viajado, ni por mar ni por tierra.

La imaginé viniendo hacia mí con un vestido blanco, caminando en el vacío, suspendida sobre una pequeña nube.

—¿De verdad que no has salido de Tánger?

—Nunca. ¿Adonde quieres que vaya? Y, además, ¿con quién me voy? Tengo la impresión de que si dejo esta ciudad no volveré a pisarla jamás.

—Yo pienso lo mismo.

—¿Por qué?

—No sé.

Me volví hacia ella. Me miraba con rabia a los ojos, como diciéndome: «¿No te gusta mi respuesta, o qué?». No pude sostener su mirada, así que bajé la vista y la fijé en la puerta. Empezaba a sentirme incómodo.

—¿Adonde estás mirando?

—A la puerta.

—¿Por algo en concreto?

—No, por nada.

—¿En qué piensas? Seguro que piensas en algo.

—Sólo pienso en la puerta.

—¿Por qué?

—Detesto que me encierren.

Nos sentamos. Me puse a pensar en la muerte; el amor siempre me hace pensar en esas cosas. Me sentía como un ladrón al que le han robado. Encima del *taifor* había una botella de vino y dos vasos. «El vino me calmará».

—A mí también me molestaba que me encerraran, pero me he acostumbrado.

—Pues yo no, ni quiero acostumbrarme. Es como si estuviera en una cárcel.

—Tienes razón.

Nos sentíamos impotentes detrás de aquella puerta cerrada. Ella era la amante de Kabil y yo un simple porteador que tenía que ganarse la confianza del contrabandista. Pensé en levantarme y derribar la maldita puerta. Pero no, eso lo echaría todo a perder: mi amistad con Kebdani, mi relación con Sallafa y la posibilidad de trabajar para Kabil.

—¿En qué estás pensando? Déjalo ya y abre la botella. Tengo algo que decirte.

Cogí el sacacorchos que estaba sobre el *taifor*.

—¿De qué se trata?

—Si quieres, podríamos irnos juntos de Tánger.

—¿Adonde?

—Adonde sea. Casablanca, por ejemplo.

Pensé en recordarle que tenía la cabeza y las cejas afeitadas, pero no quise entristecerla. Parecía haber olvidado ese detalle.

—¿Y qué haremos allí?

—Cualquier cosa.

Abrí la botella y llené los dos vasos.

—¡Pero si no tengo oficio! ¿Y tú? ¿Qué harías?

—Lo que sea. Podría trabajar como criada de alguna familia francesa. A mi amiga Fadila no le costó encontrar un trabajo así.

Kebdani me contó que Sallafa enloquecía si no estaba cerca de Buchra.

—¿Y Buchra?

—Vendrá con nosotros.

«¿Se ha vuelto loca esta mujer, o qué?», pensé.

—Ya entiendo —dije con malicia.

—Es muy buena, ¿no te parece?

—No he dicho que sea mala. Sólo preguntaba.

—Es como una hermana. Tú no la conoces bien. Cuando lo hagas, también la considerarás una hermana.

«Te entiendo muy bien, Sallafa. Tú y yo seremos sus hermanos, y ella será la hermana que ponga paz cuando discutamos. Ella tiene los pies bien puestos en la tierra; nosotros dos no somos más que unos chiflados».

Le pasé uno de los vasos. Lo cogió y me lo acercó a la boca; yo acerqué el mío a la suya. Nuestros brazos se entrelazaron y bebimos sin prisa. Nos reíamos como niños. Aquél era un juego maravilloso, nuevo para mí. Volví a fijar mi atención en la puerta, ella siguió mi mirada. Con sus ojos reclamó mi boca; me besó y dejó pasar el vino de sus labios a los míos. Nunca había gozado tanto con una mujer. Nos retiramos al dormitorio. Sentí ganas de llorar, antes y después de hacer el amor. Siempre me ocurría con ella. No sé bien por qué.

Estábamos de vuelta en el salón. Sonaba un disco de Farid el Atrach «¿Cuándo vuelves, alma mía?». Sallafa se hallaba sumida en sus pensamientos; imposible saber si estaba triste o alegre. Sólo soy capaz de averiguar su estado de ánimo si ríe o grita. «¿Qué le estará pasando por la cabeza?». Quizás estuviese molesta conmigo; no fui claro al hablar de la posibilidad de irnos a Casablanca.

Sentimos la llave en la cerradura. Kebdani entró con la compra. Se le notaba cansado.

—¿Ha llegado Kabil? —pregunté.

Me miró extrañado. Yo me disculpé:

—Perdona, Kebdani. Estaba distraído. ¿Qué te cuentas?

—Nada bueno: una catástrofe.

Puso la cesta delante de Sallafa y le dijo:

—Toma. Kabil dice que frías todo el pescado.

—¿Y ahora apareces con la compra? —respondió ella, en tono de reproche.

—Estábamos ocupados en otro asunto.

—¿Y a mí qué? No son horas de traerme la compra.

«¡Será mentirosa!», pensé.

—Vamos, cuéntame las novedades —le dije a Kebdani.

—Parece que no hay duda: han sido los españoles los que organizaron el altercado del 30 de marzo.

—Entonces, ¿era cierto lo que decían de Marwani en el café del Chato?

—Es posible. ¿Quién sabe? Lo que sí sabemos es que los responsables de la desgracia fueron los españoles.

—Han aprovechado el aniversario del protectorado y nos han utilizado a los marroquíes como chivos expiatorios.

—Eso parece.

—Es una catástrofe.

—Hay decenas de muertos marroquíes pero sólo se han visto seis o siete *janaiz*[50] por el Zoco Chico. Se ha organizado en Jama' Jdida una plegaria fúnebre en honor de las víctimas.

—¿Y el resto de los muertos?

—Los habrán hecho desaparecer para evitar la cólera de los marroquíes. Además, como la mayoría de ellos no eran de Tánger, resulta fácil enterrarlos sin que nadie se entere.

—¿Se puede andar por la calle? —pregunté.

—Sí, pero la vigilancia es enorme en toda la ciudad. Además, detienen a cualquiera que parezca sospechoso. El ejército está colaborando con la policía.

—¿Y Kabil? ¿Dónde está?

—Se fue a casa de sus padres. ¿Buchra no ha vuelto aún?

—Aún no —contestó Sallafa—. ¿Por qué no vas a buscarla? Quizás no se atreva a volver sola. Anda, ve, por favor.

—No sé dónde vive.

—En Dar Barud, frente al café Máquina. Pregunta a cualquiera de los crios que andan jugando por allí y te indicarán cuál es su casa. La conoce todo el barrio.

—Tendrá que volver sola. En estos momentos, nadie sale de casa si no es absolutamente necesario. No hay crios jugando en la calle.

No vi ni uno en toda la mañana.

Sallafa se puso nerviosa:

—¡Ya está bien! Ni que fuera el fin del mundo. Di que no quieres ir y no le demos más vueltas.

—No es eso, el caso es que…

Le dejó con la palabra en la boca:

—¡Cállate! No digas nada más —y agregó, hablando para sí—: ya sé lo que voy a hacer. Juro que no me quedaré aquí con vosotros. Si lo hago, tenéis permiso para escupirme y mearos en mi cara.

Kebdani se volvió hacia mí:

—Todo está a punto. Prepárate para trabajar esta noche. Nos ayudarán otros tres porteadores. Utilizaremos dos coches: uno para la mercancía y otro para los hombres. Yo me encargaré de llevar el género del barco a la playa en un bote; tú te quedarás con los tres porteadores; llevareis las cajas de la playa al coche. Sé valiente y lleva rápido las tuyas. Puede que los aduaneros nos sorprendan en la playa o en la entrada de la ciudad. En ese caso tienes que seguir las indicaciones de Kabil o de su socio. Lo conocerás durante la operación. Lo mismo puede ocurrir con la policía de paisano cuando se descargue la mercancía en la ciudad. No te oculto que la operación es arriesgada. Incluso pueden dispararnos en caso de huida, ¿comprendido?

—Sí.

—A veces, el dueño de la mercancía intenta sobornar a los aduaneros y a la policía secreta, pero rara vez se ponen de acuerdo en la cantidad… Es entonces cuando llega la violencia.

—¿Qué quieres decir con violencia?

—Pues que a veces se utilizan las armas.

«Kabil tiene arma, por lo tanto. Un detalle importante. Tengo que tener cuidado en mis relaciones con Sallafa. ¿Quién le va a impedir disparar si nos encuentra juntos en la cama?».

—¿Y Kabil tiene arma?

—¿Ves? Ya te estás metiendo en lo que no te importa. Te digo simplemente lo que puede pasar. No es asunto nuestro si Kabil o su socio tienen armas. ¿Entiendes?

—Sí. Sólo preguntaba.

—A ti te digo cosas que los demás cargadores no saben.

—Lo sé.

Se volvió hacia Sallafa:

—¿Dónde está el *sebsi*?

—No lo sé, búscalo tú —contestó desde la cocina.

«Ya ha comenzado su venganza». Me acordé que habíamos fumado un poco de kif en el dormitorio, pero fingí buscarlo con Kebdani por el salón. Finalmente pasó al dormitorio y lo encontró. Mientras, puse el disco de Abdelwahab «Cuando llega la tarde».

Me subí al coche con los tres porteadores. Yo era el más joven del equipo. El conductor era un viejo con mucha destreza, a pesar de apestar a alcohol. El velocímetro nunca pasaba de setenta kilómetros por hora. En las pendientes y las curvas, de cuarenta o treinta.

Llegamos a Cap Spartel hacia las dos de la madrugada. Nuestro coche se detuvo detrás de otro más grande, de color negro. Un hombre alto y fuerte salió de él. Tendría unos cuarenta y cinco años. Se acercó con parsimonia hacia nosotros:

—¿Cómo está la carretera? —le preguntó al conductor.

—Bien, no hay nada sospechoso.

Bajamos los tres del coche. Aquel hombre debía de ser el socio de Kabil.

—Portaos como hombres, ¿entendido?

Me puso la mano en el hombro, y me preguntó:

—¿De qué parte del Rif eres?

—De Beni Chiker.

—Conozco a los *chikriyin*.[51] Los rifeños sois valientes —retiró su mano y añadió—: los conozco muy bien. Luchamos juntos en la guerra civil española. Demuestra que eres un hombre, como hicieron los de tu tierra.

Sus palabras me calmaron. Nos dio a cada uno un paquete de tabaco. Era una buena señal. Hay que ser muy mezquino para traicionar a alguien como él. Su personalidad me fascinó. A su lado, Kabil parecía un crío. «Kabil no es malo, pero no tiene carisma. Debo estar a la altura, demostrar que pueden confiar en mí».

—¿Estáis preparados? —nos preguntó.

—Sí —contestamos al unísono.

Bajamos por una pendiente tortuosa, caminando por las rocas, entre árboles y matorrales. «¿Tendremos que volver cargados por este camino?», pensé. El socio de Kabil me dijo:

—Llámame Kandusi.

Supuse que se trataba de su apodo para este tipo de trabajos. El camino era difícil, estaba lleno de hoyos y piedras puntiagudas.

—Debes tener cuidado de no caerte cuando vuelvas cargado con las cajas. Son frágiles —dijo Kandusi.

«¿Qué habrá dentro de las cajas? Sí, algo frágil, pero ¿qué será?».

Cuando llegamos a la playa sacó una linterna y comenzó a hacer señales en dirección al mar. Le contestaron con una señal idéntica. Kabil nos esperaba allí sentado; estaba solo. Tenía a su lado un montón de sacos y cuerdas.

—¡Ah! Ya estáis aquí. ¿Está todo listo?

—De momento, todo va según lo previsto.

Se oía el ruido de un motor y nos llegaban las señales luminosas que lanzaban hacia la playa. Kandusi volvió a contestar con idénticas ráfagas de luz. El mar estaba algo agitado, el ruido se escuchaba cada vez más próximo. Kandusi nos pidió que estuviésemos alerta. El motor se detuvo. Pasado un cuarto de hora el barco lanzó señales de nuevo.

—El bote va a atracar. Vamos a acercarnos —ordenó Kandusi.

Ya en la orilla, dos de los porteadores se quitaron los zapatos y los pantalones. Aquellas inmensas olas se tragaban y escupían el bote. Los dos hombres entraron en el agua y, con Kebdani, lo empujaron hasta la arena. Las cajas no eran tan grandes y pesadas como había imaginado. Debían de contener algo valioso. ¿Relojes, tal vez?

Enseguida bajamos las nueve cajas. Kandusi le preguntó a Kebdani:

—¿Qué te parece si llevas el bote al puerto? ¿Lo ves peligroso?

—No hay problema.

—Si crees que corremos algún riesgo, podemos dejarlo aquí y mañana ya veremos qué hacer con él.

—No, no hay ningún riesgo.

—Mucho cuidado con las rocas.

—Conozco esta zona como la palma de mi mano.

Me despedí de Kebdani. Le dije que nos veríamos en una hora en la chabola.

El bote debía ser remolcado por el barco hasta el puerto de Tánger. Los dos porteadores lo empujaron hasta el mar. Kebdani mantenía los remos en alto. Vi cómo desaparecía en medio de la bruma nocturna, con el ruido de las olas de fondo. Metimos inmediatamente dos cajas en cada saco. Cuando terminamos de anudarlos, Kandusi me dijo:

—Si ves que no puedes con dos cajas, lleva sólo una.

—Soy capaz de llevar hasta tres si quieres —le contesté, mostrando seguridad.

Era todo un desafío, teniendo en cuenta mi fuerza y mi edad. Quizás él me veía demasiado flacucho.

Era preferible aquel trabajo a mendigar o robar; preferible a dejarse chupar el sexo por un viejo, a vender *harira* y pescado frito a los campesinos en el Zoco Grande y en Fendaq Chejra. Desde luego, era mucho mejor que cualquiera de los trabajos que había tenido

hasta entonces. Aquella aventura me permitió sentirme todo un hombre a mis diecisiete años. Aquella madrugada comenzó una nueva etapa en mi vida.

Volvimos por el mismo sendero, con los sacos a cuestas. Kandusi encabezaba el grupo y Kabil iba el último, con las manos vacías. Parecía borracho. No lo veía capaz de afrontar una aventura sin haber bebido. Cada uno de nosotros llevaba un saco con dos cajas y Kandusi cargaba la novena y última. Al cabo de unos minutos, empecé a notar el peso. Me dolían el hombro y la nuca. «¿Las habré colocado bien dentro del saco?». No me atreví a cambiar de hombro porque no quería que Kandusi creyese que me había cansado a mitad de camino. Si en la primera operación que participo me ven fatigado, no volverán a llamarme.

Kabil me parecía uno más. Empecé a dudar de si debía cumplir sus órdenes. ¿Por qué me despertaba ese sentimiento de antipatía? Hasta ese momento se había portado bien conmigo. Tengo que dejar a un lado mis sentimientos perversos, incluso aunque me ayuden a mitigar la rabia.

Debo aguantar. Será lo mejor, aunque sienta hormigueo en el hombro y dolor en la nuca. Jadeo levemente, tengo seca la garganta. El cansancio se debe al tabaco rubio y al kif que he fumado. Sallafa también tiene parte de culpa; ayer hicimos cuatro veces el amor. Quiero hacerlo de nuevo con ella. Me acostaré con Sallafa si esta aventura sale bien y llego a la chabola antes que Kabil y Kebdani. Mierda, no tengo llaves. Lo que gane con esta operación no es importante, y es que todo lo que necesito ya lo tengo dentro de la chabola. El dinero sólo me servirá para cuando salga de allí. Ojalá estuviera Sallafa con nosotros. Iría delante, sin llevar nada. ¿Estaré enamorado de ella? A la vez, un fuerte sentimiento de odio. Me imagino insultándola, abofeteándola para provocar su enfado. La prefiero enfadada antes que contenta. Me gusta cuando está triste, cuando enloquece. Me gusta cómo se comporta cuando se pelea con Kabil.

Al llegar a la carretera, los dos conductores nos esperaban fuera de los coches. Sin tiempo que perder, nos ayudaron a cargar la mercancía en el maletero del primero. Kandusi se subió solo. Kabil se vino con nosotros. Nuestro coche iba delante del de Kandusi, a unos cien metros de distancia, sin variar la velocidad. «Debe de haber un motivo», pensé. Durante el camino nadie dijo nada. El porteador que se sentaba a mi derecha respiraba con dificultad y tosía de vez en cuando. Pasamos cerca del cementerio de perros. En el cruce de Bubana nos detuvimos. Kabil se apeó, ordenó al conductor que nos dejara donde quisiéramos y se montó en el otro coche. El otro conductor vino a ocupar su lugar. Kabil me había dado la llave de la chabola, advirtiéndome de no abrir a nadie, sólo a Kebdani.

Nos encaminamos hacia la calle Dradeb. Kabil y Kandusi no se fiaban de nadie, y esperaron a que nos hubiésemos marchado para arrancar el coche en dirección al escondite en el que dejarían la mercancía. «Kabil no me pidió que le abriera cuando volviese. ¿Tendrá otra llave? Espero que no vuelva hasta mañana».

En la cuesta de Dradeb, el conductor nos preguntó dónde queríamos que nos dejara. Estaba más borracho que antes.

—En el Zoco Grande —dijeron dos de los porteadores.

—A mí en la Kasbah —dije yo.

—A mí también —dijo el porteador que tosía.

Nos miramos los dos sin hablar.

Llegamos al Zoco Grande y los dos porteadores se bajaron. Un par de policías se paseaban por allí. El coche cruzó el arco de Bab El Fahs. Las calles estaban desiertas. Otros dos policías vigilaban unos edificios. Tenía miedo de que nos pararan y nos pidieran la documentación. Por fin la plaza de la Kasbah, nos bajamos el porteador y yo. En el coche sólo quedaron los dos conductores.

—Yo tiro por aquí, hacia Amrah —le dije a mi compañero.

—Yo también —contestó.

No me atrevía a hablar con él sobre la operación. Al cabo de un rato me preguntó:

—¿Eres amigo de Kebdani?

—Sí.

—Es buen chico. ¿Es la primera vez que curras de esto? —añadió.

—Sí, la primera vez.

—¿También eres amigo de Kabil?

—Me lo presentó Kebdani. ¿Y tú? ¿Conoces a Kabil? —le pregunté.

—No, al que conozco es a Kandusi. Es muy valiente y serio. Es un hombre de palabra. Todo el que se dedica a esto quiere trabajar con él.

—Me voy por aquí —le dije.

—Entonces, ¿vives con Kabil?

—No, sólo soy su invitado. No tengo un sitio fijo donde dormir.

Cuando nos despedimos, me adentré en la oscuridad de la calle. Sólo se oían mis pasos. Dos gatos se peleaban. Seguramente serían gato y gata. La hembra acabó por huir y el macho, como de costumbre, fue tras ella. Espero que Sallafa no sea tan arisca. ¡Hacer el amor a estas horas! Es una experiencia nueva para mí.

Pegué la oreja a la puerta de la chabola. Abrí despacio. La luz del dormitorio estaba encendida. ¿Estaría despierta todavía? Cerré la puerta, dejando la llave en la cerradura, y entré en el dormitorio. En el *taifor*, una botella de vino y algo de kif. Dormía de lado, acurrucada. Encendí la luz del salón y pude ver mantas y dos almohadas en el colchón. «Una para mí y la otra para Kebdani», pensé. Me quité la ropa. Escuché como Sallafa se movía en la cama. Volví a entrar en su cuarto, había cambiado de postura, estaba de cara a la pared y seguía en posición fetal. Me senté al borde de la cama y puse la mano en su espalda. Dudé si despertarla y me tendí con cuidado a su lado. Se quejó:

—Tienes los pies congelados.

Al cabo de un rato mi mano derecha emprendió viaje por praderas y jardines, por el vergel de su cuerpo. En sus pechos,

naranjas y manzanas; peras y melocotones en su trasero. Apartó mi mano cuando llegué a la higuera de entre sus muslos:

—Ahí no, que tengo la regla. Duérmete.

—¿Tienes la regla?

—Sí. ¿No sabes que las mujeres tenemos la regla?

Recordé cuando Monique limpiaba su vagina ensangrentada en el bidé. Sallafa, al parecer, sangraba igual que Monique.

—Sí, ya lo sabía. ¿Cuánto dura?

—¡Uf! Tres días, como mínimo.

«¡Mierda! Perdí la oportunidad de hacer el amor en el *fayr*»[52]. Mi pene erguido buscaba perderse en su trasero. Cuando alcanzaba el melocotón, se puso boca arriba y me dijo:

—Un poco de respeto, por favor. Por ahí, nunca.

—Tan sólo una breve excursión.

—Pero ¿qué dices? ¿Has perdido la cabeza?

—¿Y por qué no?

—Esto no se hace con las mujeres. Es indecente, y un pecado. ¿Comprendes ahora?

—¿Un pecado?

—Sí, lo es.

Yo también me tumbé boca arriba. Levanté la manta y miré mi erección. ¿Cómo hacer que conciliara el sueño? Es terco, y nunca lo había visto tan obcecado. Cogí la mano de Sallafa y la puse encima de mi sexo. Esperaba que jugueteara con mi pene como hizo el primer día, pero nada. Cuando puse mi mano sobre la suya, la retiró enfadada:

—Déjame. ¿Es que no puedes dormir sin toda esta parafernalia?

Mi mano sustituyó a la suya. Empecé a acariciarme suavemente.

—¿Qué haces? —me dijo.

—Déjame. Tengo que acariciarlo para que se calme. Si estuvieras en mi lugar, tendrías que hacer lo mismo.

—Me vas a poner perdida. Vete a la otra habitación y haz allí lo que te dé la gana. ¡Vaya con el placer de los hombres!

Me fui de la cama mientras imaginaba a Assía desnuda y entre mis brazos, frente a la alberca. Caminé cubriendo mi pene con las manos; no quería que se enfriara. Me tapé con dos mantas y enseguida recobró el calor perdido.

A la mañana siguiente, hacia las nueve, desayunamos en el salón, en silencio. Estaba pálida, triste, ensimismada. Me sentía agotado, y me arrepentía de aquella violación imaginaria. ¿No fue una locura imaginar desvirgar el cuerpo de Assía sin ni siquiera saber si estaba viva o muerta? Hubiera preferido dormir cerca del calor de Sallafa. Al menos la hubiera sentido a mi lado, la hubiera podido acariciar. Assía no era nada. Tan sólo estaba en mi imaginación. Me había masturbado pensando en la nada.

No apareció nadie por la chabola. ¿Era la regla lo que entristecía a Sallafa? Las mujeres… la sangre. Quizás la razón de su tristeza fuese que Buchra no había vuelto. Kebdani tenía razón: la triste locura se había apoderado de Sallafa. ¿Qué pasaría si se prolongase la ausencia de Buchra? No creo que la ausencia de Kabil influyese en su estado de ánimo, aunque no estoy del todo seguro. Todo un enigma. La miré, seguía totalmente abstraída. Me gusta verla así de triste. Puede que sienta nostalgia y se arrepienta de algo perdido para siempre. O que piense en cómo recuperarlo. «Será mejor que salga y la deje sola para que no acabe odiándome». La melancolía y la violencia reinan en el mundo. Me levanté.

—Voy a salir un rato. Quiero darme una vuelta por la ciudad para ver cómo ha quedado después de la masacre de ayer.

Me miró un instante y bajó la cabeza. Continuaba ausente, con la vista fija en un punto invisible. Cuando hice ademán de marcharme, levantó ligeramente la cabeza:

—¿Te ha pagado Kabil el trabajo de ayer? —me dijo.

—Todavía no.

—Espera un momento.

Se levantó y entró en el dormitorio. Nunca la había visto tan abatida. Me extrañó que nombrara a Kabil sin insultarlo. «¿Con qué

me va a sorprender ahora?». Mi nerviosismo iba en aumento. Salió con tres relojes en una mano y con dos billetes de cien pesetas en la otra. Me fije en el pañuelo azul que le cubría la cabeza. Parecía una de esas mujeres faraónicas que aparecen en las revistas. La miré con asombro y algo intimidado.

—Toma esto. Vende los relojes y quédate con el dinero. No se lo digas a nadie. Trata de venderlos a escondidas, sin que Kabil se entere. El trabajo con los contrabandistas no dura para siempre. Búscate otro.

Lo que pensaba decirle se perdió antes de llegar a mi boca. Me repartí el dinero y los relojes por los bolsillos del pantalón y del abrigo. Miré la llave, puesta en la cerradura; le pregunté si cerraría por dentro. Asintió. Abrí la puerta y me fui. Al volver la mirada la vi secándose las lágrimas en el umbral. Me detuve. Tenía la sensación de que aquella despedida era definitiva. No la volvería a ver nunca más, como no he vuelto a ver a la chica de Ain Ktiwet, a Assía o a Fátima. Di media vuelta y seguí caminando, sin mirar atrás. Las lágrimas empañaban mis ojos. Podía sentir cómo ella aún estaba en el umbral de la puerta, mirándome por última vez. Esa terrible fuerza que me impedía volver la cabeza debía ser la misma que le impedía a Sallafa traspasar el umbral de la puerta, la misma que la obligaba a contentarse con ser testigo de mi partida. Era también mi adiós a la chabola, y a todos los que allí conocí.[53]

11

Desde que salí de la chabola, no hice más que emborracharme. Estaba sentado con Leila en su habitación. La llamaban Leila la Meona. Fue Hamid Zailachi,[54] un amigo, quien me explicó el porqué del mote: ella se meaba en la cama mientras dormía. Hamid lo había visto con sus propios ojos. Lalla Zhor, la patrona, nos servía, mientras las chicas no paraban de parlotear en el piso de abajo. En dos noches, hice el amor con tres de ellas. Rachida fue la mejor de todas. Dicen que Leila se retuerce en la cama como una serpiente. «Me acostaré con ella esta noche para comprobarlo». Leila echó lo que quedaba del vino en dos vasos y me dijo:

—Pedimos otra botella, ¿no?

—Vamos a pedir otra botella, y luego otra, y otra más, y así hasta que nos emborrachemos, hasta que se muera el perro —le contesté, fanfarroneando.

Se levantó para llamar a Lalla Zhor desde el umbral, entreabriendo la cortina con una mano. Después volvió a correrla y me miro:

—¿Qué te pasa? Te noto triste. ¿Te ha ocurrido algo? ¿No te apetece estar conmigo?

«No se me ocurre nada mejor que disfrutar de ti y del vino, o de otra y del vino».

—Le doy vueltas a varias cosas —contesté.

—¿Como cuáles?

Se sentó y me sonrió. «Odio que me obliguen a hablar cuando no me apetece». Encendió un cigarrillo, me lo puso en la boca y se encendió otro para ella. «Este gesto es mejor que cualquier palabra». Me acordé de Sallafa y comparé su cuerpo con el de Leila. Era más voluptuoso y bello que el de aquélla. Además, tenía el pelo largo, negro y lacio, perfecto para cubrirse con él.

—¿Por qué me miras así? ¿Acaso no te gusto?

Detesto a la mujer que se considera a sí misma como mercancía.

—Te he dicho que tengo asuntos en los que pensar.

—Sea lo que sea, no le des más vueltas. Pareces triste. ¿Es por alguna mujer de la que te has enamorado?

—Aún no sé lo que es el amor.

—Ya estoy aquí. Quiera Allah que sea para bien —dijo Lalla Zhor antes de entrar.

—Pase Lalla Zhor —le pidió Leila.

Un fuerte olor a perfume árabe invadió la estancia.

—Aquí estoy. Buenas noches.

—Tráenos otra botella —dijo Leila.

—Pasaré la noche con Leila, ¿cuánto es? —le pregunté.

—Sesenta, por ser tú. A los demás, de cien para arriba.

Le di las sesenta pesetas y otras veinticinco por la botella de vino. Una chica llamó a Lalla Zhor desde el piso inferior.

—Ya voy. ¡No veas cómo grita Rachida! Os mandaré la botella con ella o con Aliwa Laarusiya.[55]

De pronto, oímos unos pasos, seguidos de dos golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Lalla Zhor.

—Soy yo. ¿Se puede? —contestó alguien.

Aquella voz me resultaba familiar. Lalla Zhor levantó la cortina y apareció Kandusi.

—Hoy estamos de enhorabuena —dijo Lalla Zhor—. ¡Con que eres tú! Dichosos los ojos. Hace mucho tiempo que no vienes a visitarnos.

Kandusi se volvió hacia mí:

—Así que es aquí donde estás escondido ¿no? Y yo buscándote como un loco por todas partes. Vamos, levántate.

—¡Anda, Kandusi, quédate un rato y tómate algo! —dijo Lalla Zhor con su habitual amabilidad.

Kandusi se disculpó y le prometió volver al día siguiente, como mucho al otro. Al levantarme, Lalla Zhor me preguntó:

—¿Y tú? ¿Vas a volver esta noche?

—Claro que sí. ¿No ves que ya te he pagado una noche con Leila? —le contesté.

—Llama a la puerta si está cerrada.

—¿Cuándo vas a volver? —me preguntó Leila.

Miré a Kandusi, que respondió sin miramientos:

—Volverá cuando quiera. Si tarda, duérmete. Pero sola, no con otro cliente.

Leila sonrió.

—Puedes estar tranquilo por tu amigo —intervino Lalla Zhor—, que no tenemos siete caras. Sólo una para todo el mundo.

Bajamos y dejamos juntas a las dos mujeres. En la escalera, le pregunté a Kandusi:

—¿Dónde está Kebdani?

—Éste no es lugar para hablar. Ya te contaré lo que pasó cuando estemos fuera.

En las callejuelas del barrio de Ben Cherqui nos topamos con un montón de borrachos. Kandusi conocía a alguno de ello, que le saludaba respetuosamente. Estuvimos caminando sin hablar. Al llegar a la plaza del Zoco Chico, me preguntó:

—¿En qué café quieres que nos sentemos? ¿En el Fuentes, en el Central o en La Española?

Le dejé elegir. Entramos en el Central. Antes de sentarnos, pedí una copa de coñac y él una de ginebra. Nos acomodamos en un rincón solitario.

—Pero ¿dónde estabas? Te busqué por todas partes —preguntó.

—Aquí, en Tánger. ¿Dónde si no?

—¿Y dónde duermes?

—Encontré una pensión en la Kasbah, en la calle Benabú.

—¿No es la casa que está pegada a la escuela?

—Sí.

—Pues vives en una guarida de ladrones, aventureros y putas.

—En las demás pensiones me pedían la identificación. Y ya sabes que no tengo papeles.

El camarero español nos sirvió las bebidas en dos pequeñas copas y se retiró.

—Kebdani ha muerto —dijo Kandusi.

—¿Fta muerto? —pregunté, con un hilo de voz y la cara desencajada.

—Sí, ha muerto. ¡Que Allah se apiade de él!

Tomé mi coñac de un trago y llamé al camarero. Encendí un cigarrillo. Kandusi también se acabó su ginebra.

—¿Lo mismo? —nos preguntó el camarero.

—No, nos vas a traer una botella de coñac —le respondí.

—Para mí está bien; la beberemos juntos —dijo Kandusi.

—¿Cómo murió?

—La embarcación que debía remolcar su bote huyó de los aduaneros. Kebdani se vio obligado a regresar a la playa. Chocó contra las rocas. Lo encontraron muerto. El bote llegó a la orilla escupido por el mar, hecho pedazos.

El camarero nos trajo una botella de Terry, nos llenó las copas y se fue.

—¿Y Kabil?

—Detenido —me contestó.

—¿Por qué?

—Quieren hacerle responsable de la muerte de Kebdani. Saben que trabajaba con él.

—¿Ha confesado algo?

—Hasta ahora, no.

Me bebí la copa de un trago y la volví a llenar.

—Te vas a emborrachar si sigues bebiendo así. Dime, ¿por qué le dejaste la llave a Sallafa?

—Me la pidió. No pude negarme. Era ella quien mandaba en la chabola.

—Lo sé. ¿Sabes que se fugó? Cogió todo lo que pudo y abandonó la chabola.

—¿Adonde ha ido?

—No lo sé. Lo más probable es que ya no esté en Tánger. Así termina siempre la convivencia con las putas.

—¿Y Buchra?

—Seguro que han huido juntas. Desde que eran niñas nunca se han separado.

«Se habrán ido a Casablanca». Pensativo, contemplé la plaza del Zoco Chico, con sus cafés repletos de trasnochadores y borrachos.

—La situación parece haber vuelto a la normalidad después de los altercados —le dije.

—Pero la situación política no es buena. Lo del 30 de marzo es sólo el comienzo. Habrá más violencia. Ha llegado el momento de que los marroquíes pidan su independencia.

—Kebdani me dijo que sólo hubo seis entierros pero que la gente sabía perfectamente que mataron a decenas de marroquíes.

—Es cierto. Poco a poco van apareciendo en la playa algunos cadáveres que tiraron al mar.

—Así que los tiraron al mar.

—La mayoría de la gente cree que las autoridades españolas metieron a marroquíes vivos y heridos dentro de sacos, los cosieron y los lanzaron al agua. Algunos cadáveres aparecieron sin señales de bala, ni heridas. En Larache encontraron el cadáver de un joven con las manos atadas.

—Vaya si es extraño.

—Y todavía se espera que el mar arroje a la playa aún más cadáveres.

Se bebió la copa y añadió:

—Este asunto da para hablar largo y tendido. Tengo para ti quinientas pesetas por el trabajo de aquella noche. Te las iba a dar hoy, pero viendo tu estado será mejor que espere a mañana.

—Como quieras.

—Te las dejaré en el café de Sidi Mustafá, el dueño del café Raqqasa.[56] Es buena persona, y de fiar. ¿Lo conoces?

—Sí, he ido a su café muchas veces.

Debió compadecerse de mí, por eso no quiso darme las quinientas pesetas. Sabía que era capaz de gastármelas esa misma noche.

—Tengo otra cosa que decirte.

—Dime.

—Debes mantener en secreto nuestro negocio. Los otros porteadores que trabajaron aquella noche son valientes. No me preocupan. Pero no sabemos lo que puede pasar. Si te detienen y te interrogan, niega rotundamente haber trabajado para nosotros. Puede que te torturen, pero tú mantente firme y no tengas miedo.

—Estate tranquilo.

—Afortunadamente, eres un desconocido entre los porteadores que trabajan en esto.

—¿No crees que Kabil confesará si le torturan?

—No creo, aunque nunca se sabe. Seguramente le pegarán para que confiese.

—¿Y la mercancía?

—Se la entregamos a su propietario, el Indio, aquella misma mañana —y tras un instante añadió—: Es mejor que te vayas a dormir a tu pensión, pero cambia de lugar cuanto antes. Ya intentaré encontrarte una habitación por menos de cincuenta pesetas al mes.

—Y, ¿en la chabola quién duerme ahora?

—Nadie. Sallafa dejó la llave en el *baqqal*[57] del barrio donde Kabil solía comprar. Con Kabil detenido, la chabola ya no nos sirve para nada.

—¿Insinúas que está vigilada por la policía?

—Quién sabe.

Nos levantamos. La botella estaba por la mitad.

—¿Puedo llevármela? —le pregunté.

—Llévatela, pero no vuelvas con Leila la Meo-na esta noche.

—No pienso hacerlo. Me voy a dormir.

—Eres joven todavía y tienes mucha vida por delante.

Salí del café y esperé fuera a que él pagara. Nos estrechamos la mano y nos despedimos:

—¿Eres capaz de volver solo a la pensión?

—Claro, ya no soy un crío.

Sonrió y se fue.

Cogí la calle Comercio. Las callejuelas estaban llenas de borrachos, putas y maricas. Casi era medianoche. En la escalera de Jnan Qebtan, un joven borracho salió a mi encuentro. La calle estaba desierta.

—¡Oye, guapo! ¿Adonde vas?

—A ti qué te importa.

Después tendió la mano hacia la botella.

—¿Por qué no nos tomamos juntos esa botella que llevas?

—Quita tus manos de encima y vete.

Quise seguir mi camino, pero me cortó el paso.

—Vivo cerca de aquí, justo en Derb Zainana. Ven conmigo. Pasaremos la noche juntos —añadió, al tiempo que hacía un gesto estúpido, como de querer acariciarme la cara—. ¿Por qué eres tan seco conmigo?

Yo empezaba a perder la paciencia.

—¿Qué quieres de mí exactamente?

—Pasar la noche juntos.

Cogí la botella por el cuello y, amenazándolo, le dije:

—¿Por qué no te follas a tu madre o a tu hermana?

Se puso a gritar como una fiera:

—¡Insultas a mi madre! Pues tú y yo vamos a tenerla.

Retrocedí según se acercaba. Me dio una patada en los cojones. Me encogí de dolor. Vi las estrellas. Traté de protegerme con las manos, pero recibí otra patada en el mismo sitio. Me caí rodando por la escalera. La botella se hizo añicos, sólo me quedé con el cuello en la mano. Sorteé otra patada, esta vez iba a mi cara, pero acabó dándome en el brazo con el que me protegía. Una lluvia de golpes. Desde una ventana gritó una chica:

—¡Basta ya! No le pegues más, que es menor que tú.

Esquivé otra patada. Él perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Reuní las pocas fuerzas que me quedaban y le golpeé en la cara. La chica exclamó:

—¡Vale ya! ¡Que os vais a matar!

Protegía su cara de mis patadas. Cuando me cansé, le desgarré con el cuello de la botella las manos con las que se protegía. Gritó como un animal:

—¡Ay! ¡Mi cara! ¡Ay! ¡Mi cara! ¡Allah maldiga tu religión!

Huí. Lo dejé allí tendido, gritando, insultándome. La chica dijo:

—Es eso lo que queríais, ¿verdad?

Me caí varias veces mientras bajaba la escalera. La sangre me brotaba de la cara, de las rodillas, y de la mano con la que sujetaba el cuello de la botella. Hice un último esfuerzo para llegar a la puerta de la pensión. Las ventanas estaban abiertas y la habitación iluminada. Llamé con un hilo de voz:

—¡Zailachi! ¡Baja enseguida!

Se asomó junto a Naima y Fawzía.

—¡Mohamed! ¿Qué te pasa? —dijo.

—Baja, deprisa.

Me abrió la puerta al momento. Zailachi estaba descalzo, llevaba un cuchillo en la mano. Yo trataba de limpiarme la sangre de la cara con la manga de la chaqueta.

—Me he peleado con un borracho. Creo que me persigue.

Buchta se asomó también a la ventana:

—Ya bajo.

—¿Va solo el que te persigue? —me preguntó Zailachi.

—Sí —contesté, y escupí sangre.

—Espero que te haya seguido.

Me tambaleaba mientras corría detrás de Zailachi. Cuando llegamos a la esquina se detuvo y se asomó con sigilo. En la bocacalle volvimos a correr hasta la esquina que conduce a la plaza de la Kasbah.

—¿Dónde le viste por última vez?

—En las escaleras de Jnan Qebtan.

Buchta nos alcanzó. Él también iba descalzo y armado con un palo. No lo encontrábamos. La chica de la ventana seguía allí asomada:

—Ya se fue —nos dijo—. Un poco de sensatez, que habéis despertado a todo el barrio.

Mujeres y hombres se asomaban desde las ventanas y las azoteas. Una mancha de sangre indicaba el lugar donde había caído. Seguimos su rastro varios metros y nos detuvimos en la última gota. Había desaparecido.

—Ojalá supiéramos por dónde se ha ido —dijo Zailachi.

—Ya está bien. Volvamos a casa —le dije.

—Ese hijo de puta se ha salvado por esta vez.

De camino a la pensión, les conté la trifulca, desde que me impidió el paso hasta el momento en que le hinqué el cuello de la botella y huí. Buchta iba en silencio a nuestro lado. Yo sabía que no se acercaría ni a una gallina empollando. A pesar de todo, que nos hubiera acompañado era de agradecer.

—¿Conoces a la chica de la ventana? —me preguntó Hamid.

—No. ¿Quién es?

—Se llama Fátima la Charifa. Cuidaba en casa a su marido, un policía tuberculoso. A menudo, el marido recibía la visita de otro policía compañero suyo. A Fátima le gustaba fumar y beber mucho con él. A veces, el marido, para acompañarlos, fumaba y bebía con ellos hasta vomitar sangre. Creo que sospechaba que su mujer lo

engañaba. Una noche los sorprendió en pleno flirteo. Quiso matarlo con un cuchillo, pero el amigo sacó su pistola y le disparó.

—¿Lo mató?

—Murió en el hospital.

—¿Y a ella qué le hicieron?

—La interrogaron y luego la dejaron libre.

—Es por las mujeres que las historias de amor siempre esconden algo sucio —dijo Buchta.

—Tiene dos hijas de su marido —añadió Hamid—. Los misioneros cristianos la formaron y luego le dieron trabajo como enfermera en su hospital. Habla tres lenguas, pero sólo piensa en el sexo, como la mayoría de las mujeres.

Naima Mesrara,[58] y Fawzía Achaqa[59] esperaban en la ventana nuestro regreso. Hamid les gritó que abrieran, pero nadie había cerrado la puerta. Cuando entramos oímos voces y risas, e insultos obscenos. Algunos huéspedes aún estaban despiertos. El portero salió de su habitación. Llevaba un cigarrillo en la boca y había estado bebiendo.

—¿Va todo bien? —nos preguntó.

—Maldita sea la religión de la vida y maldita sea quien la quiere —contestó Hamid.

Zailachi, Buchta y Hamid solían aprovechar mi ausencia para utilizar mi habitación. Era la única con una ventana que daba a Derb Benabú.

Buchta se dirigió a su amiguita:

—Fawzía, ve a la cocina y calienta un poco de agua.

Hamid se dio cuenta de que mi pantalón estaba roto a la altura de la rodilla:

—Ven conmigo a la otra habitación.

Fuimos a su habitación, abrió su maleta, sacó un pantalón de lana y me lo dio.

—Ahora traerá Fawzía agua caliente para limpiarte las heridas.

Pedí coñac. Vinieron Fawzía con el agua caliente y Naima con el coñac. Fawzía me pidió que me desnudara. Vacilé.

—¿Te da vergüenza?

Me quité la chaqueta y el pantalón delante de ellas y me quedé en camiseta y calzoncillos. Tenía sangre en el codo izquierdo. Me sentía a gusto dejándome lavar por ellas. Hamid andaba ocupado abriendo la botella de coñac. Alguien aporreó la puerta. Quise levantarme para abrir, pero Hamid me lo impidió:

—Quédate donde estás. Si llama de esta forma, debe tratarse de algún cabrón.

Dejó la botella y se levantó. Más golpes en la puerta.

—¿Quién llama? —preguntó Hamid.

—¡Abre! —contestó una voz agresiva.

Fawzía y Naima palidecieron.

—Es la policía. Nadie puede llamar así, salvo la policía —dijo Naima.

—Esconde la botella, rápido —me ordenó Buchta.

Yo estaba sentado sobre la *mtarba*, Buchta y las chicas en la cama. Me levanté nervioso, con la botella en la mano, y miré por la ventana. Había dos policías de uniforme frente a la puerta. Hamid abrió y entraron.

—¿Por qué has tardado tanto en abrir, eh? —dijo el primero.

Abofeteó a Hamid sin darle tiempo a responder. Mientras, el otro agente irrumpió en nuestra habitación. Vio la botella que aún llevaba en la mano y me la quitó. La examinó:

—Conque tomando coñac Terry, ¿no? Tus papeles —dijo el policía.

—No tengo.

—¿Y tú? —le preguntó a Buchta.

Buchta sacó su carnet de identidad y se lo dio. Lo miró, se lo guardó en el bolsillo y, volviéndose hacia las dos chicas, las increpó:

—Prostituiros a vuestra edad. ¡Debería daros vergüenza! Poneos ahora mismo las chilabas.

Hamid y yo estábamos atados a las mismas esposas. En la entrada, un policía de paisano vigilaba a tres chicos y a nuestras dos chicas. Dos de los chicos estaban esposados, el tercero compartía las esposas con Buchta. Los seis íbamos delante y las chicas detrás. Ellas no iban esposadas. Pasamos por la calle que lleva a la Kasbah. Dos de los chicos murmuraban algo.

—¡Basta ya de tanta cháchara! —les dijo el policía.

En la plaza de la Kasbah nos esperaban los furgones de la policía. Nosotros subimos en uno y las chicas en otro. «No les ha ido mal la noche de caza. Han capturado bastantes piezas». Íbamos muy apretados allí dentro. En el zoco del trigo, los dos furgones se separaron: el nuestro se dirigió hacia la comisaría de la Brigada Criminal, y el otro desapareció por el Zoco Grande. Seguramente llevarían a las mujeres a la comisaría del Zoco Chico.

Nos hicieron entrar en un despacho y nos registraron uno por uno. Nos quitaron los cinturones, los cordones de los zapatos, el dinero. Tan sólo nos dejaron el tabaco y las cerillas. A uno de los tres muchachos le encontraron una navaja.

—¿Qué haces con esto? Dime. Ya hablaremos más tarde —le dijo el policía.

Después de ficharnos, uno de los agentes nos condujo a Zailachi y a mí por un pasillo hasta la puerta de una celda. Llevaba una llave en la mano. Abrió la puerta y nos empujó con violencia adentro. La celda estaba iluminada. Otros tres presos la ocupaban. Dos de ellos se despertaron. El policía nos quitó las esposas y se marchó, dando un brutal portazo al salir. «Aquí cualquier gesto significa un castigo», pensé. La muñeca izquierda me dolía un poco; la masajeé. Esta puerta, blindada, era más fuerte que las otras dos tras las que había estado encerrado. Las puertas cada vez son más macizas, más seguras. «Ahora sí que estoy preso en una auténtica cárcel».

Hamid se había sentado en el suelo y abrazaba sus rodillas entre los brazos.

—Siéntate —me dijo—. Todo esto nos pasa por gustarnos el vino y las mujeres en un país musulmán gobernado por cristianos. No somos ni musulmanes ni cristianos.

Me senté a su lado, frente a los dos jóvenes que se habían despertado. El suelo estaba helado. En las paredes y en el techo había manchas de humedad. En una esquina, una letrina y un grifo. Aquella celda carecía de cualquier cosa que fuese de primera necesidad; era una forma más de castigar a los presos. Empezó a marearme un olor insoportable a cloaca.

Hamid nos ofreció a los tres cigarrillos de tabaco rubio. El otro chico seguía durmiendo, acurrucado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Hamid.

—Está borracho.

—Con este frío es una suerte. ¿Cuánto hace que estáis aquí?

—Nos detuvieron esta tarde. Jugábamos a las cartas en el café Debú.

Sólo hablaba uno de los chicos. El otro fumaba, cabizbajo y sin decir palabra. Unicamente levantaba la cabeza para dar profundas caladas a su cigarrillo.

A la mañana siguiente, todos tiritábamos de frío. Cada vez que uno de nosotros usaba la letrina, los demás metíamos la cabeza entre las piernas. Olía mal, cada vez peor. Bebí mucha agua; la resaca siempre me da sed. Hamid se levantó y empezó a hacer ejercicios; estaba de buen humor.

—Haz como yo si quieres entrar en calor —me dijo.

—Ahora no —contesté con voz cansada.

Los otros lo miraban con curiosidad.

—¡Levántate! Eres un perezoso. No hay nada mejor que hacer ejercicio para combatir el frío y el cansancio.

—Me duelen las heridas de la rodilla y el codo. Me sangrarían si hiciera esos ejercicios.

Jadeaba, sus movimientos se hicieron más lentos y pesados. Escupió en la letrina. Abrió el grifo; se lavó la cara y las manos, y se

mojó el pelo. Se puso en cuclillas y meó. Se lavó el pene y la mano con la que se lo había sujetado. Bebió un poco de agua y volvió a sentarse en su sitio, apoyando las manos sobre las rodillas. De sus dedos y su barbilla aún resbalaban gotas de agua. Agachó la cabeza. Su respiración fue volviendo a la calma. Me miró y soltó una carcajada. Yo tampoco pude contener la risa.

—¡Hijos de puta! Nos cazaron como los gatos a los ratones —dijo.

—¿Adonde crees que se han llevado a las chicas?

—A la comisaría del Zoco Chico.

—¿Crees que nos van a juzgar por estar con putas?

—No lo creo. No hemos armado ningún follón. Nos pillaron emborrachándonos con dos putas, eso es todo.

—¿Cuántos días crees que vamos a quedarnos aquí?

—Hasta el lunes o el martes, como mucho. Hoy es sábado.

Al cabo de un rato, añadió:

—Buchta tiene suerte; no es más que un sastre. Y tú también la tienes.

—¿Yo tengo suerte? —le dije extrañado.

—Sí, no tienes antecedentes y no has estado antes en la cárcel. En cambio, yo sí. Incluso pueden culparme de algún robo que no he cometido.

—¿Y por qué no trajeron a Buchta con nosotros?

—Ha sido cuestión de azar. No creo que le hayan encerrado intencionadamente en otra celda. A él también lo soltarán el lunes o el martes.

—¿Así de fácil?

—Ya verás. Sé muy bien cómo actúan en estos casos.

—¿Y Naima y Fawzía?

—Ellas también saldrán. Lo peor que pueden hacer es obligarlas a que sólo trabajen en el burdel, para asegurarse de que pasan el reconocimiento médico una vez por semana. Creo que Buchta se va a casar con Fawzía.

—¿La quiere?

—No sé, pero me comentó que quería vivir con ella.

—¿Y tú?

—¿A qué te refieres?

—A tu relación con Naima.

—¡Estás loco! Es como las otras putas que he conocido. Yo no he nacido para casarme con una puta.

«Este Zailachi lo sabe prácticamente todo, incluso cómo cubrirse las espaldas».

Se oyeron pasos detrás de la puerta. Todos giramos la cabeza en aquella dirección. Teníamos miedo. Se abrió la mirilla y luego, de golpe, la puerta; una manera de intimidarnos, otra forma más de castigar. Dos viejos entraron: uno llevaba una tetera gigante y una cesta con tazas de aluminio, y el otro una gran talega llena de pan. Nos saludaron. Un policía aguardaba detrás de ellos. Nos dieron pan y un vaso de té verde.

—Tenéis un cuarto de hora para vaciar los vasos —nos dijo el policía.

Los dos hombres se retiraron y el policía cerró la puerta. Dejaron abierta la mirilla. El té y el pan estaban calientes. Comimos en silencio. Hamid me aconsejó reservar la mitad del pan para la tarde. Al parecer, era todo el alimento que nos darían hasta el día siguiente a la misma hora. Asentí con la cabeza. Cuando terminamos de comer, Hamid les dio un cigarrillo a los otros dos para que lo compartieran. Él y yo fumamos también del mismo cigarrillo. Los dos arrestados del café Debú se zamparon todo el pan. El otro se guardó más de la mitad, como habíamos hecho Hamid y yo. Fui al grifo y bebí toda el agua que pude. Por la mañana suelo tener más sed que hambre, sobre todo cuando me emborracho. Fumamos en silencio y bebimos a sorbos lo que nos quedaba del té. Sentía cómo el calor circulaba por mi cuerpo. Quizás el que la mirilla estuviera abierta nos hacía guardar silencio. «¿Cómo sería si estuviéramos condenados a pasar el resto de nuestra vida en esta celda, en estas condiciones?

Sin duda pasaríamos el tiempo contándonos nuestras vidas, lo que nos había ocurrido y lo que allí nos estaba ocurriendo, y así hasta cansarnos y olvidarnos de todo. Seríamos capaces de dudar de que un día nacimos libres y lo fuimos durante un tiempo. Incluso llegaríamos a pensar que habíamos nacido en la celda y que moriríamos en ella. ¡Menudo silencio eterno! Iríamos desapareciendo uno tras otro, y el más desgraciado de nosotros sería aquel que fuese el último en hacerlo. ¡Vaya vida!».

El viejo que nos había traído el té abrió la puerta. Detrás de él, el policía. Terminamos lo que nos quedaba del té de un sorbo y colocamos los vasos en la cesta. Al marcharse, nos dijo:

—¡Que Allah nos libre de este trabajo y a vosotros de estar aquí!

—¡Que así sea! —respondieron algunos.

El policía cerró la mirilla y la puerta con brutalidad. «Estos gestos de violencia ya no tienen efecto sobre nosotros. No nos asustan. Con el tiempo nos habituaremos a todo, incluso a estas condiciones en las que vivimos».

Hamid sacó un pequeño lápiz y se puso a escribir en la pared.

—¿Qué escribes? —le pregunté.

—Dos versos del poeta tunecino Abu Al Kasim Achabi.

—Y, ¿qué dice este poeta?

—Aquí está lo que dice:

Si algún dia elpueblo decide vivir,
el destino debe someterse a ese deseo,
la noche disiparse
y las cadenas romperse.

—¡Formidable! —le dije.

—¿Entiendes lo que dice?

—No, pero es magnífico. Siento su belleza. ¿Qué quiere decir?

—«Ama la vida». Eso es lo que quiere decir.

—¿Y qué es eso de «amar la vida»?

—Pues «querer vivir», y eso significa que si un pueblo o un hombre están esclavizados y desean conseguir la libertad, Allah les ayudará. Amanecerá, y las cadenas se romperán gracias a la voluntad del hombre.

—Ahora sí que lo entiendo.

Noté que los muchachos seguían con atención la explicación de Hamid.

—Tienes suerte —le dije.

—¿Suerte yo? —respondió, asombrado.

—Sí. Tienes suerte.

—¿Por qué?

—Porque sabes leer y escribir.

—Tú también puedes aprender, si quieres. Escribió algo más en la pared y apoyó la punta chata del lápiz sobre la primera letra:

—¿Qué es?

—No lo sé.

—Es *alif*[60] ¿Y ésta? —preguntó, señalando la segunda letra.

—Tampoco lo sé.

—Es la letra *ba*.

—¿Y ésta?

—*Ta* —respondí.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó, desconcertado.

—Porque he oído siempre a la gente decirlas de corrido: *alif, ba, ta*…

—Tienes razón.

Repetí con él las tres letras, y luego añadió:

—Con estas tres letras, podemos formar palabras como: *Abun*, *babun*, *bata*[61], etc. Algún día te enseñaré a leer y a escribir. Tienes facilidad para aprender.

Le pedí que me repitiera varias veces los versos del poeta tunecino, hasta que conseguí aprendérmelos.

Por la tarde, el tercer chico se puso a caminar por la celda. Estaba muy nervioso. Todos guardábamos silencio. Cogió el trozo de pan que había reservado, lo hizo pedazos y lo tiró a la letrina. Miré a Hamid, y éste me susurró:

—No es asunto nuestro. Que haga lo que quiera con su vida y con su pan.

Los otros dos lo miraban, molestos. «Habrá pelea si a este chico le da por hacer otra locura».

—¿Por qué has tirado el pan a la letrina? —le preguntó uno de ellos.

—Soy libre de hacer con mi pan lo que quiera —le contestó con dureza.

—Pero has tirado un bien de Allah.

—Soy libre. Esto sólo nos concierne a Allah y a mí.

—Eres una mierda.

—La mierda la serás tú.

Dio dos pasos y comenzó a dar puñetazos y cabezazos contra la pared hasta que cayó desmayado, con la frente y las manos bañadas en sangre. Hamid se levantó y golpeó la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó el policía.

—Aquí hay uno que se ha golpeado la cabeza contra la pared. Está sangrando.

Hamid volvió a sentarse:

—Es lo único que podemos hacer.

El que le había increpado por tirar el pan dijo:

—Es el castigo de Allah.

Se abrió la puerta y entraron dos policías de paisano y el guardia. Uno de los policías preguntó:

—¿Qué ha ocurrido aquí?

Hamid le contestó:

—Desmigó un trozo de pan y lo tiró a la letrina. Luego empezó a darse golpes contra la pared.

—¿Y qué pasó antes? —preguntó el policía.

—Nada —le contestó Hamid.

—¿No se peleó con nadie?

Hamid nos miró y se volvió hacia los policías:

—No, y si no me creen, pregúntenle cuando recobre el conocimiento.

Uno de los policías se acercó a la pared y examinó las manchas de sangre.

—Ya veremos más tarde si no se ha pegado con nadie antes de tomarla con la pared.

El chico estaba tirado en el suelo, como dormido. La sangre seguía brotando de sus heridas. Los policías se marcharon y cerraron la puerta. La mirilla se quedó de nuevo abierta. Un cuarto de hora más tarde regresaron, acompañados por dos enfermeros. Se lo llevaron en una camilla, todavía inconsciente. Dejó un rastro de salpicones de sangre.

—Debe de estar enfermo —dije.

—Que haga lo que le dé la gana —dijo Hamid—. Seguro que es adicto al alcohol o al kif.

—Es víctima de la maldición de Allah, o la de los padres —comentó uno de los chicos.

—Allah castiga a cada cual según sus actos —añadió el otro.

Se nos acabaron los cigarrillos. A las colillas no les quedaba apenas tabaco. Aun así, recogí una y me la fumé.

La mañana del lunes nos despertamos cansados. Los dos chicos estaban acurrucados por el frío. Hamid no hizo sus ejercicios. Estaba pálido, pero menos cansado que nosotros. Quizás estaba acostumbrado a la cárcel. Me entraron ganas de vomitar. «Si a algún compañero le da por usar la letrina, no me podré contener». Me acordé de aquella tarde en el puerto.

Se abrió la puerta y el guardia me llamó. Cuando me levanté, me mareé y sentí que mis rodillas no soportarían mi peso. Aunque no estaba seguro de que me fueran a liberar, me despedí. Seguí al guardia hasta el piso de arriba, arrastrando los zapatos sin cordones.

El simple hecho de salir de la celda me hizo sentir más cerca de la libertad. Me condujo hasta una habitación; en el centro había una máquina fotográfica con trípode. Me dejó solo con el fotógrafo. Éste me ordenó que me sentase en la silla que estaba frente a la cámara. Hacía calor en aquella habitación, no como en la celda que acababa de dejar, que parecía un congelador. Se acercó y me colocó en la postura adecuada. Me pidió que mirara al objetivo sin moverme. Luego me tomó otras dos fotografías de perfil. No había duda de que eran para la ficha. Me preguntó mi nombre, y me indicó cómo tenía que ir poniendo los dedos sobre una cartulina blanca para registrar mis huellas digitales. Un policía de paisano entró y le dijo algo al fotógrafo, que era marroquí. Ambos alternaban indistintamente el francés y el español. Al terminar, me preguntó:

—¿Sabes firmar?

—No.

—Pero ¿cómo le preguntas eso? —dijo en español el policía—. Es analfabeto, como la mayoría de los marroquíes.

—Tienes razón. No sé para qué me molesto en preguntar —dijo el fotógrafo en español.

Me ordenó que firmara con el dedo pulgar impregnado en tinta en la parte final de un documento. No me atreví a preguntarle qué estaba firmando, pero le dije que yo no había hecho nada grave.

—No es asunto mío. Baja donde está el guardia que te trajo aquí.

El que iba de paisano me preguntó de qué trabajaba.

—Nada.[62]

—Y, si no tienes trabajo, ¿de qué vives?

—Hago cualquier cosa.

—Anda, vete.

Salí arrastrando los zapatos. Abajo no encontré al guardia. Me quedé en el pasillo, frente a la puerta abierta. Del otro lado se veía la calle y el trasiego de gente. Estaba cerca de mi libertad. Dos hombres entraron sin hablarme. Debían de ser de la policía secreta. El guardia salió de un despacho y me preguntó si había terminado

con el fotógrafo. Le dije que sí y me hizo entrar. Había allí otros dos policías. Me hicieron firmar con el pulgar otro informe. Le di mi nombre a uno de ellos y me devolvió el dinero, el cinturón y los cordones de los zapatos. «¿Qué pondrá en este papel?». Podían escribir lo que quisieran, y es que yo no sabía leer. No me atreví a pedirles que me lo leyesen antes de firmar. Igual podían volver a encarcelarme.

—Ahora vete —me dijo el guardia.

Salí del despacho. El mareo y el cansancio desaparecieron. En la puerta tropecé con un hombre. Me disculpé, pero me empujó contra la pared.

—Burro, mira por dónde vas.

Me agaché para calzarme un zapato que se me había salido. Por su manera de insultar, debía tratarse de un policía.

Fuera me até los cordones y me puse el cinturón. El día era soleado, pero hacía frío. Respiré hondo y me fui. Entré en un restaurante del Zoco Grande. Comí *baisara*, sin dejar de pensar en el dinero que Kandusi le había dejado para mí al dueño del café Raqqasa.

12

Sonó el despertador. Extendí la mano en la oscuridad y lo apagué. Eran las cinco de la mañana. Me levanté y encendí la luz. Aún tenía sueño, pero en una hora llegaría el barco. Miré a Naima; dormía despreocupada. Detesto convivir con una mujer sin ninguna ocupación. Lo único que sabe hacer es abrir sus piernas, para mí o para cualquier otro.

Buchta se casó con Fawzía. Quizás Naima crea que yo acabaré casándome con ella. Son todas iguales: a los pocos meses de convivencia ya empiezan a maquinar la manera de quedarse embarazadas. No toman ninguna precaución, y lo hacen adrede. Pero yo no tengo nada que perder. Si dejo a alguna embarazada la abandonaré y me iré de la ciudad, y ella habrá caído presa de su propia trampa.

Me vestí y cogí la canasta de la mercancía. Apagué la luz y salí sin hacer ruido. En el piso de abajo, me lavé la cara con agua helada. Desperté con sigilo al portero, que se asustó y empezó a hacer aspavientos con las manos como si alguien lo atacara. Me miró con los ojos entornados, sin pronunciar palabra.

—¡Eh! ¡Abdeslam! Soy Chukri. Voy a salir. Ven a cerrar la puerta.

Resopló al levantarse de la cama, cansado. Pasó por delante de mí y me abrió el portal. Apestaba a alcohol.

—¡Qué Allah te acompañe! —me dijo al cerrar.

Me despedí y desaparecí por el silencioso callejón. El cielo de la mañana lucía violeta. La noche se había tragado toda la miseria. Los

nacidos con buena estrella no se levantan a esta hora para ir a trabajar. Su vida es tan confortable como la de los excrementos alojados en los intestinos.

Me detuve un instante en la cuesta de Bab El Asa y observé el mar. Estaba algo agitado. En un kiosco, a la entrada del puerto, me esperaba Busof tomando una taza de *baisara* caliente. Había allí algunos trabajadores desayunando; unos fumaban cigarrillos, otros kif. Lo saludé y pedí otra taza para mí.

Acordamos que trabajaría conmigo por tres mil francos.

—Ayer me enteré de que los barcos van a estar llenos de judíos que emigran a Palestina —me dijo.

—Los soldados franceses y los de Dakar que parten para Argelia son los que más me interesan.

No suelen regatear demasiado. En cambio, la mayoría de los judíos son comerciantes. Incluso los que no lo son, entienden mucho de comercio.

—Pero van a marcharse de Marruecos para siempre, y seguro que comprarán algunos regalos en la última ciudad marroquí en la que hacen parada.

—Pero los otros compran más. Ya lo verás.

Cogimos la barca. Remaba sin prisas. Me acordé de Orán y de aquel viejo que me regañaba a gritos: «Cuidado a tu derecha, rifeño perezoso. Todavía tienes las sábanas pegadas a la cara. Le diré a Monsieur Segondi que te lleve a casa para ayudar a su mujer a pelar patatas. Pega los mulos y apriétalos fuerte. Sólo sirves para pelar patatas y fregar platos…».

Solíamos empezar a trabajar en las viñas a esta misma hora. El viejo nunca dejaba de hablar. Si no me insultaba a mí, la emprendía con el hierro del arado o con el mango que se le resbalaba de entre las manos sudorosas. Yo me dedicaba a sujetar con fuerza las riendas de los mulos; a veces creía tener las manos llenas de espinas. Si no fuera por lo que ocurrió con aquel niño tan guapo en el campo, ahora estaría en Orán. En aquel tiempo, confundía la

imagen de mi madre con la de mi tía. Hoy sé por qué me trataba tan bien: ella no tenía hijos.

—¡Mira! —dijo Busof—. El barco está atracando.

Sacó un remo del agua y dejó caer el tolete. Después empezamos a remar los dos.

—Está repleto de soldados —dijo.

Al acercarnos al barco, un soldado gritó en francés:

—¡Eh! ¿Qué ofrecéis?

Les hice señas para que esperasen. Busof desenrolló la cuerda y se preparó para lanzarla al barco.

—¡Coged la cuerda! —les dije a los soldados.

Varios soldados extendieron las manos intentando alcanzar el extremo. Un soldado negro logró cogerla por uno de los nudos.

—Ata bien la cuerda —le dije en francés.

—Vamos sube —me gritaron algunos soldados.

Empecé a trepar por la cuerda sin dificultad. Algunas voces me animaban:

—*Allez! Courage! Bravo! Très bien*!

Un senegalés me ayudó a saltar a la cubierta. Busof ya tenía atada la canasta al otro extremo de la cuerda. Empecé a tirar de ella hacia el barco.

—¿Qué tienes para vendernos, amigo?

—Relojes suizos, chales, pañuelos japoneses y mecheros.

Un soldado francés me ayudó a bajar la canasta:

—¡Anda, muéstranos lo que tienes!

Saqué la caja de los relojes. Aún no quería mostrar el resto de la mercancía.

—Éstos son los relojes.

—¿Cuánto cuestan?

—Cinco mil francos.

—No son falsificaciones, ¿verdad?

—No vendo relojes falsificados.

—Bueno. Te doy tres mil.

—No, cuatro mil.

—No, no. Te doy tres mil. ¿Vale?

—Toma, es tuyo.

«Basta con que uno compre para que a todos se les antoje». Y eso fue lo que pasó, porque los relojes volaban de mis manos, al tiempo que mis bolsillos se iban llenando de billetes. Un soldado, arrepentido de su compra, se me acercó:

—Devuélveme el dinero y toma tu reloj.

«No debo hacerlo. Si cedo y le devuelvo el dinero, a todos los que compraron uno se les antojará devolverlo. Hay que mantenerse firme».

—¿Por qué?

—Me han dicho que es una falsificación.

—Pues mira, si alguien dice eso es porque no tiene suficiente dinero para comprar uno tan bonito como éste.

—¿No me vas a devolver el dinero?

—Pórtate como un hombre. Tú mismo has elegido el reloj; nadie te ha obligado a comprarlo.

Noté que decenas de soldados me miraban con recelo. Murmuraban.

—Está bien. Me lo quedo —dijo el soldado.

Luego fui donde los judíos. Olía a vómito y a humedad. Una mujer me preguntó con voz cansada:

—Oye, joven, ¿qué vendes?

—Chales y pañuelos japoneses.

Se me acercaron varias judías.

—Enséñanos lo que tienes en la canasta —dijo una joven.

Otra, que estaba junto a su madre, gritó ilusionada:

—¡Mamá! ¡Qué color más bonito tiene ese chal!

—¿Cuánto cuesta? —me preguntó la madre.

—Mil francos.

—Setecientos.

«Si no lo vendo rápidamente, lo perderé todo».

Un viejo de barba gris y enorme barriga se nos acercó:

—La tela de estos chales es de mala calidad. Un solo lavado y ya pierden su color.

—Cállate. No te metas en las cosas de mujeres —le respondió su esposa.

—Conozco muy bien esta mercancía. La venden los indios aquí, en Tánger, al por mayor —añadió el viejo.

«¡Lo difícil que es comerciar con los viejos! Creen que se las saben todas».

Las mujeres judías no hicieron mucho caso y se fueron agolpando a mi alrededor.

—Estáis locas. Compráis todo lo que veis barato —insistía el viejo.

Me los arrancaban de las manos. Pero aquel olor a vómito seguía ahí, dándome arcadas. De repente, una sacudida. El barco dejó de moverse. Cobré el último chal y me largué.

—¡Vuelve con más género! —gritaban.

Cuando regresé a la cubierta, el soldado senegalés me gritó:

—¡Eh, tú! ¡Espera, no te vayas!

«Seguro que ya no quiere el reloj que ha comprado». Vi a Rami rodeado de soldados. El malnacido, que nunca está sobrio, les estaba vendiendo los relojes a mitad de precio. Siempre hace lo mismo.

—Eres un cabrón —le dije.

—¿Con quién hablas? —me preguntó.

—Con la puta de tu madre.

—Ya nos veremos las caras en la ciudad.

—Te patearé el culo.

Busof acercó rápidamente la barca. Le tiré la canasta y me deslicé por la cuerda. Se me despellejaron las palmas de las manos. La cuerda se rompió y caí en la barca.

—¡Maldita sea! —gritó Busof—. Vaya negocio de mierda. ¡Mira mi barca! ¡Está rota!

—Ha sido el senegalés. Ese hijo de puta ha cortado la cuerda.

—¡Este es un trabajo de mierda!

—Rema rápido —le dije a Busof—. Nos pueden tirar cualquier cosa. Y no sería la primera vez. Conozco muy bien a estos soldados. ¡Hijos de puta!

—¡Cuidado! —gritó Busof.

Esquivamos una botella de cerveza vacía.

—Coge una tabla para protegernos.

La cogí. El negro nos insultaba, al mismo tiempo que hacía ver que nos estrangularía. Se estaría imaginando que tenía mi cuello entre sus manos, eso seguro. Nos lanzó dos botellas más.

—¡Ay! ¡Mi mano! —grité—. ¡Me cago en tu puta religión!

Tiré al agua la tabla de madera y vi como se alejaba, flotando. Me chupé la herida. Hacía mucho tiempo que la sangre no brotaba de mi cuerpo con ese dolor tan dulce. Sabía rica, agridulce. Me dolía el culo. Busof dejó de remar. El barco ya quedaba lejos. Se levantó, se agarró el paquete con las manos y gritó:

—¡Aquí tenéis! ¡Agarradme ésta!

—Para ya. Eso no sirve de nada. Además, tenemos la corriente en contra.

Empezamos a remar los dos.

—Pero ¿qué les has hecho? —me preguntó al cabo de un instante.

—Nada. Rami es el culpable de todo.

—¿Qué hizo?

—Vendió los relojes a precios de risa, como siempre. Me mearé en su culo cuando lo vea en la ciudad.

—¿Seguro que no les sacaste el tema de la guerra entre Marruecos y Argelia?

—Que no. Te dije que fue Rami el que empezó todo.

—Y, ¿qué ha pasado con los judíos?

—No he hablado de política con nadie, ni con los cristianos ni con los judíos. ¿Acaso querías que les dijera a los franceses que no

fueran a Argelia y a los judíos que no emigraran a Palestina?

La corriente nos arrastraba; el viento empezó a soplar con fuerza. El remo de Busof se partió por la mitad.

—¡Mierda! Todo esto por tres mil miserables francos —dijo Busof, furioso.

—Yo no tengo la culpa.

Cada ola inundaba un poco más la barca.

—Encárgate de achicar el agua. Yo me voy a popa con el remo para mantener el rumbo.

—La corriente nos va a empotrar contra las rocas del faro si no sabemos llevarla.

—Ya nos las arreglaremos cuando nos acerquemos a la costa.

—La corriente no nos arrastrará más lejos de Villa Harris.

—¿Y tú me vienes a hablar de estas corrientes? No tienes ni idea. ¿Cuánto me vas a dar si pierdo mi barca, eh?

—Vamos a intentar llegar sanos y salvos.

—Quiero saber cuánto me vas a dar.

—Te daré el doble de lo acordado si le pasa algo grave a tu barca.

—¿Seis mil, entonces?

—Sí.

—Por seis mil…

La barca se balanceaba violentamente. Busof cayó de espaldas. Cogí el remo y se lo tendí. Él trataba de levantarse.

—¡Cobarde! ¡Maldita sea tu religión! —gritó.

—Si no te callas, te tiro al agua.

—Ah, ¿sí? Ya verás cuando lleguemos.

—Cuando lleguemos me chuparás ésta —le dije agarrándome el paquete.

Busof estaba ahora en el banco de proa. Me quité el cinturón para poder atar el remo a la parte trasera de la barca, y, en un descuido, Busof se abalanzó sobre mí y me golpeó en la espalda con la mitad del remo roto. Al esquivar un segundo golpe, el remo se le

escurrió de la mano. Nos peleamos. Le di una patada y lo empujé. Cogí un palo y, cuando iba a darle, me suplicó:

—¡No! ¡Por favor! ¡Te lo pido! ¡No!

Palideció. Me miró aterrorizado.

—Como no te estés quieto, te tiraré al agua, ¿entendido? —le dije.

Vi cómo el otro remo se alejaba flotando. Cogí de nuevo la lata con la mano derecha y empecé a achicar agua, mientras que con la izquierda, sujetaba el palo. El bote daba vueltas y más vueltas. Al cabo de un rato, le lancé a Busof la lata, y le ordené que siguiera sacando agua. Se puso a la labor sin mucho ímpetu. Pensé en Naima: «Quizás aún siga durmiendo, descansando entre sueños». Lo nuestro no era amor, de eso estoy seguro. Simple costumbre. No podía soportar su indiferencia. «Cuando se despierte, se lavará y bajará en camisón a charlar con el portero, o con el dueño de esa horrible pensión. No creo que ella se negara, si se lo piden, a pasar la noche con los otros huéspedes». Un día me dijo: «Yo no concibo el amor fuera del matrimonio». «Pues me temo que el matrimonio mata el amor», le contesté. Lo que nos hace seguir juntos es que ninguno de los dos es posesivo. De algún modo un cierto amor nos une.

Nos acercábamos a la costa de Villa Harris. Las olas eran enormes y rompían cerca de la orilla. El agua estaba turbia. Sabía por los pescadores que en aguas turbias los tiburones no se acercan. Nos preparamos para saltar. Yo fui el primero. Avancé nadando bajo las olas. Estuve a punto de ahogarme. Saqué la cabeza del agua y miré hacia atrás. Busof me seguía de cerca. Las olas me zarandeaban, me subían para luego lanzarme al abismo. «Llevo mi muerte a cuestas». Un día fui a visitar a mi amigo Manolo al hospital español. En su sufrimiento, le oí murmurar: «¡Oh Dios, libérame de este dolor!». Tenía cáncer de pulmón y quería suicidarse, pero las monjas lo vigilaban día y noche. Tragué un poco de agua. «Será mejor que no piense en nada si no quiero ahogarme». Parecía como

si nadara al borde de un sumidero. Recobré el aliento. Mis pies tocaron la arena. Me levanté. Una fuerte ola me derribó. Volví a tragar agua. Llegué por fin a la orilla.

—¡Intenta hacer pie! ¡Por esa zona ya puedes! —le grité a Busof.

Me tumbé en la arena para recuperar el aliento. No sabía si me había oído. Busof siguió nadando hasta la orilla. El fuerte oleaje iba alejando el bote de nosotros.

Cuando Busof salió del agua, se volvió una vez más hacia su barca, inalcanzable, a merced de las corrientes. Él no estaba tan cansado como yo. Me puse de pie. «Me está mirando como si me fuese a comer vivo. Me cago en él. Si le dejo ver mi miedo saldré perdiendo. Me lo quitará todo. Me dejará aquí, desnudo, y se largará». Se me acercó. Retrocedí unos pasos.

—¡Ven aquí! Vamos a ver juntos qué va a pasar con la barca.

Busof caminaba delante de mí; yo le seguía unos pasos por detrás. Empujada por las olas, el mar acabó escupiendo la barca cerca de la orilla. La arrastramos con dificultad hasta la arena. Yo seguía alerta. Él era más fuerte que yo. Podría sorprenderme y tumbarme de un golpe.

—Seguro que tiene alguna grieta —dijo.

—¿Dónde? Porque yo no veo ninguna.

—Conozco muy bien mi barca —me gritó furioso.

—No estoy ciego, ¿vale? Y bien, ¿qué quieres?

—La barca cuesta diez mil francos.

—¡Diez mil! ¿Por qué?

—¿Me los vas a dar o no?

—Te daré seis mil como acordamos.

—Ven aquí. Yo sí que te voy a dar seis mil —y se abalanzó sobre mí.

Recibí un puñetazo en la mejilla izquierda. Vi literalmente las estrellas. Retrocedí unos pasos para recobrar el equilibrio, y entonces él me embistió como un toro. «Con la fuerza que tiene, si dejo que me pille me romperá los huesos. Ojalá llevase una cuchilla,

le haría lo mismo que a Comero». Esquivé los golpes que él lanzaba como un loco, a veces al aire. Se puso a llover a cántaros.

—Hijo de puta —me dijo—. ¿Qué te crees que va a ser igual que en la barca? Aquí te vas a cagar.

Yo danzaba delante de él esquivando sus golpes, esperando el momento justo para atacar. Lleno de furia, me gritaba: «Acércate si tienes huevos». Pensé: «Voy a reservar mi energía. Dejaré que me ataque». Él no paraba de reírse mientras intentaba atraparme.

—Eres un cobarde. ¿Ahora quién te va a salvar?

No le contesté, me limité a mantenerme en guardia. Se lanzó contra mi vientre. Le cogí de la nuca con ambas manos y le di un rodillazo en la cara. Levantó la cabeza. Ni gota de sangre. Le di un cabezazo. Lo esquivó. Ya no fallaría más. Dos, tres puñetazos en la nariz y otro en el ojo izquierdo. La sangre comenzó a correrle por la cara. Cayó al suelo de dolor. Vi un trozo de botella clavado en la arena, como una alcachofa puntiaguda. Se llevó las manos a la planta del pie, sangraba. Su herida era profunda, se le veía el hueso. Mi cuerpo se estremeció. No sé por qué disfruté tanto viéndolo sangrar bajo la lluvia. La arena absorbía su sangre. Llovía como si el cielo tuviera las venas abiertas. Me acordé de aquella escena del cordero en el Rif. Lo degollaron y le colocaron debajo de la garganta un recipiente para recoger toda la sangre. Se la dieron a beber a mi madre enferma. Conté seis billetes de mil francos. Estaban arrugados y mojados. Los sacudí un poco y se los tiré encima. Estaba agotado, así que me marché.

—¡Vuelve, cabrón! Ven aquí, que te voy a escupir en el agujero del culo —le oí gritar mientras me alejaba.

Pensé en volver y estrangularlo, pero el aguacero me calmó los nervios. Al llegar a la carretera cogí el autobús que venía del Almenar. Le tendí al conductor un billete mojado de mil francos.

—¿Te pasa algo? —me dijo.

—No. Nada grave. Cómo llueve, ¿verdad?

Los siete u ocho campesinos que iban en el autobús se quedaron mirándome. Desde la ventana eché un último vistazo a la playa. Busof cojeaba en dirección a la barca.

Me bajé en el Zoco Grande. Mi ropa mojada llamaba la atención de los transeúntes. Oí como una mujer que se protegía con un bonito paraguas le decía a otra «¡Pobre chico!», a lo que la otra contestaba «Ha debido de ocurrirle algo terrible».

En el recibidor de la pensión, el portero bromeaba con la mujer que fregaba el suelo. Al verme, ella interrumpió su tarea.

—¿Qué te ha pasado? —preguntaron al unísono.

—Nada. Me mojé por la lluvia.

Subí a la habitación. La puerta estaba abierta; la habitación, desordenada. La muy puta había hecho una de las suyas. Se llevó todo lo que tenía valor: un transistor, el despertador, cinco relojes de pulsera y una docena de mecheros.

Bajé y le pregunté al portero:

—¿Has visto a Naima salir?

—No. ¿Qué ha pasado?

—Nada. Creo que se ha largado para siempre y sin despedirse.

—¿Seguro que no ha pasado nada?

Negué con la cabeza. Volví a la habitación para cambiarme de ropa y secar los billetes. Al menos tuvo la delicadeza de no llevarse la ropa. Probablemente se fue a vivir con un nuevo amante a otro sitio, como hizo primero con Hamid y luego conmigo. Es algo chungo, pero de las putas se puede esperar cualquier cosa.

13

Aquella tarde me pasé por el café de Si Moh. Llevaba bajo el brazo una de esas revistas egipcias en las que se describe la vida de artistas árabes. Solía comprarlas para ver fotos de actrices y bailarinas orientales. A veces me masturbaba con las que me encendían por dentro. Abdelmalek, el hermano de Hamid, me las leía cuando estaba de buen humor. A cambio, le pagaba el desayuno o la comida. Abdelmalek había abandonado los estudios en Tetuán para vagabundear por los bares y cafés de Tánger. Su familia vivía en Asilah. Como los clientes asiduos al café no sabían ni escribir su nombre, Abdelmalek se había convertido en nuestro escriba y lector. Con su voz, fuerte y clara, nos leía los periódicos y las revistas árabes. Cuando llegaba a alguna noticia política interesante sobre algún país árabe, el dueño del café apagaba la radio y ordenaba silencio para poder seguir la lectura y las explicaciones de Abdelmalek. A veces, éste se ponía de pie, dejando la revista o el periódico a un lado, y exponía sus razonamientos; aquello tenía un cierto aire de mitin. No había más que escuchar cómo analizaba los acontecimientos para apreciar su inteligencia y su cultura. Como se sabía de memoria el Corán porque lo aprendió de niño, apoyaba siempre su discurso en versículos del Corán, *hadices* del Profeta y comentarios de sus discípulos. Cuando alguien le pedía que aclarase algo, aprovechaba la ocasión para mostrarse superior a nosotros, los analfabetos, los ignorantes, y su explicación se hacía aún más compleja. Para nosotros siempre tenía razón. Alguno de los

asistentes no sabía distinguir entre su palabra y la de Allah. A menudo, alguien decía: «La palabra de Allah es la verdad». Abdelmalek solía corregirles: «Disculpaos ante Allah. Lo que acabo de decir no aparece en el Corán; son palabras mías». Los clientes del café solían interrumpir su discurso para ofrecerle un *sebsí* de kif. Abdelmalek se detenía entonces el tiempo justo de fumar y tomar unos sorbitos de té verde, para luego proseguir con su elocuente alegato. Cuando terminaba, recibía las felicitaciones de los clientes y del dueño, que le obsequiaba con un gran vaso de té verde y pan con mantequilla. Algunas noches yo lo invitaba a cenar en un restaurante del Zoco Chico. Después nos emborrachábamos en algún bar y acabábamos en un burdel para pasar la noche con dos prostitutos. Creo que en el fondo era homosexual. Solía decir que la belleza de los chicos es muy superior a la de las chicas. Me sentía orgulloso de ir acompañado de alguien tan culto como él. Tenía respuestas para todo. Sólo Allah sabe si tenía razón o no en lo que decía. Lo único que recuerdo es que apenas entendía su discurso, como les ocurría a todos los demás que lo escuchaban en el café.

Una tarde, estaba sentado en el café de Si Moh con Greda, Mesari y el viejo Afiuna, vendedor de kif y *majoun*. Me sentía muy triste. Pedí a Si Moh un café solo bien cargado y compré cinco pesetas de kif. Hablaban del rey Faruk, de Mohamed Naguib, de la política de Gamal Abdel Naser y de la revolución del 23 de julio. Tenía ganas de participar en la conversación. Me fumé el primer *sebsí*. Llené otro y se lo pasé a Greda. No lo quiso. Entonces se lo ofrecí a Abdelmalek, que me dijo:

—Guárdate tu kif. Tenemos suficiente.

«Y cuando no tienes tu puto kif, ¿a quién acudes, desgraciado? ¿No soy yo quien te lo compra?», pensé.

Mesari, añadió:

—Déjanos hablar tranquilos.

«¡Hijos de puta! Hoy todos están en mi contra. Se sienten superiores, no estoy a su nivel. Me excluyen. Incluso Abdelmalek es

cómplice. ¡Traidor!». Me fumé un *sebsí* tras otro, pensando en la manera de vengarme. Si Moh me trajo el café y le compré a Afiuna dos trozos de *majoun*. Me los comí con unos sorbos de café caliente para que el efecto fuese mayor. Kamal el turco llegó borracho. Lo invité a mi mesa pero no aceptó. Sólo se inclinó hacia mí para decirme en francés:

—Tengo media botella de whisky. Voy a la azotea. Si quieres bebértela conmigo, sube.

Asentí con la cabeza. Me terminé de dos tragos seguidos el café y lo seguí con el *sebsí* y el kif en la mano. Kamal bebía directamente de la botella mientras contemplaba el mar, por el que había llegado a Tánger hacía meses en un barco turco al que no regresó. Le di el kif y el *sebsí* para que lo llenase él mismo. Me pasó la botella. Eché dos tragos:

—¿Qué tal te va?

—Todavía estoy esperando que mi familia me mande dinero para volver a Estambul.

—¿Volverás a trabajar en el barco que dejaste?

—No. Hay muchos más. Ya buscaré otro.

Bebimos, fumamos y hablamos de nuestras penas hasta que se nos acabó el whisky.

—¿Qué haces esta noche? —le pregunté.

—No lo sé.

Se escondió la botella vacía dentro de la chaqueta y bajamos. Abdelmalek estaba de pie, como de costumbre, comentaba las noticias que emitía Radio Londres en árabe. El vaso de café y la revista egipcia seguían en la mesa. Me senté. Quise invitar a Kamal a tomar algo, pero él se disculpó:

—Tengo una cita con Mahmud el Egipcio en el café Dar Dbag. («Ese Mahmud se dedicaba a lo mismo que Abdelmalek.»). Me va a prestar algo de dinero.

—Vamos, no quiero borrachos en mi café —dijo Si Moh a Kamal.

—i*Assalam, assalam*, Si Moh! —le contestó en árabe.

Me reí. Hizo un gesto de despedida con la mano y salió. Abdelmalek me miró con cara de enfado y se sentó. Afiuna le dijo:

—Sigue hablando, Si Abdelmalek.

—¿Cómo quieres que siga con la algarabía de estos chicos?

—Yo no soy ningún chico. Hablas de Mohamed Naguib y de Gamal Abdel Naser como si los vieras todos los días y te contaran sus secretos políticos. ¿De dónde sacas toda esa información sobre ellos?

Perdió los nervios y me dijo enfadado:

—¡Cállate, ignorante! No sabes ni escribir tu nombre y quieres hablar de política.

—No le hagas caso. Está borracho —dijo Mesari.

«Esta es mi oportunidad para humillar a Abdelmalek y al resto, igual que ellos hicieron conmigo». Pensé en algunas palabras ofensivas, pero no sabía bien qué decir. Me pesaba la cabeza con tanto whisky, kif y *majoun*. «Le voy a pedir que salgamos fuera a pelear. Es la mejor opción y no exige ningún esfuerzo mental». Al final, preferí decirle:

—Yo seré analfabeto, pero tú eres un mentiroso. Mejor ser analfabeto e ignorante que mentir como tú lo haces.

Sentí que había dado en el clavo.

—Vete a hacer de alcahuete para los cristianos que quieren ir al burdel.

—Si tienes una hermana bonita, dile que se venga. También la guiaré por allí.

—No quiero follones en mi café. Si os vais a pelear, a la calle —dijo Si Moh, muy enfadado.

—¿Por qué te diriges a mí? ¿Qué pasa? ¿Que él sabe hablar y yo no, verdad? —le repliqué.

—Olvídalo, hombre. ¡Maldice a Satanás! —dijo Greda.

—Satanás es el hombre —dije—. Y tú, Abdelmalek, vamos afuera y te enseñaré quién de los dos es ignorante y alcahuete.

Abdelmalek se levantó rápidamente y vino hacia mí. Greda, Mesari y Afiuna le cortaron el paso. Los empujó. Yo me levanté, cogí mi vaso de café y vacié lo que quedaba en su cara. Él se cubrió con las manos. Alguien me agarró por detrás.

—Vamos afuera, si eres hombre —le grité.

Me soltaron.

—Sé sensato —me aconsejó Greda.

—¿Quién se habrá creído éste? No es más que un tipo que dejó los estudios para venir a vagabundear aquí, a Tánger.

Volví a mi sitio. Afiuna se sentó a mi lado. Llenó un *sebsí*, me lo encendió, me pidió que me calmara. Greda y Mesari subieron a la azotea. Fumé, tosí. Algunos estaban de mi parte. Seguramente habían experimentado el mismo sentimiento hacia Abdelmalek. Bajaron de la azotea. Abdelmalek tenía la cara como si se la acabase de lavar con agua caliente. Greda me pidió que me reconciliara con él. Afiuna también me animó a hacerlo. Me levanté de mi mesa. Insistieron en que nos abrazáramos, y así lo hicimos. Quise volver a mi sitio, pero me dijeron que me quedara con ellos. Kamal el turco entró tambaleándose. Tenía morado el ojo izquierdo.

—Me atacaron dos tipos en el burdel Ben Charqui.

—¿Y eso?

—Me tomaron por cristiano. No me creyeron cuando les dije que era musulmán. Uno de ellos me dijo en inglés: «¿Cómo pretendes ser musulmán si no hablas una palabra de árabe?».

—Pero ¿a qué vino todo eso?

—Quise entrar con una chica marroquí para acostarme con ella.

—Siéntate con nosotros.

—Prefiero que te vengas conmigo. Vamos al Zoco Chico a beber un poco. Mahmud el egipcio me ha prestado algo de dinero.

Me disculpé con Abdelmalek y el resto, y me fui con Kamal.

Entramos en casa de Soudía la Negra. Conocía muy bien a la patrona y a las chicas. Le dije a Kamal que no se preocupara. Nos recibió Jadiya Srifiya,[63] que nos condujo a una habitación decorada

al estilo marroquí. Vino a vernos la patrona y le presenté a Kamal, que le dijo en árabe:

—*Assalam*, *Madame*.

—¿Es musulmán tu amigo? —me preguntó.

—Claro que sí.

—¿Habla árabe?

—No. Sólo sabe algunas palabras. Es turco.

—Pero ¿cómo puede ser musulmán y no hablar árabe?

Le expliqué que existen otros países no árabes donde son musulmanes. Kamal le dijo en árabe:

—Soy musulmán. Allah, y Muhamad es su mensajero.

—*La ilaha illa Allah*[64] —sonrió Lalla Soudía—. Este mundo es extraño. Sentaos. ¿Queréis que Jadi-ya se quede con vosotros?

Le repetí la pregunta a Kamal.

—Claro. Y dile que se traiga a una chica tan guapa como ella —contestó Kamal.

Pedimos una botella de coñac y otra de soda. Le dije a Jadiya que fuera a por otra chica. Cuando salió, le pregunté a Kamal:

—¿De verdad te gusta o prefieres a otra? Las hay más guapas, si quieres.

—Es preciosa. Las chicas marroquíes se parecen mucho a las turcas.

Jadiya regresó con la bandeja de las bebidas. Una chica que ya conocía la acompañaba. Era Safía Kasría.[65]

—Bienvenido, guapo. Hoy es un gran día.

Me saludó y se sentó al lado de Kamal.

—Las bebidas son ciento veinte pesetas —dijo Jadiya.

—¿Y con las chicas?

—En total, trescientas pesetas —me contestó, sonriendo a Safía.

Kamal sacó dos billetes de cien. Le pedí a Jadiya que llamara a Lalla Soudía.

—Anda, dame el dinero. ¿No confías en mí?

—No es eso. Tan sólo quiero hablarlo con Lalla Soudía.

—De acuerdo. Pues ve y entiéndete tú con ella.

Salí a buscar a Lalla Soudía. Estaba sentada en el fondo del recibidor. Le di doscientas cincuenta pesetas. Me dio a entender que la habitación era para los cuatro. Al volver, Kamal estaba besando a Safía. Tenía su cara entre las manos, como si tuviera miedo a que escapase. Quizás algún día yo también me acostaré con una turca. Le puse a Jadiya un billete de cincuenta pesetas en las manos:

—Ya lo hablé con Lalla Soudía.

Se guardó el dinero en el pecho y me dio un beso en la mejilla.

Cuando ya estaba empezando a quedarme dormido Jadiya me despertó:

—¿No oyes? Safía dice que tu amigo turco le está lamiendo el sexo.

—Que haga con ella lo que quiera.

—Pero ¿no dijiste que era musulmán?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que mueve demasiado bien la lengua para ser musulmán —dijo Safía.

Debía despertarme a las seis de la mañana para ir al puerto. Le dije a Jadiya que me dejara dormir. Prometió despertarme a la hora que le pidiese. Me estrechó contra su cuerpo. Sus piernas enlazaron las mías. Yo tenía la pierna doblada, y ella empezó a frotar su vagina contra mi rodilla. «Ésta se estará imaginando que mi rodilla es el "chisme" de un caballo». Safía suspiraba y Jadiya me cabalgaba la pierna. Me agarraba fuerte del pelo, apretaba los labios de su vagina contra mi rodilla, restregándose de arriba abajo. Fatigada, Jadiya se dio la vuelta y se echó boca abajo. Kamal y Safía reían. Estiré la mano y la paseé por su cuerpo. Aún se frotaba, ahora lentamente contra la cama. Subí a su espalda para viajar. Intentó darse la vuelta. Me agarré a su pelo con fuerza para no caer al vacío. Era una camella que sobrevolaba el desierto. Caerme de la montura hubiera significado perderme en un lugar desconocido.

14

Por la mañana, al regresar del puerto, me dirigi a una librería de Oued Ahardan y compre un libro para aprender a leer y escribir en árabe.

Abdelmalek estaba en el café. Me presentó a su hermano Hassan, que había venido de Larache a visitarle. Me disculpé con él por lo ocurrido el día anterior.

—Olvídalo. Yo también me puse nervioso —me dijo.

Me senté con ellos y le enseñé a Abdelmalek el libro.

—Tengo que aprender a leer y a escribir. Tu hermano Hamid me enseñó algunas letras en la comisaría y me dijo que tenía disposición para aprender.

—Claro, ¿y por qué no la ibas a tener?

Su hermano Hassan me preguntó si quería estudiar en Larache.

—¿Yo? ¿Es posible? Tengo veinte años y ni siquiera sé firmar —le dije, asombrado.

—No importa, allí conozco bien al director de una escuela. Te haré una carta de recomendación. Estoy seguro de que te aceptará. Tiene especial simpatía por los muchachos que vienen de fuera con la firme intención de estudiar. Si no tuviera que ir a Tetuán para solucionar un problema con el delegado, te acompañaría y te lo presentaría yo mismo. Es amigo mío.

Al instante, añadió:

—Ve a comprar un sobre y un papel para escribirte una carta de recomendación.

Salí del café. No podía creer lo que acababa de decirme. Compré lo que me había pedido y volví rápidamente. Cogió el papel, lo puso encima de un periódico árabe y empezó a redactar la carta. Tenía una letra preciosa. De vez en cuando, dejaba de escribir para fumar kif con nosotros. Cuando terminó la carta, la metió en el sobre y lo cerró. Yo la guardé cuidadosamente en el bolsillo de mi chaqueta.

—Entonces, ¿cuándo puedo ir a Larache? —le pregunté.

—Cuando quieras. Pero intenta que sea pronto.

Eran casi las doce de la mañana. Nos despedimos de Hassan antes de que partiera para Tetuán. Me dio la mano y me dijo:

—Nos veremos allí en tres o cuatro días. No dejes de ir.

Abdelmalek tenía que visitar el cementerio Buarrakía.

—¿Para qué vas allí?

—Algunos amigos del café me pidieron que leyese algunos versículos del Corán sobre la tumba de sus familiares.

—Te acompaño. Mi hermano está enterrado allí. ¿Podrías leer alguna sura en su memoria?

—¿Tu hermano?

—Sí, tengo un hermano allí.

Camino del cementerio, le pregunté:

—¿Qué le pasó a tu hermano Hassan?

—Hizo una de las suyas. Siempre anda igual. Lo echaron del colegio de Larache porque le pillaron bebiendo alcohol y fumando kif en una de las habitaciones de la mezquita. Vivir allí es gratis para los estudiantes que vienen de fuera.

Compré un ramo de flores en el Zoco Grande y otro de arrayán a la entrada del cementerio. Dentro, nos encontramos con algunos *tolba*[66] recitando versículos del Corán sobre las tumbas. Otras personas simplemente visitaban las tumbas de sus seres queridos.

—¿Sabes dónde están las tumbas sobre las que tienes que leer el Corán? —le pregunté.

—No. Lo importante es la intención. Sé dónde están algunas, pero no importa que me equivoque. ¿Y la tumba de tu hermano?

¿Dónde está?

Miré hacia un pequeño muro que me servía de referencia:

—Por allí debe de estar. No es fácil de localizar. En su momento no construimos la tumba. Ocurrió antes de mudarnos a Tetuán, cuando éramos pobres.

—Leeré para él la sura «Yasin».

Se subió encima de un montículo y empezó a recitar las suras que le habían encargado a la memoria de los muertos. Cuando terminó, nos dirigimos hacia el lugar donde yo suponía que estaba enterrado mi hermano.

—Por aquí debe de estar.

Empezó a recitar. Esparcí flores y arrayán sobre algunas tumbas. También por el suelo. Estaba enterrado allí, quién sabe si bajo mis pies o los de Abdelmalek.

De repente, pensé: «¿Por qué esta lectura sobre la tumba desconocida de mi hermano? No cometió ningún pecado. Vivió sufriendo su enfermedad y luego mi padre lo mató». Me acordé de lo que me dijo el *cheikh* que lo enterró: «Tu hermano está ahora junto a los ángeles».

Mi hermano se convirtió en ángel. ¿Y yo? ¿Qué soy? Un diablo, de eso no hay duda. Cuando mueren, los niños se convierten en ángeles y los mayores en diablos.

¡Ya es tarde para aspirar a ser ángel!



MOHAMED CHUKRI nació en 1935 en Beni Chiker, un pueblo marroquí del Rif. Educado en una familia pobre, la violencia de su padre le obligó a huir y, con tan sólo once años, vivir en las calles de Tánger rodeado de miseria, violencia, prostitución y drogas. A los veinte años, todavía analfabeto, se marchó a Larache a estudiar. Durante esta etapa de formación entró en contacto con la literatura. En la década de los sesenta, Chukri regresó a Tánger, donde siguió frecuentando bares y burdeles, y donde empezó a escribir sus experiencias personales. Su primer relato, *Violencia en la playa*, apareció en la revista Al-Adab en 1966. Sus inquietudes literarias le llevaron a codearse con escritores consagrados como Paul Bowles, Jean Genet y Tennessee Williams, encuentros que quedaron recogidos en sus memorias. Además de su producción literaria, también tradujo al árabe poemas de Machado, Aleixandre y Lorca,

entre otros. Chukri conoció el éxito internacional gracias a su novela autobiográfica *El pan a secas* (1973); censurada por escandalosa en los países árabes, no fue publicada definitivamente en Marruecos hasta el año 2000. Mohamed Chukri murió en Rabat en 2003.

Notas

[*] «Saca al vivo del muerto y saca al muerto del vivo». Sura «Los Romanos», versículo 19. <<

[1] Expresión usada en el árabe dialectal. Se da como respuesta a alguien que tiene mucha hambre. (N. d. T). <<

[2] Significa «ojo de gatito». (N. d. T). <<

[3] Título aplicado a los hombres en función de su edad o conocimientos científicos o religiosos. Son líderes religiosos o políticos a nivel local. (N. d. T). <<

[4] Gentilicio masculino del que procede de la montaña, frente a *mdini* de la ciudad. La gente usa este término también para referirse a alguien que no parece espabilado. (N. d. T). <<

[5] Torta típica de Marruecos hecha con harina, sal y agua. (N. d. T). <<

[6] Señora. (N. d. T). <<

[7] El *miswak* o *swak* es un palillo de color canela que sirve para la higiene bucal. Las mujeres los usan como pintalabios. (N. d. T). <<

[8] Tradicionalmente, la gente va a visitar las tumbas de sus familiares cada viernes. Se riega la tumba y se coloca arrayán. (N. d. T). <<

[9] Significa «Ojo de panadero». (N. d. T). <<

[10] Barrio popular de Tetuán. (N. d. T). <<

[11] Tratamiento que recibe un musulmán cuando va a la Meca. Nombre que recibe también dicha peregrinación. (N. d. T). <<

[12] Abreviatura de Sidi: señor. (N. d. T). <<

[13] Mezcla de frutos secos con aceite de kif. (N. d. T). <<

[14] Superlativo masculino, se refiere a la persona que consume hachís en exceso. (N. d. T). <<

[15] Fiesta Grande para distinguirla de Fiesta Pequeña o Aid Sghir que se celebra al final de Ramadán. Cuando Abraham estaba a punto de sacrificar a su hijo Ismael en señal de sometimiento a Allah, recibió la orden de canjearlo por un cordero. Por eso se llama también Fiesta del Cordero. (N. d. T). <<

[16] Son genios invisibles. Plural,*yinni*. (N. d. T). <<

[17] En castellano en el original. (N. d. T). <<

[18] Un tipo de vino judío preparado a base de higos o dátiles. (N. d. T). <<

[19] En castellano en el original. (N. d. T). <<

[20] En castellano en el original. (N. d. T). <<

[21] Apodo que significa «el de la cabeza». (N. d. T). <<

[22] Recibe el nombre del palo que usan los argelinos para jugar a la esgrima. Hay algunas que son verdaderas obras de arte sobre todo por las empuñaduras. (N. d. A). <<

[23] La voz inglesa aparece en el original. (N. d. T). <<

[24] Es una kabila cerca de Arcila. (N. d. T). <<

[25] Túnica larga de tela tupida. Dependiendo de los adornos que lleve, se puede usar para las fiestas tradicionales con un *dfin* encima, o como prenda que lleva la mujer para estar en casa. (N. d. T). <<

[26] Gentilicio de Sebta, Ceuta. (N. d. T). <<

[27] Diminutivo procedente de *jamsa*: cinco. La mano de Fátima, se usa como amuleto para el mal de ojo. (N. d. T). <<

[28] Un género tradicional de la música vocal que se presenta, generalmente, antes de que comience la canción. (N. d. T). <<

[29] En castellano en el original. (N. d. T). <<

[30] Tambor de un solo parche con forma de copa. (N. d. T). <<

[31] Tambor de marco, típico de Marruecos. A diferencia de la pandereta no tiene sonajas. (N. d. T). <<

[32] Una gran fuente de barro. (N. d. T). <<

[33] En castellano en el original. (N. d. T). <<

[34] Plato típico marroquí. Puede ser de guisantes secos, de habas secas o la mezcla de los dos. Tiene la peculiaridad de ser un plato barato al alcance de todo el mundo. (N. d. T). <<

[35] En castellano en el original. (N. d. T). <<

[36] Fórmula que se usa cuando se termina de comer, significa: Gracias a Dios. (N. d. T). <<

[37] Gran Mezquita. (N. d. T). <<

[38] Juego de cartas.(N. d. T). <<

[39] Una especie de pipa alargada y fina que sirve para fumar el kif. (N. d. T). <<

[40] Es un concepto del Islam, significa «lucha». (N. d. T). <<

[41] Femenino de *djebli*. (N. d. T). <<

[42] Grito de alegría que emiten, principalmente, las mujeres. (N. d. T). <<

[43] Sopa tradicional marroquí. Tiene un alto poder nutritivo por lo que se toma, principalmente, en la ruptura del ayuno durante el mes de ramadán. (N. d. T). <<

[44] Banco corrido con cojines, adosado a la pared. (N. d. T). <<

[45] Túnica fina y transparente que no se puede llevar como única prenda. Se usa encima del *zegdún*. (N. d. T). <<

[46] Término que se refiere al tajín de pescado. (N. d. T). <<

[47] Mesa de madera baja y redonda. (N. d. T). <<

[48] Especie de jofaina para recoger el agua que cae de la *cafatira*. (N. d. T). <<

[49] Hervidor de agua. (N. d. T). <<

[50] Plural de *janaza*. Es el término que se usa en el islam para referirse al funeral.(N. d. T). <<

[51] Gentilicio plural de Beni Chiker. Chekri es el singular, de ahí el apellido Chukri. (N. d. T). <<

[52] Es la oración del alba. Está comprendida entre el alba y la salida del sol. (N. d. T). <<

[53] Escribo estas memorias en 1972. No he vuelto a ver a Sallafa ni a su amiga Buchra. Han pasado veinte años. En 1963 me enteré por una mujer que en 1952 las dos habían entrado en el burdel Busbes en Casablanca. Al cabo de unos meses, Buchra se casó con un camarero de El Jadida. Le fue mal en el matrimonio y volvió al mismo burdel con Sallafa. No sé dónde estarán. (N. d. A). <<

[54] Gentilicio de Azaila (Assilah). (N. d. T). <<

[55] Gentilicio de Beni Aros. (N. d. T). <<

[56] Café la Bailarína. Es un diminuto café situado en el Zoco Chico. Chukri vivió y trabajó allí una temporada. (N. d. T). <<

[57] Pequeña tienda de barrio. (N. d. T). <<

[58] Adjetivo usado en darixa, se refiere a la mujer que, por tener virtudes, parece guapa sin serlo. (N. d. T). <<

[59] Superlativo usado para una mujer que ama en exceso. (N. d. T). <<

[60] Primera letra del abecedario árabe. (N. d. T). <<

[61] *Abun* (padre), *babun* (puerta) y *bata* (pasar la noche). (N. d. T). <<

[62] En castellano en el original. (N. d. T). <<

[63] Gentilicio de la kabila de Ahl Serif. (N. d. T). <<

[64] No existe dios verdadero sino Allah. (N. d. T). <<

[65] Gentilicio de Alcazarquivir. (N. d. T). <<

[66] Plural de *taleb*: hombre que lee el Corán. (N. d. T). <<